

Bianca™

SHARON KENDRICK

LA PRINCESA CAUTIVA

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La princesa cautiva, n.º 2349 - noviembre 2014
Título original: Shamed in the Sands
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4859-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

CUANDO llamaron a la puerta, Gabe Steel estaba desnudo.

Frunciendo el ceño, tomó una toalla. Quería tranquilidad. Necesitaba tranquilidad. Había acudido a esa extraña ciudad por múltiples razones, incluyendo la de no ser molestado cuando acababa de salir de la ducha.

Pensó en la luz primaveral que había dejado atrás en Inglaterra. Una luz que todavía le encogía el alma de dolor en esa época del año. La sensación de culpa nunca le abandonaba a uno del todo, por mucho que intentara enterrarla. En cuanto se rascaba bajo la superficie surgían cosas indeseables. Por eso él no rascaba bajo la superficie. Nunca.

Sin embargo, a veces era imposible huir. ¿No había subido ya un empleado hacía un rato para preguntar si deseaba algo especial por su cumpleaños? Se preguntó cómo demonios habían sabido que era su cumpleaños, hasta que comprendió que la fecha de nacimiento figuraba en el pasaporte que había entregado al registrarse el día anterior.

Se quedó quieto y agudizó el oído. Todo volvía a estar en silencio, pero, en cuanto empezó a secarse con la toalla, golpearon de nuevo la puerta, y con mayor insistencia.

En cualquier otro momento y lugar habría ignorado la llamada, pero aquellas no eran unas circunstancias normales. Había conseguido un trabajo de primera. Nunca había sido el invitado de una familia real, del jefe de la familia real, en realidad. Era la primera vez que trabajaba para un sultán, el hombre que gobernaba uno de los países más ricos del mundo y que ya había agasajado a Gabe con una impresionante hospitalidad. Quizás eso era lo que empezaba a resultarle irritante, porque no le gustaba estar en deuda con nadie, por elevada que fuera su posición.

Mascullando un juramento, se sujetó la toalla alrededor de la cintura y cruzó la enorme habitación. A lo largo de su vida se había alojado en lugares bastante llamativos, y su propia casa de Londres

era espectacular, pero la suite en el ático del mejor hotel de Qurhah le daba un significado totalmente nuevo al concepto de lujo.

El golpeteo de los nudillos contra la puerta continuaba de manera insistente y rítmica, imposible de ignorar. Con creciente impaciencia, Gabe la abrió y encontró a una mujer. Mejor dicho, a una mujer que intentaba disimular por todos los medios su condición de mujer.

Alta y delgada, su cuerpo estaba totalmente tapado. Llevaba un maletín y vestía vaqueros, una enorme gabardina y un sombrero que le cubría parte del rostro. El aspecto era tan andrógino que casi podría haber pasado por un hombre. Pero Gabe olía la presencia femenina a kilómetros de distancia. Era capaz de adivinar la talla de la ropa interior con una simple y furtiva mirada. Era todo un experto, aunque su experiencia no fuera más allá de lo puramente físico.

Porque carecía totalmente del aspecto emocional. Lo que menos le hacía falta al final de una agotadora jornada era una mujer que le distrajera o llorara sobre su hombro en un vano intento de hacer que se derritiera su corazón. Y, desde luego, lo que menos le apetecía era que una desconocida apareciera en su habitación en un día en el que su corazón estaba plagado de negrura y su agenda repleta.

–¿Dónde está el fuego? –preguntó.

–Por favor –susurró la joven con urgencia–. ¿Puedo entrar?

–Cariño, creo que te has equivocado de habitación –concluyó Gabe mientras hacía ademán de cerrar la puerta.

–Por favor –insistió ella con un toque de pánico en la voz–. Me están buscando.

Gabe se quedó petrificado ante la súplica. No era lo habitual en el impecable y controlado mundo que él llamaba su vida, y le retrotrajo a un tiempo y un lugar en el que las amenazas eran una constante. Donde el miedo nunca se alejaba del todo.

Contempló el rostro de la joven, en cuyos ojos brillaba la alarma.

–Por favor –repitió ella.

Gabe dudó durante un instante hasta que un indeseado impulso de protección lo asaltó.

–Adelante –asintió al fin mientras aspiraba la estela del perfume

especiado que la mujer dejó a su paso al entrar a toda prisa. Cerrando la puerta, se volvió hacia ella–. ¿Qué sucede?

La joven sacudió la cabeza y contempló aterrorizada la puerta, como si esperara que alguien fuera a entrar tras ella.

–Ahora no –contestó con un suave acento que empezaba a despertar los sentidos de Gabe–. No tenemos tiempo. Le contaré todo lo que necesite saber cuando esté a salvo. No deben encontrarme aquí. No deben.

La mujer miraba hacia el extremo más alejado de la habitación donde se vislumbraba la cama desecha al otro lado de la puerta abierta del dormitorio, pero rápidamente desvió la mirada.

–¿Dónde puedo ocultarme? –preguntó.

Gabe la miró con los ojos entornados. La actitud de esa mujer se le antojaba arrogante, casi imperiosa, teniendo en cuenta el modo en que había irrumpido en su habitación y que era él quien le estaba haciendo un favor. Una pequeña muestra de gratitud no habría estado de más, pero quizás no fuera el momento de dar lecciones de etiqueta sobre el allanamiento de morada, no cuando la joven parecía tan inquieta.

Recordó dónde solía esconderse cada vez que los alguaciles aporreaban la puerta. La estancia que siempre le parecía más segura que las demás.

–Escóndete en el cuarto de baño –le ordenó–. Dentro de la bañera. Quédate ahí hasta que te avise. Y espero que tengas una buena explicación para esta intrusión indeseada en mi vida.

La joven no parecía oírle y ya se dirigía hacia el cuarto de baño.

Había conseguido contagiar a Gabe su ansiedad, pues sentía la adrenalina inundar sus venas y el corazón galopar alocado. Se preguntó si no debería ponerse algo de ropa, pero comprendió que no había tiempo porque ya se oían pisadas en el pasillo.

El fuerte golpeteo de unos nudillos resonó por la habitación y Gabe abrió la puerta a dos hombres de negra mirada. Las holgadas vestimentas no disimulaban la potente musculatura y la pistola se marcaba claramente en el costado.

El más alto de ellos deslizó la mirada por el todavía húmedo torso de Gabe y se detuvo en la toalla enrollada alrededor de la cintura.

–Sentimos mucho molestarle, señor Steel.

–No hay problema –contestó Gabe con amabilidad sin que le pasara desapercibido que conocían su apellido, como al parecer todo el mundo en ese hotel. Tenían un acento parecido al de la misteriosa mujer que se ocultaba en el cuarto de baño–. ¿En qué puedo ayudarles?

–Estamos buscando a una mujer –contestó el mismo hombre.

–Como todos –observó él en tono de complicidad y un toque de humor.

Sin embargo, ninguno de los dos hombres pareció captar la broma y sus rostros permanecieron igual de serios que al principio.

–¿La ha visto?

–Depende de qué aspecto tenga –contestó Gabe.

–Alta, veintipocos años, cabello oscuro –le informó el más bajito de los dos–. Una mujer bastante llamativa.

Gabe señaló la toalla y se frotó los brazos en un gesto que pretendía insinuar que tenía frío, lo cual no se alejaba mucho de la realidad ya que el fuerte aire acondicionado le había puesto la piel de gallina.

–Como ven, me acabo de duchar y puedo asegurarles que estaba solo, lo cual no deja de ser una pena –miró hacia el dormitorio antes de volverse con una forzada sonrisa que denotaba una incipiente irritación–. Por supuesto, pueden echar un vistazo, aunque les agradecería que se dieran prisa. Todavía tengo que afeitarme y vestirme. Dentro de un par de horas tengo una cita para cenar con el sultán.

Aquello funcionó. La mención del sultán provocó en los dos hombres la reacción que había esperado. A Gabe casi se le escapó la risa al verlos dar un paso atrás, perfectamente sincronizados.

–Por supuesto. Disculpe la interrupción. No le robaremos más tiempo, señor Steel. Muchas gracias por su ayuda.

–No hay de qué –contestó él mientras cerraba la puerta con suavidad.

Con pisadas igualmente suaves se dirigió hacia el cuarto de baño y lo abrió en el preciso momento en que la mujer salía de la bañera, cual sensual serpiente. De inmediato sintió una oleada de calor en la entrepierna.

El sombrero se le había caído y por primera vez pudo ver su rostro. Era la mujer más atractiva que había visto jamás, una

fantasía hecha realidad. A Gabe se le secó la boca. Era como si uno de los personajes de las *Mil y una noches* hubiera entrado en su cuarto de baño.

Tenía una luminosa piel olivácea y los ojos enmarcados en negro eran de un brillante color azul. Los cabellos azabache recogidos en una coleta llegaban casi hasta la cintura y brillaban tanto como si hubiera dedicado toda la mañana a pulirlos. A pesar de la gabardina, se adivinaban unos bonitos pechos y unas larguísimas piernas.

El rostro de la joven se mantuvo impasible mientras el escrutinio continuaba, como si la sumisión no le resultara extraña. Únicamente un ligero rubor en las mejillas denotaba que tanta atención podría estarle resultando incómoda. Pero ¿qué esperaba? No podía irrumpir en la habitación de un hombre, pedir refugio y luego esperar que se observaran las habituales normas de cortesía.

–Ya se han ido –anunció él secamente.

–Ya lo he oído –ella titubeó–. Gracias.

A Gabe no le pasó desapercibido cómo la mirada azul se detenía sistemáticamente en el desnudo torso antes de desviarse, como si supiera que no debería mirar, pero no pudiera evitarlo. No era la primera vez que le sucedía y sonrió a la joven.

–Creo que me debes una explicación –continuó–. ¿No te parece?

–Claro –ella se agachó para recoger el maletín y al erguirse volvió a posar furtivamente la mirada en el desnudo torso–. Pero... aquí no.

¿Demasiada intimidad? ¿Se había dado cuenta de que, bajo la diminuta toalla, el masculino cuerpo empezaba a responder de un modo que iba a resultar vergonzosamente obvio si no tenía cuidado? Gabe sentía el ardiente bombeo de la excitación en la entrepierna y, de repente, se sintió curiosamente vulnerable.

–Espérame ahí dentro –le ordenó bruscamente–. Voy a vestirme.

Para cuando consiguió ponerse los vaqueros y una camiseta, la erección ya se había calmado. Se dirigió hacia el salón y encontró a la mujer mirando por las ventanas panorámicas que permitían ver los dorados minaretes y torres de la ciudad de Simdahab que brillaban bajo el sol del atardecer. Sin embargo, Gabe apenas notó las magníficas vistas, su atención cautivada por la misteriosa extraña.

Se había quitado la gabardina y la había colgado del respaldo de uno de los sillones. ¿Acaso tenía pensado quedarse? Sin ninguna barrera que se interpusiera entre ellos, Gabe pudo contemplar la suave curva del trasero abrazado por los vaqueros y la cintura hasta la que llegaba la negra coleta como una cascada de seda.

La joven debió de presentir su presencia pues se dio la vuelta. De frente la visión era aún mejor. Cuando ella lo miró con sus bonitos ojos azules, Gabe no percibió más que tentación.

Por un momento se preguntó si no la habría enviado el sultán, un hermoso presente para su disfrute. Otro regalo más, como los que habían estado llegando a la suite durante toda la mañana. Había oído que, a pesar de su relativa juventud, el sultán era un hombre anticuado. No sería descabellado que hubiera decidido endulzar la estancia de su invitado con una mujer. Una mujer hermosa y sumisa que satisfaría todos sus deseos.

–¿Quién eres? –preguntó fríamente–. ¿Una prostituta?

El rostro de la joven permaneció imperturbable ante la desconsiderada pregunta. Sin embargo, pasó toda una eternidad hasta que contestó.

–No, no soy ninguna prostituta. Me llamo Leila –contestó al fin.

–Bonito nombre, pero no soy adivino.

–Señor Steel...

–¿Cómo es que todo el mundo en esta ciudad sabe quién soy? –Gabe sacudió la cabeza.

La mujer sonrió curvando los rosados labios y, aunque nunca había pagado por sexo, en esos momentos él casi deseó que se tratara de una fulana. ¿Qué le pediría que le hiciera para empezar? ¿Bajarle la cremallera y tomarlo con esa deliciosa boca, chupando hasta hacerle llegar? ¿O quizás cabalgar sobre él hasta hacerle gritar de placer?

–Todo el mundo le conoce porque es el invitado del sultán –le explicó ella–. Se llama Gabe Steel y es un genio de la publicidad que ha venido a Qurhah para mejorar nuestra imagen global.

–Ese ha sido un resumen muy halagador –asintió Gabe secamente–. Pero me temo que no me gustan los halagos indeseados y sigue sin explicar tu presencia aquí. No explica por qué irrumpiste en mi suite sin ser invitada para esconderte en mi cuarto de baño... Leila.

Durante unos segundos no hubo más que silencio.

El corazón de Leila se golpeaba contra las costillas mientras escuchaba el desafío en la voz de ese hombre, contrarrestado por el sedoso tono con el que había pronunciado su nombre. Su mente estaba hecha un lío y se sentía expuesta. Tenía que seguir hasta el final, aunque empezaba a resultar más complicado de lo que había previsto en un primer momento. De momento, todo estaba sucediendo según lo planeado, pero de repente se sentía muy nerviosa. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿Cómo no había valorado al propio Gabe Steel y el efecto que podría ejercer sobre ella?

Clavó la mirada en los ojos grises que parecían traspasarla hasta los huesos. Leila intentó encontrar las palabras para explicar su situación, pero todo lo que había pensado decir desapareció de su mente.

No estaba acostumbrada a estar a solas con hombres a quienes no conocía, y menos todavía en una habitación de hotel. Sobre todo con un hombre que tuviera ese aspecto.

Era guapísimo.

Increíblemente guapo.

Por supuesto, había leído sobre él. Se lo había propuesto firmemente en cuanto había sabido que su hermano lo había contratado. Había averiguado todo sobre Gabe Steel. Sabía que era el propietario de Zeitgeist, una de las mayores agencias de publicidad del mundo. Sabía que a los veinticuatro años ya era millonario, y multimillonario a los treinta. Cumplidos los treinta y cinco, seguía soltero, aunque no por falta de mujeres deseosas de llevar su alianza en el dedo.

También había visto imágenes suyas, y las había estudiado a conciencia. Gabe Steel parecía tenerlo todo desde el punto de vista físico. Los cabellos dorados le conferían el aspecto de un dios, y el atlético cuerpo podría rivalizar con cualquier atleta olímpico. En una de esas fotos había aparecido vestido con vaqueros desteñidos y una camisa desabrochada montado sobre una moto sin llevar casco. Enseguida había comprendido que era la clase de hombre que te dejaba sin aliento en cuanto lo conocías en persona. Y no se había equivocado.

Pero no había esperado que fuera tan... carismático.

Leila estaba acostumbrada a hombres poderosos, había crecido rodeada de ellos. Toda su vida la habían mandado y explicado que les debía respeto. Le habían enseñado que los hombres lo sabían todo. Sonrió amargamente al recordar lo crueles y fríos que podían llegar a ser. Les había visto tratar a las mujeres como basura, como si sus opiniones tuvieran que ser simplemente toleradas, nunca consideradas. Y ese era uno de los motivos por los que, en su fuero interno, no le gustaba el sexo opuesto.

Desde luego se mostraba sumisa ante ellos, tal y como le habían enseñado, porque era lo que el destino le había deparado.

Nacer princesa en un mundo de hombres no te dejaba muchas opciones, aparte de obedecer. No había podido tomar ni una sola decisión importante sobre su vida. Sus estudios habían sido elegidos sin consultarle, sus amigos cuidadosamente escogidos. Había aprendido a sonreír y aceptar, porque también había aprendido que la resistencia era inútil. Los demás sabían lo que era mejor para ella, y su única alternativa era aceptar sus decisiones.

Desde el punto de vista material, por supuesto, había sido mimada hasta la saciedad. Siendo la única hermana de uno de los hombres más ricos del mundo, era inevitable. Diamantes, perlas, rubíes y esmeraldas se habían acumulado en joyeros en su dormitorio de palacio. Las tiaras de su difunta madre estaban guardadas en una vitrina para que se las pusiera cuando se le antojara.

Pero Leila sabía que ni todas las riquezas del mundo podían hacer que una se sintiera a gusto consigo misma. Las joyas no compensaban las limitaciones del estilo de vida, ni protegían de un futuro al que miraba con aprensión.

Entre las cuatro paredes del palacio solía vestir con ropas tradicionales y velo, pero ese día había adoptado un aspecto desafiantemente occidental. Jamás en su vida había llevado unos vaqueros tan ajustados, y había necesitado cubrirlos con la gabardina para poder continuar. La gruesa tela le frotaba la entrepierna, del mismo modo que la blusa de seda le acariciaba los pechos. Vestida de ese modo se sentía liberada y, si bien la sensación era agradable, también le asustaba un poco, sobre todo ante la mirada curiosa de Gabe Steel.

Sin embargo, tanto su ropa como la reacción de ese hombre eran

irrelevantes. Se había vestido así para parecer moderna, nada más. Lo que no debía olvidar era que el inglés poseía la llave que le abriría la puerta a un futuro distinto. Y ella iba a hacerle girar esa llave, lo quisiera o no.

Luchando contra una nueva oleada de ansiedad, abrió el maletín y sacó algo de su interior.

–Me gustaría que le echara un vistazo a esto –anunció.

–¿Qué es? –preguntó Gabe.

–Mírelo usted mismo –Leila se dirigió a una bonita mesa y esparció las fotos sobre la pulida superficie.

Gabe se colocó a su espalda. La joven percibía claramente el olor a lima y jabón combinado con el mucho más potente aroma de la masculinidad. Recordó haberlo visto casi desnudo, salvo por la diminuta toalla, y de repente la boca se le secó.

–Son fotos –observó él.

–Eso es –Leila se humedeció los labios.

Lo observó estudiarlas y rezó para que le gustaran, porque llevaba toda su vida haciendo fotos. Era su pasión, su liberación, lo único en lo que destacaba. Quizás su condición de princesa la situaba en el lugar ideal para la fotografía, pues su papel solitario la colocaba en posición de observar desde fuera.

Desde que recibiera su primera cámara había empezado a capturar las imágenes de cuanto le rodeaba. Los jardines de palacio y los hermosos caballos que su hermano guardaba en los establos habían dado paso a inocentes instantáneas de los sirvientes de palacio y retratos de sus hijos.

Sin embargo, la mayoría de las fotos que mostraba a Gabe Steel era del desierto. Imágenes de un paisaje que dudaba mucho que hubiera visto en algún otro lugar y, dado que muy pocas personas habían sido agraciadas con el privilegio del acceso a los lugares secretos de Qurhah, tenían un carácter exclusivo. Además, sospechaba que un hombre como él habría visto bastantes fotos en su vida como para saber valorar algo único.

Gabe se detuvo largo rato en una imagen en particular, entornando los ojos en señal de aprecio.

–¿Quién ha hecho estas fotos? –preguntó, alzando la cabeza y mirándola–. ¿Tú?

–Sí –asintió ella.

–Eres buena –continuó él tras una pausa–. Muy buena.

–Gracias –el elogio fue como una caricia, el mayor cumplido que hubiera recibido jamás. Y Leila resplandeció de orgullo.

–¿Qué es este lugar?

–Está en el desierto, cerca del palacio de verano del sultán. En una zona de extraordinaria belleza conocida como las arenas de Mekathasinia –le explicó, consciente de que la turbadora mirada gris había abandonado la foto para deslizarse por su cuerpo.

Estaba lo bastante cerca como para que pudieran tocarse, y descubrió que era precisamente lo que más le apetecía hacer. Deseaba hundir los dedos en la espesa mata dorada de sus cabellos antes de deslizarlos por el atlético cuerpo. ¿Acaso se había vuelto loca?

Con gran esfuerzo, Leila intentó centrar la atención en la foto y no en la simetría de los esculpidos rasgos de ese hombre.

–Esta la tomé después de uno de los raros aguaceros y la consiguiente inundación que tiene lugar, con suerte, cada veinte años –ella sonrió–. Lo llaman el milagro del desierto. Las semillas de las flores que permanecen durmientes durante décadas en la arena, germinan de golpe y florecen. De modo que millones de brotes tejen una alfombra mágica, aunque el espectáculo solo dura dos semanas.

–Es una foto impresionante. Nunca había visto nada parecido.

Se percibía claramente el tono de sorpresa en la voz de Gabe y Leila se sintió muy orgullosa. Sin embargo, de repente lo más importante no fue el trabajo, sino la proximidad de ese hombre. Debería sentirse cohibida ante él, pero inexplicablemente no era así. Estaba en una habitación de hotel, sola con el playboy Gabe Steel, y se sentía cada vez más excitada.

–Si se fija –con gran esfuerzo, Leila devolvió la atención a la foto–, se ve el palacio al fondo.

–¿Dónde?

–Ahí –el deseo de tocarlo era abrumador. Jamás había sentido un impulso tan fuerte y, de repente, le resultó imposible resistirse.

Inclinándose hacia delante, sus brazos se rozaron mientras ella le señalaba el dorado brillo del palacio. Gabe se tensó visiblemente ante el sutil contacto mientras los corazones de ambos parecían martillear al unísono. ¿Sentía él lo mismo que ella?

–¿Por qué has traído estas fotos, Leila? –Gabe dio un paso

atrás–. Y, sobre todo, ¿por qué te persiguen esos hombres?

Ella dudó un instante sin atreverse a revelarle la verdad. Porque sabía que, en cuanto lo supiera, su actitud cambiaría. La gente siempre reaccionaba así. Dejaría de tratarla como a una mujer normal y corriente y empezaría a mirarla con desconfianza. Y estaba disfrutando demasiado del momento como para permitir que sucediera.

¿Por qué no contarle solo una parte? La parte verdaderamente importante.

–Quiero trabajar para usted –contestó con franqueza–. Quiero ayudarle en la campaña.

–No recuerdo haber puesto ningún anuncio ofreciendo trabajo –reaccionó él secamente.

–Lo sé, pero ¿no le parece lógico? –Leila impregnó su voz de sincera pasión–. Conozco Qurhah de un modo en el que usted jamás podrá hacerlo porque me he criado aquí y llevo el desierto en la sangre. Puedo mostrarle los mejores lugares para enseñarle al mundo el paraíso que tenemos aquí. He investigado la campaña y sé que hay cabida en el proyecto para alguien como yo.

–¿Crees que voy a contratar a una desconocida para una importante y lucrativa campaña solo porque tiene una cara bonita? –preguntó Gabe tras soltar una carcajada.

–Estoy segura de que mi cara bonita no tiene nada que ver con la calidad de mi trabajo –Leila sintió la punzada de la injusticia.

–¿Eso crees? –él le dirigió una mirada burlona–. Pues siento defraudarte, cariño. Si no fuera por ese pelo negro y el cuerpo de escándalo, te habría echado a patadas en cuanto se hubieran marchado esos tipos.

–Entonces, ¿ni siquiera lo considerará? –Leila intentó que no trasluciera su enfado. Las cosas no estaban sucediendo según lo previsto.

–No pienso considerar nada hasta haber satisfecho mi curiosidad, y empiezo a aburrirme de tantas evasivas. Todavía no sé quiénes eran esos hombres.

–Mis guardaespaldas –contestó ella a regañadientes.

–¿Tus guardaespaldas?

Había conseguido sorprenderle, lo veía en su expresión. Leila se preguntó cómo reaccionaría si supiera toda la verdad. Si supiera

que había nacido para ser vigilada, protegida, asfixiada.

–Soy rica –continuó–. Lo cierto es que soy muy rica.

–De modo que no necesitas el trabajo –los ojos grises la taladraron.

–¿A qué viene eso? –ella reaccionó airada–. ¡Quiero trabajar! No tiene nada que ver. Pensé que un hombre como usted lo comprendería.

Gabe captó el tono de reprimenda. Cierto que no era lo mismo, aunque para él nunca había habido elección porque siempre se había visto obligado a trabajar. Para él no había habido riquezas o herencias, ningún colchón para amortiguar el golpe de una posible caída. Sabía lo que era la pobreza y el hambre. Sabía lo que era vivir con miedo, vigilado. Había tenido que trabajar para sobrevivir y para intentar alcanzar la paz que siempre parecía esquivarle. Incluso en esos momentos.

–Desde luego que lo comprendo –contestó.

–Entonces, ¿se lo pensará? ¿Sobre lo de contratarme?

Gabe se hundió en los hermosos ojos azules y sintió que el corazón se le encogía con algo parecido al pesar. En las profundidades marinas vio esperanza y en los carnosos labios un mundo de posibilidades. ¿Qué sucedería si besara a esa adinerada jovencita que había irrumpido en su habitación de hotel como si tuviera todo el derecho del mundo? ¿Sería el sabor equiparable a su aspecto? Sintió una dolorosa punzada en la entrepierna y comprendió lo mucho que deseaba besarla.

Pero su profesionalidad tomó cartas en el asunto y, no sin reticencias, sacudió la cabeza.

–Lo siento. Yo no trabajo así. Dirijo mi empresa de una manera más formal. Si de verdad quieres trabajar para mí, te sugiero que envíes una solicitud a mi oficina en Londres, aunque me temo que no tienes ninguna posibilidad –la miró con gesto burlón–. Hace tiempo decidí no mezclar nunca negocios con placer.

–No lo comprendo –Leila arrugó la nariz perpleja.

–¿De verdad? –Gabe intentó sonreír–. ¿No te has dado cuenta de la química entre nosotros?

–Yo…

–Toma tus fotografías y márchate –le interrumpió él bruscamente–, antes de que haga algo que pueda lamentar después.

Leila percibió la impaciencia en la voz de ese hombre y sintió el impulso de regresar a palacio, olvidar la estúpida rebelión. Olvidar el cuento de hadas sobre un trabajo con el magnate inglés. Olvidarlo todo y regresar al mundo real. Tenía que aceptar su vida tal y como era, aceptar que no podía cambiarla.

Sin embargo, sus pensamientos estaban enturbiados por las potentes señales que su cuerpo le transmitía. Sentía el dulce ardor entre los muslos, donde la tela de los vaqueros friccionaba su lugar más íntimo. Quiso rodearse el pecho con los brazos para ahogar el dolor, pero supo que solo conseguiría atraer la mirada gris sobre ellos.

Había leído muchos libros y visto las películas que habían conseguido burlar la censura de palacio. Vivía protegida, pero no era ninguna estúpida. Lo que sentía, por primera vez en su vida, era atracción sexual, y sabía que estaba mal. Aun así, y a pesar de darse prisa en silencio para salir de allí antes de ponerse aún más en ridículo, los rebeldes pensamientos regresaron para atormentarla.

Pensó en el comportamiento de su hermano, en cómo se había comportado su padre. Había oído los rumores sobre sus conquistas sexuales y sabía que los hombres se activaban a menudo ante una atracción sexual como la que estaba experimentando en esos momentos. La gente intimaba sin apenas conocerse, y nadie pensaba mal. Porque el amor físico no era ningún crimen.

¿O sí lo era?

–¿Qué podría lamentar? –inquirió a pesar de conocer de sobra la respuesta. No hacía falta experiencia para saber por qué la mirada de ese hombre se había oscurecido.

–¿Sabe tu madre que no estás en casa? –preguntó él bruscamente.

–No tengo madre –ella sacudió la cabeza–. Tampoco tengo padre –continuó en el tono neutro que le habían enseñado a emplear–. Soy huérfana.

Gabe entornó los ojos y dio un respingo, como si acabara de oír algo que le hubiera causado un profundo dolor.

–Lo siento –murmuró mientras deslizaba el pulgar sobre los jugosos labios–. Lo siento mucho.

Lo raro era que Leila no estaba segura de si hablaba con ella o consigo mismo. Pero, de repente, no le importó porque estaba

sucediendo, igual que en las películas que había visto. Gabe la abrazó y, tomando su rostro entre las manos, comenzó a inclinar la cabeza. Todo parecía estar sucediendo a cámara lenta y ella se sintió desfallecer mientras despegaba los labios para recibir gustosamente los suyos.

Porque, por primera vez en su vida, un hombre iba a besarla.

Capítulo 2

CUANDO sus bocas entraron en contacto, Gabe sintió un estallido en el corazón. La cálida piel de Leila colisionó contra la suya. Olía a flores y especias. El deseo lo devoró como el fuego, pero la lujuria fue atemperada por la fría voz de la razón.

Aquello era una locura.

Pensó en cómo había irrumpido esa mujer en la habitación del hotel y pensó en los rudos guardaespaldas que podrían regresar en cualquier momento. Era evidente que ella no debería estar allí. Aquello ponía en peligro el suculento contrato. Su viaje era de negocios y en menos de dos horas tenía una cita para cenar en palacio con el sultán. No había tiempo para hacerle el amor debidamente, por accesible que pareciera mostrarse.

«¡Por el amor de Dios, deshazte de ella!».

Sin embargo, el momento elegido para apartarla fue el mismo que eligió Leila para rodearle el cuello con los brazos y apretar el cuerpo contra él mientras susurraba algo en un idioma desconocido. El aire abandonó los pulmones de Gabe al tiempo que el calor se acumulaba en su entrepierna, y no pudo hacer otra cosa salvo intensificar el beso. Sentía el hueso púbico de la joven presionar su erección, exquisitamente dura y casi dolorosa. Los pequeños pechos estaban aplastados contra su torso y, por primera vez en el día, sintió calor en su interior en lugar de los habituales gélidos recuerdos del pasado.

–Ha sido un error –apartándose por fin de ella, intentó ignorar el provocativo temblor de los rosados labios–. Creo que será mejor que salgas de aquí antes de que cometa otro.

–Pero ¿y si quieres cometerlo? –preguntó ella sin aliento–. ¿Qué pasaría entonces?

La mirada azul, brillante como las dos aguamarinas que colgaban de sus lóbulos, le provocó a Gabe una nueva sacudida de la erección. Su instinto luchaba contra el sentido de la moral. «Échala de aquí antes de que sea tarde». Sin embargo no era capaz

de dejar de mirarla o desearla. Tenía unos labios suaves y carnosos, perfectamente moldeados para acomodarse a su erección y chupar hasta dejarlo seco.

Pensó en el dolor anclado en lo más hondo de su corazón y en cómo ese bonito cuerpo podría aliviarlo, aunque fuera por una hora. Porque el sexo podía borrar el dolor, ¿no? Sentía cómo su fuerza de voluntad le abandonaba como arena entre los dedos, y se preguntó si habría algún hombre sobre la faz de la Tierra capaz de resistirse a lo que esa mujer le estaba ofreciendo.

–Te doy una última oportunidad para salir de aquí –le advirtió–. Y te aconsejo que la aproveches.

–Pero es que no quiero irme a ninguna parte –susurró ella–. Quiero quedarme aquí.

–Entonces no me disculparé por lo que voy a hacer –le advirtió Gabe–. Lo que he deseado hacer desde que te he visto ante la puerta.

Gabe empezó a desabrocharle la blusa, dejando expuesta la sedosa piel. Esa mujer era perfecta. La piel olivácea resaltaba oscura contra un sujetador tan blanco que parecía recién estrenado.

–¿Qué te parece esto, Leila? –preguntó mientras deslizaba un dedo por los pechos.

Ante el contacto con su piel, Leila se sintió desfallecer un poco más. ¿Dónde estaban los nervios que debería estar sintiendo? ¿Por qué le resultaba todo tan natural? Era como si hubiera estado esperando las caricias de Gabe Steel toda su vida.

–Me parece maravilloso –susurró mientras rezaba para que no se detuviera.

–Quiero besar tus pechos –murmuró él–. Cada uno de estos hermosos pechos que me están pidiendo a gritos ser besados.

Leila se retorció de placer cuando sintió la boca de Gabe sobre uno de los pezones. La rubia cabellera contrastaba con la blancura del sujetador cuya tela se humedecía por momentos. Cada caricia de la lengua le provocaba un estremecimiento. No recordaba haberse sentido tan desvalida jamás. Y de repente comprendió de qué iba todo eso. Comprendió por qué el sexo era tan poderoso. Por qué la gente hacía toda clase de locuras para conseguirlo.

–Gabe –susurró sorprendida ante tanto placer.

Gabe levantó la cabeza y la miró con unos ojos que ya no

parecían tan fríos.

–Creo que vamos a saltarnos unas cuantas etapas –anunció él–. En realidad, si no te tumbo en la cama en dos minutos, creo que me volveré loco.

Tomándola de la mano, la condujo hasta el dormitorio, cuya cama seguía deshecha.

Ligeramente desorientada, Leila miró a su alrededor con cierta estupefacción, pues jamás había visto una habitación en ese estado. En su mundo perfectamente ordenado, un sirviente habría hecho la cama y recogido la ropa mientras ella se duchaba.

Jamás se había tumbado sobre unas sábanas arrugadas, aún impregnadas del olor del hombre que había dormido en ellas. Tampoco había tenido jamás a un hombre sobre ella, un hombre que la estaba desnudando. Leila fijó su mirada en él, pero Gabe estaba concentrado en quitarle las zapatillas deportivas y bajarle la cremallera del pantalón como si hubiera quitado miles de vaqueros a incontables mujeres.

Lo cual seguramente había hecho.

Sin duda lo había hecho.

Recordó lo que había leído sobre él en Internet. Fragmentos de información sobre las hermosas modelos y actrices con las que había salido. Mujeres mucho más experimentadas que ella.

Sintió un frío estremecimiento de inseguridad que le recordó que debía centrarse en los hechos y no dejarse llevar por las fantasías. Sabía cómo eran los hombres, cómo les empujaba el ardor de las entrañas o el peso de sus ambiciones. Sabía que para ellos las mujeres no eran más que posesiones o adornos, o un recipiente donde depositar su semilla.

No debía pensar en ello.

Aunque parecía que estuviera interpretando la escena de una película, aquello era la vida real y Gabe Steel no iba a convertirse de repente en el héroe que se enamoraba locamente de ella.

Ella no creía en esa clase de amor.

Echó la cabeza hacia atrás sobre la almohada al sentir la mano de Gabe deslizarse por sus muslos. Y de repente todo era demasiado complicado para pensar en otra cosa que no fueran las deliciosas sensaciones.

Con un último tirón, Gabe le quitó los pantalones y los arrojó al

suelo.

–Bonitas braguitas –murmuró antes de quitarle la camisa y el sujetador.

–Gracias –Leila se sonrojó mientras se decía que aquello debía de ser normal.

Gabe se quitó la camiseta y se puso de pie para quitarse los vaqueros ante la maravillada mirada de Leila, cuyo corazón empezó a galopar excitado a medida que el masculino cuerpo le era revelado. En su vida solo había visto a uno de los caballos del establo con semejante erección.

Aun así, él parecía orgulloso de su desnudez y caminó tranquilamente hasta un extremo de la habitación para sacar algo de la maleta. Leila vio el destello de algo metálico y fue repentinamente consciente de lo que iba a suceder.

Porque aquella cosa era un preservativo, de eso estaba segura. Nunca había visto uno de cerca, pero ¿qué otra cosa podía ser?

Sintió un sudor frío perlarle la frente mientras la realidad irrumpía en sus eróticos pensamientos. ¿Todas las mujeres experimentaban esa repentina sensación de pánico la primera vez? ¿Todas tenían miedo de defraudar?

Gabe dejó el paquetito sobre la mesilla y, si bien ella comprendió que debía sentirse agradecida por su pragmatismo, sintió que aquello destruía en parte la magia. ¿Por qué era tan complicada la vida real? En las películas, esas cosas no salían. Las parejas se encontraban en la cama casi por arte de magia y luego se les veía corriendo por las calles de París. No es que ella fuera a correr por las calles de Simdahab con Gabe, no sin ser perseguidos por la guardia del sultán. Pero, si ese hombre no la besaba enseguida, iba a entrarle el pánico.

–Qué seria te has puesto –observó él con los ojos entornados–. Como si te estuvieras arrepintiendo. ¿Es así, Leila? Porque, si es lo que quieres, paramos ahora mismo.

Leila cerró los ojos y sintió la caricia de los dedos de Gabe sobre sus labios. Sin duda sería lo mejor. Se volvería a vestir y saldría de ese lugar lo más rápidamente posible. Se sentiría avergonzada y él, seguramente, estaría enfadado, pero nadie resultaría lastimado. Podría continuar su vida como si nada hubiera sucedido, porque nada habría sucedido.

Pero entonces pensó en lo que le aguardaba en palacio. Pensó en las inevitables restricciones y reglas que habían gobernado su vida hasta ese momento. Pensó en todas las cosas que no le estaban permitidas y que nunca podría hacer porque era mujer y princesa. Pensó en el príncipe que su hermano le buscaría para que se casara con él. En el aliento contenido de ambas naciones mientras esperaban el anuncio de un heredero antes de que su esposo se dedicara a buscar placeres en el harén, tal y como había hecho su padre.

Y de repente pensó que ella también tenía derecho a experimentar esas cosas, como hacían millones de mujeres. Como hacían los hombres casi a diario. ¿Por qué no podía permitirse ese breve encuentro de placer antes de retomar sus deberes?

–Bésame –suplicó mientras le rodeaba el cuello con los brazos–. Bésame. Por favor.

Gabe sonrió antes de besarla. Y de pronto todo pareció un cuento de hadas, como si ambos funcionaran al unísono. Como si fueran capaces de cualquier cosa.

–¡Oh! –exclamó ella cerrando los ojos mientras él deslizaba los labios por su cuello.

Esos labios encontraron sus pechos, provocándole destellos de placer al deslizar la lengua por los erectos pezones. Leila apoyó las manos sobre el masculino torso y tironeó del rizado vello, arrancándole a Gabe un gruñido de placer que le insufló la confianza necesaria para explorar hacia abajo, hasta el musculoso estómago. De nuevo el gruñido de placer, y ella se sintió invencible, capaz de hacer cualquier cosa, de ser quien quisiera ser.

Salvo ella misma.

Gabe la besó hasta volverla loca de deseo. Y, de repente, Leila quiso más. Su cuerpo se movía inquieto, orquestado por un deseo que estaba más allá de su comprensión. Hundió los dedos en los anchos hombros y oyó la suave risa de Gabe, como si su excitación le resultara placentera. Una fuerte rodilla le separó las piernas con firmeza.

Leila se quedó sin aliento al sentir una mano entre los muslos, y gritó cuando la tocó allí donde ningún hombre la había tocado jamás.

–Qué mojada estás –gimió él.

–¿Lo estoy? –inquirió ella con timidez.

–Ummm –afirmó Gabe mientras empezaba a acariciar rítmicamente la inflamada carne.

Leila cerró los ojos, segura de estar a punto de derretirse. Era una sensación maravillosa. Él era maravilloso. El maravilloso Gabe Steel que dejó de tocarla para abrir el paquetito que había dejado sobre la mesilla de noche.

Y de repente estaba sucediendo. Sin previo aviso, Gabe le sujetó las caderas y se hundió dentro de ella de una fuerte embestida. Leila gritó, pero era un grito distinto, un grito de dolor genuino. Gabe se detuvo y la expresión de intenso placer que había dibujado su rostro se tornó en otra de incredulidad.

–No –sacudió la cabeza–. No.

–¿Qué? –jadeó ella. Una vez acostumbrada a la sensación, aquello resultaba maravilloso.

–¿Eres virgen?

Leila sintió que estaba a punto de retirarse, pero había llegado demasiado lejos para permitirle detenerse. Gobernada por su instinto, evitó esa retirada contrayendo los músculos con fuerza alrededor de su masculinidad. La mirada gris se hizo más intensa cuando ella alzó las caderas para que se hundiera más en su interior.

–¿Y qué si lo soy? –susurró al fin–. Alguien tiene que ser el primero, y da la casualidad de que ese alguien eres tú. Por favor, Gabe, quiero experimentar el placer como lo hacen otras mujeres. Quiero que me enseñes cómo se hace. Sé que puedes enseñarme.

Gabe sacudió la cabeza. La explosiva combinación de la inocencia de esa mujer y las eróticas palabras que susurraba le estaba poniendo más duro de lo que se había puesto jamás. Pero esa mujer era virgen. Increíblemente, era virgen. Había acudido a su habitación para ofrecérsele sin ninguna ceremonia. ¿Qué clase de mujer haría algo así? Estaba perplejo, y lleno de rencor por haber caído en una trampa.

«Acaba con esto ahora mismo».

–Esto es… –tragó con dificultad.

–El paraíso –contestó ella–. Sabes que lo es. No te pares, Gabe. Por favor, no te pares.

La sentida súplica fue el golpe de gracia. Gabe suspiró

derrotado. ¿Por qué iba a luchar si ella no quería que parara y, que Dios le perdonara, él tampoco? Apoyado sobre los codos, contempló el hermoso rostro mientras empezaba a moverse de nuevo dentro de ella.

Leila tenía los ojos cerrados y él se alegró. No quería tener que mirarla, solo quería sentir. Se hundió un poco más en el húmedo fuego y volvió a gemir. La sensación era muy buena, increíble. ¿Por eso los hombres hablaban maravillas de las vírgenes? ¿Era por la fuerte contracción de sus músculos o por el poder que sentían al saberse el primero?

Pero, en medio del masculino triunfalismo, tuvo que luchar contra una oleada de impotencia poco habitual en él. Ya no existía el Gabe capaz de aguantar toda la noche. Se sentía como un adolescente deseoso de aliviarse de inmediato dentro de ella. Pero no debía hacerlo. Tenía que resultar increíble porque era su primera vez. Tenía que tomárselo con calma.

Algo que no resultaba sencillo. Se descubrió perplejo ante el intenso placer que se desprendía por cada poro de su cuerpo, y no solo por lo tensa que estaba ella. Comprendió lo liberador que resultaba carecer de toda expectativa emocional. Se trataba del verdadero sexo sin ataduras. Sexo sin el temor a que ella se enamorara de él y quisiera más de lo que estaba dispuesto a ofrecerle.

Con el pulgar en el clítoris, la tumbó de nuevo sobre la almohada, atento al volumen creciente de sus gritos. La observó dirigirse inexorablemente hacia el orgasmo. Y, de repente, Leila abrió los ojos y le ofreció una sorprendida mirada azul, como si no acabara de creerse lo que le estaba sucediendo.

–¿Gabe? –susurró con inquietud.

–Tranquila –él le ofreció otra profunda embestida–. Déjate llevar.

Leila cerró los ojos y su cuerpo empezó a temblar, la espalda arqueada. Pronunció palabras en una lengua extraña que él no comprendió. Y Gabe la besó mientras intentaba ignorar las uñas que ella le clavaba dolorosamente en la espalda. Esperó hasta que su cuerpo se detuvo casi por completo antes de liberarse él mismo, esparciendo su semilla en unas fuertes sacudidas que deseó que no terminaran nunca.

Por un momento se sintió aturdido, como si estuviera drogado. Su cuerpo al fin estaba caliente, latiendo con vida, en lugar de frío y vacío, o deliberadamente anestesiado. Con los ojos entrecerrados la observó. Los sedosos cabellos negros caían sobre los pechos y la preciosa piel olivácea estaba sonrojada.

–¿Quién eres? –preguntó mientras le acariciaba una mejilla, arrancándole un estremecimiento.

–Calla –ella lo besó–. Pareces agotado. Duerme, Gabe. Duerme.

Capítulo 3

ME ESTÁS escuchando, Leila?

Leila dio un respingo cuando la impaciente pregunta de su hermano atravesó la neblina de sus confusos pensamientos. En el ambiente artificialmente fresco del palacio, se preguntó si se le habría borrado ya el rubor de las mejillas y, una vez más, dio gracias por el velo que la ocultaba parcialmente del sultán. Sin embargo, había otros signos, era consciente de ello. El espejo se lo había dicho.

¿Habría desaparecido ya el revelador brillo de sus ojos?

Rezó para que así fuera. Porque, si su astuto y dictatorial hermano, Murat, llegaba siquiera a sospechar cómo había pasado la tarde...

Si tuviera la menor idea de que había entregado su virginidad a un extraño...

Leila se estremeció.

La mataría.

–Pues claro que te estoy escuchando –se defendió ella.

–Entonces, ¿qué estaba diciendo? –el sultán entornó los negros ojos.

–Algo sobre el banquete de esta noche –Leila tragó nerviosamente.

–Muy bien, Leila –él asintió–. Al parecer, sí me estabas prestando atención. Un banquete en honor de mi invitado inglés, Gabe Steel.

–¿Gabe Steel? –ella agradeció estar sentada, pues las rodillas empezaron a temblarle.

–Viene esta noche –Murat chasqueó la lengua con impaciencia–. Ya lo sabías, Leila.

Leila sonrió forzadamente ante el poder de la mente humana para negar lo que te producía incomodidad. Era como dar un paseo por el desierto, sabías que la arena estaba plagada de serpientes y escorpiones, pero si pensabas demasiado en ello no volvías a subirte

a un caballo.

Por supuesto que sabía que Gabe acudiría a palacio aquella noche, pero, como sucedía con todos los banquetes oficiales del sultán, ella no había sido invitada. De haberlo sido, no habría tenido necesidad de acudir en secreto a la habitación de hotel del ejecutivo para pedirle trabajo para después comportarse como una...

Cerró los ojos un instante. No debía pensar en él. No debía.

Pero, por mucho que lo intentara, le resultaba imposible borrar de su mente las imágenes que la asaltaban, como si alguien estuviera proyectando una película erótica y prohibida en su cabeza en un bucle infinito. No parecía capaz de evitar rememorar cómo le había hecho el amor y cómo le había hecho sentir.

Era muy consciente de haber cometido un error. Iba en contra de toda la educación que había recibido. En Qurhah, las mujeres «buenas» se reservaban para el matrimonio, sobre todo las princesas reales. Sencillamente no había ninguna otra opción y, hasta ese día, no se lo había cuestionado jamás. Aun así, había aprovechado la oportunidad para entregarse al poderoso magnate sin pensárselo dos veces. Lo había deseado con una avidez que la había sorprendido hasta a ella y, al parecer, él la había deseado del mismo modo. Por primera vez en su vida, se había comportado como si fuera libre.

Recordó el brillo dorado de sus cabellos contra la almohada después de haber lanzado ese extraño grito estremeciéndose dentro de ella. Recordó cómo lo había visto dormirse de inmediato, tan profundamente que había tenido que asegurarse de que aún respiraba. Ni siquiera se había movido cuando ella había salido de la cama, el cuerpo aún caliente y dolorido y la piel cubierta de un suave y cálido brillo.

Sin hacer ruido, había recogido sus ropas y, temblando, se había vestido en el cuarto de baño, temerosa de que él la oyera, consciente de que su única opción era la de marcharse antes de que despertara, porque no se sentía capaz de despedirse de él, no en ese estado emocional tan volátil en el que se encontraba, no queriendo nada más que acurrucarse en el cálido abrazo de Gabe y volver a besar los sensuales labios.

Porque para ellos no había futuro alguno y lo sabía. Jamás lo

habría, y temió que en el vulnerable estado tras el orgasmo se hubiera sentido tentada de pasar por alto ese detalle.

Respirando hondo se dijo que lo hecho, hecho estaba, y que no iba a avergonzarse de algo con lo que tanto había disfrutado. No cuando, por primera vez en su vida, se había comportado como una mujer de pensamiento libre en lugar de como una marioneta cuyas cuerdas eran continuamente tensadas por su poderoso hermano, el sultán.

Pero también era consciente de lo equivocado de su juicio. Había sido estúpidamente ingenua al abordar al inglés. ¿Realmente pensaba que Gabe Steel, por poderoso que fuera en su país, podría persuadir a su hermano para que la dejara trabajar para él? ¿De verdad pensaba que podía pasar de ser una princesita mimada a una fotógrafa occidental así como así?

Sentía la mirada de Murat sobre ella y supo que esperaba una respuesta. No solo era su hermano, por encima de todo era el sultán y estaba acostumbrado a ser el centro del universo.

–No necesitas que te desee buena suerte para el banquete, Murat –contestó ella–. El éxito está asegurado.

–Pensé que quizás te gustaría asistir –el sultán asintió, apreciando el cumplido de su hermana.

–¿Al banquete? –por segunda vez, Leila agradeció estar sentada.

–¿Por qué no?

–¿Por qué no? –ella rio–. ¿Lo preguntas en serio? Pues porque se trata de un asunto de negocios y estos asuntos son tratados únicamente entre hombres.

Murat se encogió de hombros. A Leila le pareció que su hermano estaba un poco alterado, lo cual no era habitual en él. Quizás la cancelación de su matrimonio concertado con esa joven le había afectado más de lo que parecía.

–Quizás haya llegado el momento de que Qurhah rompa alguna tradición.

–¿Qué demonios te pasa? –Leila lo miró perpleja.

–¿Tiene que haber siempre una explicación para todo? –rugió Murat–. Llevas años dándome la lata pidiendo un mayor protagonismo en los asuntos de estado, Leila...

–¡Y nunca me has hecho caso!

–Pues ahora te estoy proponiendo romper la tradición –continuó

él implacable–, y tú me sometes a un tercer grado.

Leila no contestó porque su corazón había iniciado una alegre danza. Intentó ignorar las mariposas en su estómago y el rubor de las mejillas, pero lo que no pudo ignorar fueron las maravillosas palabras que se estaban grabando en su mente. ¡Había sido invitada al banquete! ¡Iba a volver a ver a Gabe!

Repentinamente superada por los nervios, se dijo a sí misma que no debía dejarse llevar. La reacción de Gabe sería irrelevante. Cierto que había sido el amante que toda mujer desearía tener, pero no era más que un hombre. Y ella sabía cómo eran los hombres. Sabía el dolor que causaban a las mujeres. El llanto camuflado de su madre había sido una presencia constante en su infancia y se propuso no hacerse ilusiones con respecto a Gabe Steel.

–Estás muy callada, Leila –observó el sultán–. Pensé que te haría ilusión conocer a mi invitado.

–Perdona mi reacción tan poco entusiasta –ella sonrió tímidamente–. Tu inesperada generosidad me ha pillado por sorpresa. Por supuesto que me encantará conocer al señor Steel.

–Bien. Y, por supuesto, llevarás velo. Quiero que nuestro visitante occidental sea testigo del decoro de las mujeres de Qurhah –Murat frunció el ceño–. Espero que no te pongas enferma, Leila, tienes el rostro muy enrojecido, como si tuvieras fiebre.

Gabe apenas se fijó en las brillantes puertas doradas que se abrieron al paso del coche blindado. Tampoco se había fijado en las bulliciosas y coloridas calles de Simdahab por las que habían pasado. Habían tardado más de lo esperado, seguramente por el blindaje del coche. Debía de ser uno de los inconvenientes de ser un sultán de inmenso poder, el riesgo de ser asesinado nunca estaba muy alejado.

Pero, en lugar de centrarse en el propósito que tenía entre manos, o reflexionar sobre las diferencias culturales entre ambos países, como siempre solía hacer, había dedicado todo el trayecto a pensar en la mujer que sin duda debería olvidar.

Leila.

Al despertar de un profundo sueño había experimentado un instante de completa y absoluta paz, antes del regreso de los

recuerdos inconexos. Por un momento, había llegado a pensar que el extraño incidente había sido un sueño, pero entonces había visto las manchas de sangre en la sábana, aunque no estaba muy seguro de si provenían del himen roto o de las heridas que ella le había provocado al clavarle las uñas al llegar al orgasmo.

Contempló por la ventanilla del coche el vasto esplendor de los jardines palaciegos sin que le abandonara esa sensación de desorientación.

Siempre había tenido éxito con las mujeres, y no solo por su atlético cuerpo o por su aspecto, definido por la prensa como de ángel caído. Muy pronto había aprendido cómo manejar al sexo opuesto para que las cosas le fueran mejor. Había aprendido a tomar lo que deseaba sin dar falsas esperanzas. Había aprendido que ofrecer placer asegurado era lo mejor para disimular los defectos, sobre todo su aversión a las emociones. Era muy consciente de su incapacidad para dar amor, pero lo que sí podía dar eran unos estupendos orgasmos.

Lo había visto y hecho todo, al menos eso creía, aunque había evitado tanto los tríos como las situaciones que incluyeran cámaras. Pero jamás había vivido la irrupción de una hermosa extraña en su habitación de hotel, dispuesta a dejarse seducir a los pocos minutos de conocerse.

El corazón había fallado un latido al recordar lo que esa mujer le había hecho sentir. La primera y fuerte embestida contra el intacto himen. ¿Quién era? ¿Y por qué había decidido entregar su inocencia a un hombre desconocido?

Reflexionó sobre las fotografías que le había mostrado. Nadie podía negar el talento que poseía. ¿Pensaba que su disposición sexual iba a garantizarle un trabajo? Aunque hubiera sido el caso, al menos le habría dejado una tarjeta, o su número de teléfono garabateado sobre un trozo de papel. Pero no había hecho nada de eso. Nada para demostrar que hubiera estado allí. Únicamente la fragancia tan femenina mezclada con el inconfundible aroma del sexo. Aparte de eso, al despertar no había encontrado nada más que el hueco vacío en la cama y un profundo silencio.

Gabe sacudió la cabeza mientras la limusina se detenía y un sirviente con túnica le abría la puerta. Tenía que sacarse a esa mujer de la cabeza y centrarse en la velada. Daba igual quién fuera

la misteriosa virgen. Todo había terminado y podía cerrar la puerta a ese recuerdo, tal y como hacía con cualquier otro aspecto de su pasado. Se encontraba en el palacio para conocer al sultán y nada más importaba.

Abrochándose la chaqueta, salió del coche a un camino de grava donde se alineaban numerosas limusinas idénticas a la suya. El palacio, con sus torretas, brillaba bajo la luz rojiza del sol del atardecer. Gabe se preguntó cuánto tiempo habría llevado construir la impresionante ciudadela, un innegable símbolo de belleza y poder situado en un oasis de clásicos y, sorprendentemente, verdes jardines.

El aire estaba cargado del aroma de las rosas y el sonido del agua del arroyo que atravesaba los terrenos de palacio. A lo lejos se veían unas altas montañas cuya cima estaba cubierta de nieve y, un poco más cerca, el vuelo circular de lo que parecía un ave rapaz.

En eso debería estar pensando, se recordó amargamente, y no en una mujer que le había hecho sentir ligeramente...

Frunció el ceño.

¿Utilizado?

¿Eso había hecho?

–¡Gabe! Aquí estás al fin. Te doy la bienvenida a mi hogar.

Una voz cargada de un fuerte acento interrumpió sus pensamientos. Gabe se volvió y se encontró con la imponente figura del sultán, de pie en lo alto de la escalinata, cuyo cuerpo quedaba enmarcado por los impresionantes arcos de la entrada del palacio. La ropa y el tocado de la cabeza eran de un color blanco prístino y la sobriedad de su aspecto quedaba interrumpida únicamente por la luminosidad de la olivácea piel. Por un momento, un lejano recuerdo flotó en la mente de Gabe, antes de desaparecer como una mariposa en un día de verano.

–Su Majestad –saludó Gabe–. Es un honor ser invitado a su palacio.

–El honor es mío –contestó el sultán dando un paso al frente para estrecharle calurosamente la mano–. ¿Qué tal por Londres?

–Lluvioso.

–Lógico.

Gabe había conocido al sultán durante la boda de una de sus empleadas. Sara Williams había trabajado como creativo en la

agencia de publicidad antes de escandalizar a unos cuantos llevando su complicada vida amorosa a la oficina.

Durante la surrealista boda en el vecino reino de Dhi'ban, el sultán le había confesado a Gabe que conocía su formidable reputación y le había pedido ayuda para situar a Qurhah en el siglo XXI con un buen cambio de imagen. Al principio, Gabe se había mostrado reacio a aceptar un encargo tan potencialmente arriesgado, pero había demostrado ser todo un reto, y en su mundo los nuevos retos escaseaban.

Así pues, lo había hecho coincidir con un aniversario que siempre le llenaba de remordimiento y culpabilidad.

–¿El hotel resulta de tu agrado? –preguntó el sultán.

–Es perfecto –el erótico recuerdo le hizo estremecerse–. Es uno de los edificios más hermosos en los que me haya alojado nunca.

–Gracias, aunque creo que encontrarás nuestro palacio todavía más hermoso –el sultán hizo un ademán con la mano–. Vamos dentro y te mostraré un poco de la hospitalidad de Qurhah.

Gabe siguió al monarca por los largos pasillos de palacio, cuyo aire era fresco gracias a la brisa que entraba desde el patio central. Pasaron ante numerosos sirvientes que se inclinaban a su paso, y ante la mirada aguileña de los retratos de los anteriores monarcas, de gran parecido con su anfitrión.

Todo aquello resultaba deslumbrante, pero la estancia a la que se dirigieron desafiaba todas las expectativas. De altos techos, impresionante como una catedral, la habitación estaba bañada en el suave brillo del oro y las piedras preciosas. Varias personas charlaban y bebían, pero, en cuanto el sultán hizo su aparición, se hizo el silencio y todos inclinaron la cabeza.

Mientras el sultán le presentaba a su emisario y a sus numerosos oficiales, todos hombres, Gabe se preguntó cómo se sentiría una persona con tanto poder sobre los demás. Algunos de ellos, sobre todo los más mayores, mostraban evidentes signos de desconfianza hacia el extranjero llamado a suavizar la imagen de un país que siempre se había enorgullecido de su identidad nacional. Pero Gabe sabía que los cambios siempre iban acompañados de dolor, y por esa razón escuchó pacientemente algunas de las reservas que le formularon, hasta que sonó la campana anunciando la cena.

Acompañó al sultán hasta el enorme comedor, lleno de mesas

fastuosamente decoradas con fragantes rosas de color carmesí. Sin saber por qué, posó la mirada en los delicados pétalos mientras se preguntaba por qué su visión lo alteraba tanto. De repente comprendió que se parecía a la sangre en las sábanas. Un susurro de aprensión le heló la piel.

–Te he sentado junto al embajador de Maraban, el hombre más influyente de la región –le explicó el sultán–. Y tendrás a mi hermana al otro lado. Habla un inglés excelente y está ansiosa por conocerte, pues conoce a pocos occidentales. Ah, aquí está. ¡Leila!

Gabe no había necesitado oír a su anfitrión pronunciar el nombre de la mujer para identificarla de inmediato. Lo supo desde el momento en que entró en la habitación. A pesar de que su cuerpo estaba cubierto por vaporosas sedas y aunque el velo a juego le cubría la mitad del rostro, habría sido imposible confundirse. Por mucho que se escondiera, no podría ocultar el sensual vaivén de su cuerpo.

Todavía conservaba su olor en la piel.

Todavía conservaba su sabor en la boca.

Todavía recordaba el momento exacto en el que la había traspasado y reclamado para sí.

¿Por qué demonios le había ocultado su identidad?

El sultán decía algo y Gabe tuvo que esforzarse por escuchar mientras rezaba para conseguir calmar el clamor de sus sentidos.

–Leila –Murat sonrió–. Te presento a Gabe Steel, el genio de la publicidad venido de Londres de quien me has oído hablar. Gabe, quiero presentarte a la princesa Leila Scheherazade de Qurhah, mi única hermana.

Durante unos segundos, Gabe se sintió tan furioso que apenas pudo formular palabra, pero rápidamente hizo acopio del autocontrol que dominaba a la perfección. Había trabajado toda la vida en una industria que negociaba con la ilusión, y sabía muy bien qué máscara ponerse para la ocasión. De modo que dibujó en el rostro la ligeramente deferente sonrisa que se esperaba de alguien presentado a una princesa real. Incluso hizo una reverencia con la cabeza. Y entonces captó un detalle del pie que asomaba por debajo del vestido, y la visión de tan hermosos dedos le produjo una profunda ira y descontrolada sensación de lujuria.

–Un honor conocerla, Su Alteza Real –saludó.

Al incorporarse, vio sonrojarse a la joven y un fugaz destello de inquietud asomar a los ojos azules. Una inquietud que le produjo gran satisfacción.

–Lo mismo digo, señor Steel –Leila correspondió al saludo con dulzura.

–Leila, por favor, muéstrale a nuestro invitado su asiento –el sultán dio dos fuertes palmadas y la estancia volvió a quedar sumida en el más profundo silencio–. Sentémonos.

Gabe siguió a Leila en silencio. En medio del murmullo generado por los doscientos invitados al sentarse, aprovechó la oportunidad.

–¿Tienes previsto ofrecerme alguna explicación?

–Ahora no –contestó ella con calma.

–Pues yo quiero una explicación, Su Alteza Real.

–Ahora no –repitió Leila mientras retiraba el velo que cubría su rostro.

A pesar de lo furioso que se sentía, Gabe contuvo el aliento al serle revelados los hermosos rasgos. Porque, en un mundo en el que la desnudez era tan común como un teléfono móvil, acababa de presenciar el striptease más erótico de su vida.

Primero asomó la curva de la barbilla y, por encima, esos sensuales labios, espectacularmente rosas sobre la luminosa piel. Recordó cómo esos labios se habían aplastado contra los suyos y se puso duro al instante. Intentó convencerse de que la nariz era demasiado aquilina para los cánones convencionales de belleza, y que había mujeres mucho más guapas que ella. Pero sabía que mentía, pues en esos momentos era la criatura más exquisita que hubiera visto jamás.

Una criatura que lo había traicionado. Le había mentido, como siempre hacían las mujeres.

Tomando un gran sorbo de vino en un intento de calmar los nervios, consiguió controlarse el tiempo que le llevó engatusar al embajador durante el primer plato, que no le apetecía lo más mínimo probar.

Se preguntó si sería una gran grosería ignorar a Leila, pero tampoco le importaba, porque no se sentía capaz de hablar con ella aún. No se fiaba de sí mismo y no resultaría muy elegante explotar de ira en medio del banquete del sultán. Sin embargo, su mirada

regresaba una y otra vez a los femeninos dedos que jugueteaban con la cubertería dorada mientras empujaba la comida por el plato.

El embajador se volvió para conversar con la persona sentada a su izquierda y Gabe aprovechó la oportunidad para inclinarse hacia ella, hablándole con evidente ira contenida.

–¿Se trata de algún jueguecito de poder que debería conocer, Leila? ¿Una especie de intriga política que me será revelada gradualmente conforme avance la velada?

El pesado tenedor de oro cayó con gran estruendo sobre el plato y Leila se volvió hacia él con la aprensión dibujada en el rostro.

–No hay ninguna intriga –contestó en un susurro.

–¿En serio? Entonces, ¿a qué se debe tanto misterio? ¿Por qué no explicarle a tu hermano que ya nos conocemos? A no ser que él no lo sepa, claro.

–Yo...

–Quizás no tiene ni idea de que su hermana vino hoy a mi hotel –continuó él despiadadamente–. Permíteme...

–Por favor –le interrumpió ella–. No podemos hablar aquí.

–¿Y dónde sugieres que lo hagamos? –preguntó él–. ¿Mañana a la misma hora en el mismo lugar? A lo mejor ya tenías previsto regresar para una repetición de la jugada, quizás llevando otro disfraz. A lo mejor la mascarada te pone. No lo sé –la taladró con la mirada–. ¿Es así?

–Señor Steel...

–Gabe –volvió a interrumpir él en tono burlón–. Supongo que no te habrás olvidado de mi nombre, ¿no, Leila?

Leila cerró los ojos durante un instante. Por supuesto que no lo había olvidado. Un nombre que no solo había pronunciado. Lo había jadeado al ser penetrada por él. Lo había susurrado mientras se movía dentro de ella. Lo había gritado durante el largo orgasmo que casi la había desgarrado de placer.

Pero todos esos recuerdos estaban siendo barridos por la furiosa mirada gris.

Deseó poder excusarse con el pretexto de sentirse enferma, lo cual no dejaba de ser cierto.

Pero Murat jamás le perdonaría la interrupción del banquete, incluso podría despertar sus sospechas si se daba cuenta de que la presencia del inglés hacía sentirse incómoda a su hermana. Podría

empezar a hacer preguntas. Además, el hombre sentado a su lado, el hombre que le había hecho el amor aquella tarde, no iba a poder mantener esa pose de hostilidad toda la velada, ¿no?

–Entiendo que estés enfadado –se disculpó ella en tono conciliador.

–¿No me digas? –los ojos grises seguían destilando hostilidad–. ¿Y eso por qué? ¿Porque te olvidaste de revelarme tu verdadera identidad?

–Yo no...

–¿O porque se te acaba de ocurrir ahora mismo que quizás hayas comprometido mi trabajo con tu hermano? –Gabe hablaba con voz suave, aunque sus palabras resultaban venenosas–. Porque a ningún hombre le gusta descubrir que su hermana se ha comportado como una furcia.

Gabe se echó hacia atrás para estudiar con detalle el rostro de la princesa, como si estuvieran manteniendo una amigable conversación. Leila pensó en lo engañosas que podían ser las apariencias. Cualquiera que les observara jamás se daría cuenta de que la amable sonrisa en los labios de ese hombre estaba en total contraposición con el furioso destello de los ojos grises.

–Me comporté como la mayoría de las mujeres –protestó ella–. Con espontaneidad.

–Pero la mayoría de las mujeres no son perseguidas por sus guardaespaldas –continuó Gabe–. ¿Qué habría pasado si hubieran entrado en la habitación y nos hubieran encontrado en la cama?

–No lo sé –Leila intentó desesperadamente bloquear la imagen de su mente.

–Pues yo creo que tienes una idea bastante buena. ¿Qué habría sucedido, Leila?

–Te habrían arrestado –ella tragó nerviosamente, no podía intentar engañarlo con otra respuesta.

–Me habrían arrestado –repitió él con amargura–. Mi reputación quedaría destruida y perdería mi libertad. ¿Quizás también mi cabeza?

–¡No somos tan salvajes! –protestó ella, aunque sin demasiada convicción.

–En el fondo es gracioso –continuó él–, porque, por primera vez en mi vida, me siento como una especie de semental. Aquí te pillo,

aquí te mato.

–¡No! –exclamó la princesa–. No fue así.

–Entonces, ¿qué fue? ¿Amor a primera vista?

Leila se llevó la copa de zumo de cereza a los labios y bebió un gran sorbo, no precisamente porque tuviera sed. Las palabras de Gabe le estaban haciendo darse cuenta de lo impulsiva que había sido y lo desastroso que hubiera sido si les hubieran descubierto. Sin embargo, no les habían descubierto, ¿verdad? Quizás la suerte, o el destino, habían estado de su lado.

Lo cierto era que su corazón había dado un brinco de alegría al verlo de nuevo, vestido con el traje negro carbón y la corbata plateada. Había contemplado los dorados cabellos, deseando poder hundir los dedos en ellos. Sus ojos se habían deslizado glotones sobre los esculpidos rasgos y, a pesar del juramento hecho a sí misma, deseó poder besarlo. De inmediato había empezado a elaborar unas descabelladas e imposibles fantasías. Una locura, pues el hecho de que hubiera demostrado ser un amante exquisito no le daba motivos para caer en la vieja trampa femenina de creer que ese hombre poseía un corazón.

Los hombres no poseían un corazón, se recordó amargamente.

–¿Amor? –lo miró a los ojos–. ¿Por qué hay que estar enamorado para practicar el sexo?

–Yo desde luego que no. Pero las mujeres a menudo suelen estarlo, sobre todo en su primera vez. Aunque también es cierto que la mayoría de esas mujeres no suele ser una princesa consentida que toma lo que desea sin importarle las consecuencias.

Leila no reaccionó al ser catalogada como princesa consentida. Sabía que la gente pensaba que lo era, aunque nadie se hubiera atrevido a decírselo a la cara nunca. Sabía lo que la gente pensaba de familias como la suya y cómo la etiquetaban automáticamente como mimada. Pero no siempre se correspondía con la realidad. Una infinita riqueza no te libraba de los problemas cotidianos. Las doradas paredes del palacio no ejercían ninguna clase de magia sobre las personas que vivían en su interior. Si le pinchaba, sangraba, como cualquier mujer.

–Reconozco que fue un encuentro poco convencional –continuó ella–. Llevar mi trabajo a tu habitación de hotel y pedirte un empleo.

–Por favor, Leila, no seas tan falsa. No hablaba de eso, y lo sabes –la voz de Gabe había adquirido un tinte de impaciencia–. ¿Qué clase de guía de búsqueda de empleo habías leído antes de empezar a desnudarte y a manosearme? ¿*Cien maneras de lograr que la escena del sofá funcione*?

–Pues tú no parecías muy descontento.

–Qué curioso –musitó Gabe–. Una mujer hermosa entra en mi suite, me mira con sus ojos azules y empieza a hacer avances. Me roza el brazo tan sutilmente que me pregunto si no lo habré imaginado, aunque mis sentidos me dicen que no. Después se da la vuelta para que vea bien cómo los ajustados vaqueros se abrazan al hermoso trasero y me muestra su increíble cuerpo. Me mira como si yo fuera la respuesta a todas sus oraciones –y durante un breve instante, él se había sentido así.

Hubo una pausa durante la cual Leila se obligó a llenarse la boca con un exquisito arroz, aterrorizada ante la idea de que alguien pudiera darse cuenta de que no había comido nada. ¿Había hecho realmente todas esas cosas de las que le acusaba Gabe? ¿Se había comportado como una especie de sirena?

–Podrías haberme detenido –insistió ella mirándolo a los ojos.

Gabe se quedó inmóvil ante el desafío que destilaba la mirada azul. Desde que había sucedido, no había dejado de hacerse esa misma reflexión. Debería haberla detenido. Debería haber esperado a que los guardaespaldas se hubieran marchado y luego haberla despedido lo más rápidamente posible. Debería haber enfriado su deseo con el formidable autocontrol que le había salvado de situaciones mucho peores que la de la frustración sexual. Debería haberle aclarado que no tenía un tipo de mujer, pero que, de haberlo tenido, no sería ella.

No le gustaban las mujeres tan obvias. Mujeres con insistentes ex, o hermanos sultanes. Tenía un radar para las mujeres con problemas y nunca antes le había fallado. Se resistía a las tramposas, a las neuróticas y a las necesitadas.

Pero algo había salido mal.

Porque no se había resistido. Había roto sus propias reglas llevándosela a la cama sin saber absolutamente nada de ella. Sacudió la cabeza. Algo indefinible, algo en esos ojos azules, lo había atrapado. Se había sentido como un hombre sediento al que

le habían mostrado un lago e invitado a beber.

Se había sentido casi…

Casi desvalido.

Y eso no iba a volver a suceder jamás.

No dos veces en la misma vida.

–Podría haberte detenido –admitió él al fin.

–¿Y por qué no lo hiciste?

Gabe no contestó de inmediato porque necesitaba elegir bien las palabras. Quería hacerle llegar un mensaje, un mensaje muy claro que no pudiera malinterpretar. Dejarle claro que no había significado nada para él. Que sería un error enamorarse de él. Que hacía sufrir a las mujeres.

–A veces el sexo es como un sarpullido. Y no puedes evitar rascarte.

El rostro de Leila no reflejó ninguna de las emociones que había esperado despertar en ella. Ni indignación ni dolor. Sospechó que en el mundo de la princesa los sentimientos, como los rostros, permanecían bien ocultos. Pero vio la mirada endurecerse fugazmente. Como si hubiera confirmado algo que ella ya sabía.

–Estoy segura de que los poetas románticos no tienen nada que temer de tus observaciones –comentó ella en tono sarcástico.

–Tan solo espero habértelo dejado claro.

Leila se inclinó hacia delante y él captó un sutil aroma que le recordó a las flores de los prados aplastadas por las pisadas. Aquello resultaba perturbador.

–Tranquilo, he captado el mensaje alto y claro –contestó ella–. De modo que discúlpame si durante el resto de la velada te ignoro todo lo que me sea posible. Creo que ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos, ¿no es así?

Capítulo 4

LEILA se agarró a los bordes del lavabo mientras el terror la desgarraba como la hoja de una espada. Quería gritar. Echar la cabeza hacia atrás y aullar como un animal. Pero no se atrevía porque su miedo a ser descubierta era casi tan grande como la negra sospecha que crecía en su interior desde hacía días.

Se quedó muy quieta y escuchó, el corazón martilleando dolorosamente en el pecho. ¿La había oído alguien? ¿Algunos de los discretos sirvientes habían estado lo suficientemente cerca del cuarto de baño como para oír sus arcadas?

Cerró los ojos.

«No, por favor».

Pero, al abrirlos de nuevo, supo que ya no podía seguir fingiendo. No podía seguir esperando y rezando para que no estuviera sucediendo. Porque estaba sucediendo.

Todo había comenzado con una falta. Un día de retraso, luego dos y después toda una semana. Los nervios se habían disparado. El corazón parecía latir loco de terror. Ella nunca se retrasaba. Su ciclo menstrual era tan regular como cada amanecer. Y lo más horrible era que tenía que fingir que sí le había llegado. Había hecho gestos de dolor, sujetándose el bajo vientre como si tuviera algún malestar, desesperada por no despertar las sospechas de las sirvientas. Porque en el mundo enclaustrado y vigilado del palacio, nada pasaba desapercibido, ni siquiera los secretos más íntimos de una princesa.

Se había convencido de que no era más que un fallo. Su cuerpo seguramente se estaba comportando de manera inusual tras haber sido introducida al sexo. Después había intentado no pensar en ello. Pero, cuando no había funcionado, había empezado a rezar a la Madre Naturaleza prometiéndole ser buena durante el resto de su vida si le concedía no estar embarazada del hijo de Gabe Steel.

Pero sus súplicas no habían recibido respuesta. En cambio, el horror era real. Aquello no iba a desaparecer simplemente porque ella lo deseara.

Estaba embarazada.

Su breve experimento con el sexo, su único y fútil intento de comportarse como una mujer liberada, le había dejado una consecuencia permanente. Estaba embarazada de un hombre que no quería volver a verla.

Su vida estaba arruinada.

Con manos temblorosas, se mesó los alborotados cabellos, consciente de que tenía que seguir comportándose como se esperaba de ella, porque si alguien sospechara...

Pensó en las escasas opciones que tenía, cada una llenándola de mayor aprensión que la anterior. Pensó en qué sucedería si su hermano lo descubriera, y un escalofrío recorrió su columna. De nuevo se agarró al lavabo, la porcelana fría como el hielo bajo sus agarrotados dedos. Murat no debía saberlo, al menos, aún no.

Pero iba a tener que informar a Gabe.

Gabe, que había regresado a Inglaterra y que no tenía ninguna intención de volver a verla. Había pasado quince días trabajando en Qurhah sin que sus caminos se cruzaran una sola vez. ¿Por qué iban a hacerlo? Él le había dejado bien claro que deseaba olvidar lo sucedido y ella se había autoconvencido de sentir lo mismo. Era curioso cómo dos personas que habían compartido tanta intimidad podían comportarse como dos extraños.

Ni siquiera había habido cercanía en la cena de despedida en honor del magnate inglés. Gabe y ella apenas habían intercambiado alguna palabra aparte del saludo. Durante la cena, ella no había percibido más que frío desprecio en los ojos grises. Y eso le había dolido. Por primera vez en su vida había experimentado el dolor del rechazo, empeorado por el sordo dolor del deseo.

Leila cerró la puerta del cuarto de baño mientras su mente trabajaba a toda prisa y regresó lentamente a sus aposentos. En circunstancias normales, Gabe Steel no sería la primera persona a quien acudiría, pero en esos momentos era la única.

Tenía que decírselo.

Pero ¿cómo?

Contempló la rosaleda de palacio donde destacaba la hermosa flor de naranjo que había sido bautizada en su honor pocos días después de que ella naciera.

Si lo telefoneaba, alguien en palacio podría escuchar la

conversación. Además, esa llamada no cambiaría nada, seguiría embarazada, sola y vulnerable a la ira del sultán si llegara a descubrirlo.

Pero, si dejaba pasar más tiempo, al final iba a descubrirlo de todos modos.

El golpeteo de unos nudillos en la puerta le sobresaltó, y sus alterados pensamientos se hicieron más lúgubres cuando el sirviente le informó de que el sultán deseaba verla de inmediato.

Leila tenía la boca seca por el miedo mientras caminaba por los pasillos de mármol hacia los magníficos aposentos de Murat. ¿Lo había adivinado? ¿La había llamado a su presencia para recriminarle la vergüenza que había llevado a la casa real y ordenarle desaparecer en alguna aislada región del reino para tener a su hijo en la más absoluta clandestinidad?

Pero, al entrar en la habitación de su hermano, lo encontró inusualmente solícito. Sus ojos negros se entornaron con algo parecido a la preocupación.

Empezó por preguntarle si se encontraba bien.

–Pues sí, muy bien –mintió ella–. ¿Por qué lo preguntas?

–Es que últimamente casi no se te ve –Murat se encogió de hombros–. No pareces tú misma. ¿Sucede algo, Leila?

¡Se había dado cuenta!

A pesar del miedo que sentía, Leila sabía que no debía reaccionar. No debía darle a su inteligente hermano ninguna pista del secreto que ocultaba. Con una fuerza que no había sido consciente de poseer, aunque quizás estuviera inspirada en la desesperación, se encogió de hombros ella también.

–Últimamente no me he sentido muy animada.

–¿Por qué?

–Tengo la sensación de que no he visto nada del mundo, ni de la vida –Leila se humedeció los labios–. Solo conozco Qurhah.

–Claro, es que eres la princesa de Qurhah –gruñó Murat–. Y tu lugar está aquí.

–Eso ya lo sé –se sentía como un viejo mueble que jamás había sido movido del sitio en el que lo habían colocado–. Pero tú viajas. Visitas otros países. Y yo... yo no he visto nada, aparte del desierto.

–¿Y? –su hermano entornó los ojos.

Leila se obligó a pronunciar las palabras, a hacerle creer que

había aceptado el futuro que el destino le había adjudicado. Un futuro que jamás se haría realidad porque ningún posible marido real aceptaría a una mujer que hubiera tenido el hijo de otro hombre.

–Sé que mi lugar está aquí, Murat –asintió–, pero, antes de dedicarme por completo a la vida que me ha sido destinada, ¿no podría hacer un viaje al extranjero?

–¿Qué clase de viaje? –el sultán frunció el ceño.

–¿Sabías que la princesa Sara tiene una casa en Londres? –Leila apenas podía creerse lo lejos que había llegado y era muy consciente de que no podía fastidiarla. Pensó en la diminuta y prohibida vida que crecía en su seno y respiró hondo.

–Eso tengo entendido.

Leila observó atentamente la reacción de su hermano, pero, si se sentía dolido por oír nombrar a la mujer con la que debería haberse casado, lo disimuló muy bien.

–Me escribe con frecuencia y me habla de las maravillosas tiendas que hay en la ciudad –continuó ella–. Me ha invitado en numerosas ocasiones. ¿No podría ir unos cuantos días, Murat? Ya sabes cómo me gusta ir de compras.

A sus palabras le siguió un tenso silencio. ¿Había conseguido sonar lo bastante melosa? Si le hubiera confesado a su hermano que deseaba visitar una importante exposición fotográfica, jamás le concedería el permiso. Era uno de esos hombres que creían que las compras mantenían a las mujeres sumisas. Si las agasajabas con muchas cosas, siempre estarían satisfechas.

–Supongo que se podría organizar una corta visita –contestó al fin el sultán.

Leila soltó un pequeño grito de júbilo y mostró a su hermano la gratitud que sabía que se esperaba de ella. Sin embargo, hizo las maletas con gran pesadumbre. Pensó en el terrible secreto que albergaba, en lo humillante que iba a resultarle buscar a un hombre que no la deseaba y tener que confesarle algo que le iba a horrorizar.

Los arreglos necesarios se hicieron entre el palacio y la princesa Sara, a quien Leila conocía desde niña. Sara había estado prometida a Murat, pero al final se había casado con Suleiman, con quien compartía residencias repartidas por todo el mundo.

Acompañada de un séquito de guardaespaldas y sirvientes, Leila voló en avión privado hasta Inglaterra, donde ocupó toda la planta superior del hotel Granchester en el centro de Londres. Había dado un pasito más hacia Gabe. Un pasito más hacia compartir la noticia. ¿No decían que un problema compartido era menos problema?

Pero entonces recordó la frialdad de su mirada durante el banquete de despedida y se obligó a recordarse que él no quería volver a verla. No iba a haber ningún final de cuento de hadas con ese hombre. Miró por la ventana hacia un hermoso parque cuajado de flores y una terrible sensación de soledad la sobrecogió.

Veía parejas pasear por el parque, abrazadas, besándose. Un niño pequeño corría tras un perro y, unos pasos más atrás, una mujer empujaba un cochecito. Todos parecían formar parte de un mundo desplegado ante ella, todos salvo ella. Leila no recordaba haberse sentido tan sola en su vida.

Consciente de que no podía retrasar el temido momento mucho más, marcó el número de teléfono de la oficina de Gabe con el corazón desbocado por la aprensión. Tuvo que hablar con dos personas diferentes antes de escuchar su voz al otro lado de la línea. Y, cuando al fin la oyó, esa voz le resultó muy lejana.

Desconfiada.

El miedo clavó sus garras en el estómago de la princesa, consciente de que iba a arrojar una bomba a la perfecta vida de ese hombre.

–¿Leila?

–Sí, soy yo. ¿Cómo estás, Gabe?

–Bien –hubo una pausa–. Menuda sorpresa.

–Ya me lo imagino –Leila respiró hondo–. Escucha, necesito verte.

–Creía que ya habíamos dejado claro que no era buena idea. Además, estoy en Inglaterra y no tengo planeado regresar a Qurhah durante un tiempo.

Todavía mirando por la ventana, Leila vio cómo el niño que perseguía al perro se había caído y la mujer, seguramente su madre, lo estaba consolando. Y, de repente, se sintió muy poco preparada para ser madre.

–Yo también estoy en Inglaterra –anunció–. En realidad, estoy en Londres.

El silencio en esa ocasión duró más tiempo y Leila se imaginó cómo estaría trabajando la mente de Gabe a toda máquina, intentando adivinar por qué estaba en Inglaterra y para qué lo había llamado. Si se lo preguntaba abiertamente, ¿tendría el valor de decírselo por teléfono?

–¿Qué haces en Londres?

Pasaron varios segundos antes de que ella contestara. Gabe había formulado la pregunta con total desinterés. ¿Pensaría, cual típico macho alfa, que lo deseaba tanto que había decidido tragarse el orgullo para volver a verlo? ¿Ni siquiera se le había ocurrido el motivo de su llamada? ¿No había pensado que su momento de pasión podría haber tenido consecuencias?

–Necesito hablar contigo.

–¿Dónde te alojas? –preguntó él–. Me reuniré contigo allí.

Leila contempló el tráfico de la calle. Desde luego, sería más sencillo que él fuera a su encuentro y no que ella tuviera que deambular por una ciudad extraña. Pero, si Gabe decidía que no quería saber nada del asunto, la cosa se complicaría. No iba a mostrarle ante su séquito como el padre de su hijo si él no estaba dispuesto a aceptar ese papel.

–Me alojo en el Granchester, pero no quiero que vengas aquí. Es demasiado... público –ella sujetó el teléfono con más fuerza–. ¿Podría ir yo a tu casa?

Al otro lado de la línea, Gabe entornó los ojos. Normalmente, era él quien invitaba a las mujeres a su casa, y solo sucedía en rarísimas ocasiones. Una prepotencia como la mostrada por la princesa debería ser objeto de su desprecio. Su apartamento era su refugio. Su santuario. El lugar al que se escapaba. Si alguna vez pasaba la noche con alguien, prefería que fuera en un lugar del que pudiera huir fácilmente. Siempre era él el que se marchaba.

Sin embargo, Leila era diferente. Su estatus real la situaba aparte del resto de las mujeres. La gente rompía las normas por ella. Sin quererlo, sintió una punzada de deseo al recordar los ojos azules y la sedosa textura de la piel olivácea. Y la boca se le secó al recordar ese cuerpo, tenso y ardiente. ¿Por qué no le había dicho quién era desde el principio?

–Todo esto es muy misterioso –protestó–. ¿Te importaría explicarme de qué se trata?

–Preferiría hacerlo en persona.

«¿En serio, mi presuntuosa princesita?». Con creciente irritación, Gabe al fin cedió.

–De acuerdo. Enviaré un coche a buscarte a las siete.

–No –contestó Leila con rotundidad–. Eso no será posible.

–¿Disculpa?

–Mis guardaespaldas no me permitirán visitar a un hombre en su apartamento. Debe hacerse en el más absoluto secreto. ¿Estarás en tu casa esta noche... sobre las dos de la madrugada?

–¿A las dos de la madrugada? –preguntó él perplejo–. ¿Te has vuelto loca? Algunos trabajamos para vivir.

–Me temo que la oscuridad es mi única garantía de no ser vista. No puedo ser descubierta –insistió Leila con determinación–. Envíame el coche a esa hora. Pero antes necesito saber si estarás solo.

–Sí, estaré solo –contestó Gabe con frialdad antes de facilitarle la dirección.

Leila colgó el teléfono con el corazón acelerado, sin poder evitar sentirse herida pues Gabe ni siquiera se había despedido. ¿Siempre se comportaba con esa frialdad con las mujeres con las que se había acostado? ¿Cómo demonios iba a reaccionar cuando se lo contara?

La princesa informó a su séquito de su intención de descansar el resto de la tarde y les dio permiso para que pidieran algo de cenar al servicio de habitaciones. Después, llamó a Sara e interrumpió las manifestaciones de alegría de su amiga para explicarle que necesitaba un favor.

–¿Qué clase de favor? –preguntó Sara.

–Si mi hermano te llama y pregunta si nos estamos divirtiendo juntas, dile que sí.

–Es poco probable que tu hermano me llame –observó Sara secamente–. ¿Qué sucede, Leila? ¿Tiene algo que ver con un hombre?

–¿Cómo lo has adivinado?

–Porque suele ser lo habitual entre la mayoría de mis amigas –explicó Sara–. ¿Lo conozco?

Leila titubeó. Por un lado no quería dar pistas, pero por otro tenía ganas de soltarlo todo.

–Pues lo cierto es que sí. Solías trabajar para él y estuvo invitado

en tu boda.

–Espero que no te estés refiriendo a Gabe Steel –contestó Sara tras una larga pausa.

–Pues sí –Leila sintió un repentino pánico–. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

–No hay nada malo en él, ese es el problema. Casi todas las mujeres de Londres están, o han estado, enamoradas de ese hombre. Es guapísimo, pero también es un rompecorazones, Leila, y te aconsejo que te mantengas alejada de él.

«Demasiado tarde para eso».

–No puedo –susurró la princesa–. ¿Me cubrirás, Sara?

–De acuerdo –su amiga suspiró ruidosamente–, pero solo si me prometes que no cometerás ninguna estupidez.

«Ya lo he hecho», pensó Leila, aunque imprimió su voz de una nota alegre.

–Te lo prometo –le aseguró antes de colgar la llamada.

Del pasillo llegaban los sonidos de los carritos del servicio de habitaciones que se dirigían a las habitaciones de su séquito. Esperando que la novedad de la comida occidental les tuviera distraídos un buen rato, se dispuso a esperar.

Poco antes de las diez, llamó a sus sirvientas para que le prepararan la cama mientras les obsequiaba con unos exagerados bostezos.

Las horas siguientes pasaron con agonizante lentitud, pero Leila estaba demasiado nerviosa para sentir sueño, a pesar del largo vuelo. Poco antes de las dos se vistió, cubriéndose con una gabardina antes de asomarse al pasillo que encontró vacío. Con un sigilo que empezaba a ser natural en ella, tomó el ascensor hasta el vestíbulo y salió a la calle donde aguardaba el coche de Gabe.

El corazón martilleaba con fuerza en su pecho mientras el vehículo recorría las calles de Londres antes de detenerse frente a un edificio alto de cristal con vistas al río Támesis.

Y allí estaba Gabe, esperándola.

La pálida luna iluminaba su rostro, serio y tenso. Llevaba puestos unos vaqueros desteñidos y un jersey que marcaba el atlético torso y los musculosos brazos. Estaba impresionantemente sexy, como una estrella de rock. Gabe abrió la puerta del coche y la miró con frialdad.

A Leila se le secó la boca. Con piernas temblorosas, saltó a la calle mientras se preguntaba cómo iba a hacerlo.

–Hola, Leila –saludó él en un tono casi agradable.

Leila reconoció el mismo gesto que había desplegado en el banquete. Sus palabras estaban en total contradicción con la expresión de su mirada.

–¿Entramos?

Unas puertas de cristal se abrieron para darles paso a un bloque de apartamentos. El enorme vestíbulo, repleto de plantas, se asemejaba a una jungla. Un conserje leía junto a un escritorio y pareció sorprendido al verla entrar detrás del magnate de cabellos dorados.

Gabe la condujo hasta el ascensor de cristal en el que subieron hasta el ático. Durante todo el tiempo se mantuvo distante. Para el caso que le hacía, bien podría haber compartido ese ascensor con una estatua.

Leila intentó distraerse con algo, pero su mirada estaba llena de la imagen tan sexy de ese hombre. Sin atreverse a mirarlo a la cara, detuvo la mirada en el fuerte torso, intentando concentrarse en el movimiento que hacía al respirar, para no ceder a los eróticos pensamientos que se arremolinaban en su mente. Ese hombre no la deseaba, no podría haberlo dejado más claro. Aun así, solo podía pensar en cómo esas manos se habían deslizado por su cuerpo, en los espasmos que había sufrido al vaciar su semilla dentro de ella.

Su semilla.

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y Leila salió a una estancia que la dejó sin aliento. La pared frente a ella era enteramente de cristal y ofrecía una impresionante vista de la ciudad. El suelo brillaba y los muebles eran elegantes y minimalistas. Nada que ver con el palacio que ella llamaba hogar.

Durante un buen rato se limitó a mirar por las ventanas. Se veía la cúpula iluminada de la Catedral de San Pablo y la luna se reflejaba en las aguas del río. Durante años había soñado con visitar esa ciudad, pero no de ese modo, no a través de la distorsionada lente del miedo.

–¿Quieres beber algo? –le ofreció Gabe.

Leila se permitió fantasear durante unos instantes e imaginarse que se trataba de una cita normal entre dos personas que habían

sido amantes. ¿Qué iba a hacer? ¿Abrir una botella de champán y ofrecerle una copa para que bebiera antes de tomarla en sus brazos y besarla? ¿No era eso lo que solía hacer? Aunque seguramente no a las dos de la madrugada y con una mujer ante la que solo sentía indiferencia.

Se preguntó qué habría hecho si ella fuera una mujer normal y occidental, con toda la libertad que esas mujeres daban por hecho que poseían. No habría habido necesidad de comportarse con tanto secretismo.

–No, no quiero nada, gracias –declinó la invitación–. No he venido para eso.

–Pues siéntate –sugirió él–, y explícame qué haces aquí.

–No hay un modo fácil de decirlo –Leila se hundió en un cómodo sofá de cuero–, y sé que supondrá toda una conmoción, pero creo que estoy embarazada.

Durante varios minutos, Gabe no pronunció palabra alguna. No podía. Hacía mucho tiempo que no había tenido miedo, pero miedo era precisamente lo que sentía en esos momentos. Lo sentía en el latido de su corazón y en el gélido cosquilleo de su piel. Y junto con el miedo surgió la ira. Tenía la sensación de que le estaba sucediendo algo que escapaba a su control, y hacía años que se había jurado a sí mismo no permitir que le sucediera de nuevo.

Pero, de un modo instintivo y básico, las palabras de la princesa no le habían resultado tan escandalosas como ella había sugerido. Lo cierto era que ya se había figurado lo que iba a decirle. ¿Por qué si no había cruzado medio mundo para verlo? Era una princesa del desierto, alguien que no iría tras un hombre que solo le había mostrado frialdad, por mucho que hubiera disfrutado del sexo.

Pero ninguna de esas reflexiones asomó a su rostro. Había sido un superviviente demasiados años como para reaccionar ante una declaración escandalosa, al menos, no de inmediato. Había dedicado toda su vida a perfeccionar esa máscara fría e impenetrable y no era el momento de dejarla caer. Estudió el ojeroso rostro de la joven y se aferró a la única palabra que le ofrecía algo de esperanza.

–¿Has dicho que lo crees?

–Sí –ella asintió–, aunque estoy casi segura. Me he encontrado mal y mi...

Leila se interrumpió, como si no fuera capaz de concluir la frase, pero Gabe no estaba de humor para ayudarla, ni tampoco lo estaba para mostrarse atento con ella. Esa mujer se había disfrazado, irrumpido en su habitación de hotel y se le había ofrecido sin molestarse en explicarle quién era. Cierto que había sido virgen, pero desde luego no se había comportado como una, y no iba a ayudarla a jugar a la carta de la timidez, no cuando amenazaba con alterar su tranquila vida. ¿Alterar? Esa mujer amenazaba con dinamitarla.

–¿Tu qué? –insistió él secamente.

–¡Mi periodo se ha retrasado! –balbuceó ella con las mejillas color carmesí.

–¿No te has hecho ninguna prueba de embarazo?

–Pues mira por dónde, no –Leila se mordió el labio–. En mi país no me resulta muy sencillo acudir a una farmacia y adquirir un test. Alguien podría reconocerme.

«Pues haberlo pensado antes de dejarme desnudarte y llevarte a mi cama», quiso decir Gabe. Sin embargo, él también era culpable. Había rechazado a más de una mujer con anterioridad sin que supusiera ningún problema. ¿Por qué no había echado a la princesa de su hotel? ¿Cómo no se había dado cuenta de que solo le crearía problemas? ¿Había sido por el disfraz y por el hecho de que le estuvieran persiguiendo los guardaespaldas? ¿Había sido por una necesidad de llevar a su fría y ordenada vida un toque de color y fantasía?

–Utilicé preservativo –espetó.

–¿Te atreves a insinuar que otro hombre pudiera ser el padre? –los ojos azules destilaban furia.

Gabe recordó cómo la mano temblorosa de la princesa había tomado su miembro viril hasta casi hacerle llegar. ¿Había rasgado el preservativo con esas uñas? ¿Lo había hecho deliberadamente?

Rechazó los pensamientos porque no tenía ninguna certeza. Un hombre podía volverse loco si empezaba a pensar así.

–Yo no insinúo nada, porque todavía estamos hablando de una hipótesis –contestó él–. Y no vamos a hacer nada hasta disponer de los hechos. Podría haber miles de razones para el retraso en tu periodo, y no voy a perder tiempo pensando en una pesadilla que quizás no llegue a producirse.

Pesadilla.

Leila dio un respingo. «No lo olvides nunca. Para él solo eres una pesadilla».

¿De verdad había creído que Gabe lo solucionaría? ¿Pensaba que la iba a tomar en sus brazos, como en las películas, acariciar sus cabellos y asegurarle que no tenía de qué preocuparse porque él se ocuparía de todo?

A lo mejor sí lo había pensado. Quizás una parte de ella aún lo creía, a pesar de saber cómo eran los hombres y cómo trataban a las mujeres.

–A lo mejor podrías comprarme tú un test de embarazo –sugirió ella con la mirada fija en el cielo de Londres plagado de estrellas–. Yo no me atrevo.

Algo en su voz temblorosa hizo que Gabe entornara los ojos. No estaba acostumbrado a ponerse en el lugar de una mujer, salvo en el sentido más erótico, pero sí lo hizo en ese momento. Intentó imaginarse a la mimada princesita en un país extranjero, con su terrible secreto. ¿Cómo se había sentido al verse obligada a darle la noticia a un hombre que no deseaba recibirla?

–No vamos a hacerlo en casa –contestó secamente–. Te pediré una cita con un ginecólogo para mañana.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, cargados de miedo.

–Pero alguien podría dar el chivatazo a la prensa. Mi hermano no debe descubrirlo. Así no.

–¿Nunca has oído hablar del juramento hipocrático? –preguntó Gabe con impaciencia–. ¿O sobre la confidencialidad entre el médico y su paciente?

Leila estuvo a punto de soltar una carcajada. Para ser un hombre de mundo se comportaba de una forma muy ingenua. O quizás no se daba cuenta de que la sangre real siempre subía las apuestas y convertía a meros observadores en buitres. ¿No sabía que los códigos deontológicos eran sistemáticamente pasados por alto ante una noticia tan lucrativa como esa?

–Aceptaré tu palabra –contestó al fin.

Gabe la observó tomar el bolso. Llevaba la misma condenada gabardina que aquel día. Durante un tentador instante, sopesó la idea de volver a acostarse con ella. Había sido el revolcón más increíble de su vida, y seguía sin saber por qué.

¿Era porque había sido el primero?

¿O porque sus caricias habían sido como el fuego en un día en el que su corazón estaba tan frío como el hielo?

Recordó cómo había separado ansiosamente las largas piernas para permitirle el acceso. El modo en que había gemido ante sus caricias. Casi sentía el cálido aliento en su hombro al penetrarla, como ningún hombre había hecho jamás. Vívidamente recordó la sensación de tirantez y las manchas de sangre sobre la sábana. Cerró los ojos al recordar esas manchas, expuestas a modo de trofeo. Le había resultado salvaje, y él no era salvaje. Él era frío y calculador y siempre lo razonaba todo, porque era la única manera de sobrevivir.

El dolor clavó sus garras en el corazón mientras intentaba recuperar el equilibrio en un cuerpo sometido al deseo. ¿No era salvaje, y natural, para un hombre desear hundirse en el interior de una mujer que acababa de anunciarle que quizás albergara a su hijo en su seno?

Apretó los labios con fuerza. Si la atraía hacia sí y empezaba a besarla, ella no sería capaz de resistirse. Ninguna mujer lo sería. Se imaginó reencontrándose con la cálida piel. ¿No le daría eso algún sentido a aquella extraña situación?

–Leila...

Sin embargo, ella ya se había levantado del sofá.

–Tengo que regresar antes de que alguien se dé cuenta de mi ausencia –anunció.

La gélida mirada azul que le dedicó hizo estallar la burbuja de la erótica fantasía de Gabe. Durante un instante parecía que lo acabara de rechazar, a pesar de que no le hubiera propuesto nada.

–Llámame al hotel y dime dónde nos vemos mañana –continuó ella–. Tendré que volver a utilizar a Sara como coartada, pero seguro que podré arreglarlo.

–Estoy seguro de que podrás –contestó él con la amargura de un hombre cuyo mundo estaba a punto de cambiar, le gustara o no.

Capítulo 5

BUENO –Leila suspiró.

No significaba nada, pero uno de los dos tenía que decir algo. Algo para romper el tenso silencio que se había instalado entre ellos en cuanto habían abandonado la consulta del médico. Tenía que decir algo para hacer que Gabe se moviera en lugar de quedarse petrificado, mirando por el parabrisas del coche como si acabara de ver un fantasma.

Había detenido el coche en una amplia calle bordeada de árboles, y Leila se alegró de estar lejos de la clínica en la que acababa de recibir una noticia que ya conocía.

No había dicho nada, nada en absoluto, pero ella se había fijado en el modo en que sus manos se aferraban al volante y en la repentina palidez de su rostro.

Estaba embarazada.

De muy poco tiempo, pero, en cualquier caso, embarazada.

Una nueva vida crecía en su interior, junto al corazón acelerado de su madre que aguardaba sin saber muy bien qué esperar.

Recordó el apenas perceptible respingo de Gabe al recibir los resultados de las pruebas. El médico le había mirado con una leve e indulgente sonrisa en los labios, la que seguramente reservaba para estas situaciones. Sin duda se había imaginado que eran una pareja joven y adinerada que esperaba ansiosa su veredicto. ¿Se había fijado en la ausencia de alianza? ¿Realmente importaba en esos tiempos? Leila tragó con dificultad. En Qurhah sí importaba.

Se preguntó si el doctor habría leído el lenguaje corporal entre los futuros padres. O, más bien, la falta de ese lenguaje. Gabe y ella se habían mantenido erguidos y tensos, cerca, pero a la vez distantes, como dos extraños, escuchando una información muy íntima.

Y eso eran precisamente.

Dos extraños que habían creado una vida en un momento de pasión.

Miró a Gabe de reojo sin saber qué hacer, qué decir o cómo hacer frente a la situación. Buscaba algo que aliviara la situación, pero comprendía que nada lo haría. Algo que no había sido planeado había dado por resultado un cambio permanente en sus vidas. Y ninguno de los dos lo deseaba.

El sol iluminaba el rostro de Gabe, pero él permanecía inmóvil, como si estuviera esculpido en mármol.

Leila era incapaz de quedarse sentada como si fuera un mueble, esperando a que él se dignara a compartir sus pensamientos con ella. No estaban en Qurhah y no tenía que desempeñar el papel de mujer sumisa. Siempre había soñado con la igualdad, con controlar su propio destino. Con aprender a expresar sus propios sentimientos en lugar de esperar el consejo y la aprobación de algún hombre.

Cerró los puños con fuerza. También había averiguado algo nuevo. Sabía que no deseaba que el inglés de ojos grises pensara que ella lo había atrapado. ¿Qué clase de hombre se quedaba impávido ante una noticia como la que acababan de recibir? ¿No sentía nada en absoluto?

–Suceda lo que suceda, no voy a pedirte nada –le informó–. Quiero que lo sepas.

Gabe no contestó de inmediato, y no solo porque el balbuceo le hubiera hecho pensar que Leila le había hablado en su propia lengua. Sabía cuándo hablar y cuándo permanecer en silencio. En una ocasión, mucho tiempo atrás, había cometido una locura, pero nunca más. Había recibido la lección más brutal, una que no olvidaría jamás. Después, mientras ascendía hasta la cima en su profesión, había aprendido que no había que responder hasta tener la respuesta adecuada.

Sin embargo, en esa ocasión no había una respuesta adecuada, solo una serie de opciones, ninguna de las cuales era buena. Los hechos eran irrefutables. Una mujer con un bebé y un hombre que no deseaba ser padre.

Que nunca debería ser padre.

Sintió un oscuro terror rodearle el corazón mientras se preguntaba si la historia estaba condenada a repetirse. Si los seres humanos eran impulsados por algún imperativo biológico sobre el que carecían de control. Empujados a cometer los mismos errores una y otra vez.

–Aquí no –contestó con voz tensa–. No voy a discutir sobre algo tan importante en el asiento delantero de un coche. Abróchate el cinturón y vámonos.

La sencilla acción de ponerse el cinturón fue más ardua de lo prevista para las temblorosas manos de Leila y Gabe la ayudó. El calor que irradiaba el cuerpo de la princesa se mezclaba con el especiado aroma de su perfume. Los sedosos cabellos emitían destellos al ser alcanzados por el sol y los labios pedían a gritos ser besados.

Pero desearla no haría más que complicarlo todo. Le nublaría la razón en un momento en el que necesitaba pensar con claridad.

Rápidamente se apartó de la tentación y arrancó el motor.

Durante varios minutos permanecieron en silencio mientras recorrían las bulliciosas calles de una ciudad en la que la vida seguía su curso con normalidad. Sin embargo, por dentro...

–¿Has comido algo? –Gabe contempló el pálido rostro de la princesa y se sintió repentinamente sobresaltado ante la fragilidad que reflejaba.

–No tengo hambre –contestó ella.

–Pues deberías tenerla. No has comido al mediodía –ni él tampoco.

La mañana se había pasado en una nebulosa desde que se había reunido con Leila frente a la clínica adonde le había llevado Sara, una princesa que había sido empleada suya.

Todavía recordaba el gesto de su secretaria cuando le había anunciado aquella mañana que se tomaba el resto del día libre. Decir que se había sorprendido ni siquiera se aproximaba. Ya se imaginaba los cotilleos que se habrían desatado al saber que Gabe Steel había hecho lo inimaginable tomándose un día libre sin tenerlo previsto.

¿Y qué pasaría cuando lo supieran, cuando descubrieran que el hombre famoso por no comprometerse jamás iba a ser padre?

–Necesitas comer algo –insistió.

–No me apetece nada –contestó ella–. Tengo náuseas. Llevo más de un mes con náuseas.

–¿Se supone que debería sentirme culpable, Leila? Porque sabes de sobra que no voy a cargar con todas las culpas –hizo sonar el claxon con energía ante un ciclista que respondió con un gesto

obsceno–. Si no me hubieras pillado en un momento de debilidad, jamás nos habríamos encontrado en una situación intolerable como esta.

Preguntándose brevemente de qué situación de debilidad estaría hablando, Leila apoyó la cabeza en el reposacabezas. Lo cierto era que no podía culparle por decir la verdad. La situación era intolerable y nada de lo que pudieran hacer la mejoraría. Se vio asaltada por una oleada de pánico y los habituales pensamientos resonaron en su mente.

Había arruinado su vida.

Al otro lado de la ventanilla del coche, Londres pasaba ante ella, aunque apenas se daba cuenta. Se sentía como una invisible mota de polvo movida de un lado a otro por el viento sin saber dónde iba a acabar. Estaba con un hombre que no la deseaba, pero que estaba obligado a permanecer junto a ella porque llevaba a su hijo en su seno.

–¿Adónde me llevas? –preguntó.

–A mi apartamento.

–No puedo ser vista en tu apartamento –Leila sacudió la cabeza–. Mi hermano podría descubrirlo.

–Tu hermano va a descubrirlo tarde o temprano, y esto ya no se trata de él o de su reacción ante lo que está sucediendo. Ya no. Aquí se trata de ti –«y de mí», pensó.

Sin pronunciar una palabra más, condujo hasta su casa y aparcó en el garaje subterráneo antes de entrar en el ascensor que les condujo al apartamento. Las habitaciones parecían extrañas y a la vez familiares, y la princesa se sintió desorientada, como si no fuera la misma persona que había estado allí de madrugada.

A pesar de que lo era.

Horas atrás no había habido nada seguro, y su corazón había albergado un mínimo de esperanza. Pero tras el diagnóstico del médico, la esperanza había desaparecido y ya nada volvería a ser igual. Ya no sería simplemente Leila, la princesa hermana del sultán. Pronto sería Leila, la madre de un hijo ilegítimo, el bebé del magnate Gabe Steel.

El hombre que no deseaba volver a verla nunca más.

Intentó imaginarse la reacción de su hermano al descubrirlo, pero no era capaz de predecir el inevitable estallido de ira. ¿Iba a

desposeerla del título? ¿La echaría de su tierra? Y, si lo hacía, ¿qué pasaría? Intentó imaginarse saliendo adelante con un bebé. ¿Cómo iba a hacerlo si jamás había sujetado a un bebé en brazos?

Estaba tan absorta en sus turbadores pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que Gabe la había dejado sola en el cuarto de estar. Poco después regresó, sin la chaqueta y con las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos. La princesa no pudo evitar fijarse en los fuertes brazos ni recordar el modo en que le habían rodeado la cintura. Un pensamiento nada apropiado para un momento como ese.

–He preparado algo de comer –anunció–. Acompáñame al comedor.

Las palabras de Gabe hicieron que Leila se sintiera aún más desorientada, pues procedía de un mundo en el que los hombres no cocinaban. Un mundo en el que nunca se implicaban en la preparación de la comida, salvo que contara la caza en el desierto.

Ya le había explicado que no tenía hambre, pero era evidente que no la había escuchado. Sin embargo, le pareció una descortesía quedarse allí sola mientras él comía. Así pues, lo siguió hasta el comedor.

La estancia no resultaba nada cómoda. Era evidente que ese hombre era un entusiasta del minimalismo y los muebles parecían sacados de una revista de arquitectura. Sobre una mesa de metal descansaban unos platos con bocadillos y té. La mesa quedaba iluminada por el sol y Leila no pudo evitar sentirse como la víctima de un interrogatorio.

Quizás no fuera tan mala idea. Había algunas preguntas que necesitaba formularle al hombre que empujaba un plato hacia ella.

–No... –Leila alzó una mano.

–Intenta comer –le interrumpió él–. ¿Acaso es mucho pedirte, Leila?

El tono de voz se había suavizado considerablemente, resultando casi amable, y la manera de pronunciar su nombre le hizo sentirse muy vulnerable. Aunque quizás se lo estuviera imaginando. Quizás no hiciera más que buscar unas migajas de consuelo cuando las acciones de Gabe eran solo prácticas. Lo cierto era que, si no se cuidaba, cada vez se sentiría más débil.

De manera que procuró comerse casi todo el bocadillo y bebió

una taza de té de jazmín antes de empujar el plato y reclinarse en el asiento con los brazos cruzados para observar a Gabe.

–Puedes creerme cuando te digo que no espero nada de ti, Gabe –anunció tras respirar hondo–. Ya has dejado muy claros tus sentimientos. Aquella tarde fue un error, ambos lo sabemos. No estábamos destinados a estar juntos y este bebé no va a cambiarlo. Quiero que sepas que eres libre para marcharte y que podré arreglármelas por mi cuenta.

–¿Qué tienes pensado hacer? –la pregunta surgió de los labios de Gabe como un disparo–. ¿Deshacerte de él?

La acusación fue tan horrible como la idea de que la creyera capaz de algo así. Leila lo miró furiosa. «No te conoce», se reprendió a sí misma. «Ni siquiera le gustas».

–¿Cómo te atreves a sugerir algo así? –espetó la princesa, incapaz de ocultar su ira–. No estoy preparada para ser madre. Ni siquiera estoy segura de querer serlo, pero parece que el destino ha dispuesto otra cosa, y voy a aceptar mi destino –añadió furiosa–. Tendré al bebé y lo cuidaré. Y nada ni nadie me lo va a impedir.

–¿Y exactamente cómo tienes pensado hacerlo? –parte de la tensión parecía haber abandonado a Gabe–. Una princesa protegida y mimada que no puede moverse libremente por ahí sin el amparo de la noche. ¿Qué vas a contarle a tu hermano? ¿Y cómo tienes pensado mantenerte una vez que nazca el bebé?

Leila deseó que hubiera otro lugar para fijar su mirada que no fueran esos ojos grises, porque le estaban distrayendo. Recordaba lo dulces y luminosos que habían estado mientras la abrazaba. Le hacían desear cosas que jamás debería haber deseado. Cosas como amor, calidez e intimidad. Un hombre que la acunara en sus brazos y le dijera que todo iba a salir bien.

Sin embargo, no se atrevía a apartar la mirada porque sería un signo de debilidad. Una debilidad que no se atrevía a mostrar ante él. Ni ante nadie. Desde ese momento, debía ser fuerte.

–Puedo vender mis joyas –contestó.

–Por supuesto –Gabe le dedicó una tibia sonrisa.

–Tengo cosas que mi madre me dejó –añadió ante el tono sarcástico en la voz de Gabe.

–¿Y cómo vas a recuperar esas joyas? –continuó interrogándola él–. ¿Tienes pensado regresar a Qurhah y sacarlas de la caja fuerte?

¿O quizás pedirle a tu hermano que te las envíe?

–Podría... podría conseguir que una de mis criadas lo hiciera –contestó Leila sin mucho convencimiento–. Sería arriesgado, pero estoy segura de que se puede hacer.

Gabe soltó una breve carcajada. De todas las mujeres que podrían haberse quedado embarazadas de su hijo, tenía que ser ella. Una malcriada niña rica que no tenía más que chasquear sus bonitos dedos para que el dinero apareciera. ¿De verdad pensaba que sería tan fácil?

–¿De verdad crees que tu hermano te permitirá sacar del país unos fondos destinados a criar a un hijo ilegítimo? –la habitual compostura abandonó momentáneamente a Gabe.

El rostro de Leila pareció arrugarse ante el apelativo y Gabe lamentó haber hablado con tanta crudeza. Sin embargo, ya era hora de que la princesa se enfrentara a la verdad, por desagradable que fuera.

–Acepta los hechos, Leila –continuó–. No va a resultarte fácil. En algún momento tendrás que contarle a tu hermano lo que ha sucedido –hizo una pausa mientras Leila bajaba la vista–. ¿Has pensado en su reacción?

–¡Apenas he pensado en otra cosa!

–¿Y qué vas a contarle?

Ella lo miró con expresión desafiante, mucho más desafiante que el temblor de los labios.

–No mencionaré tu nombre, si es eso lo que te preocupa.

–Tu hermano no me da miedo, Leila, ni voy a negar lo que sucedió, por mucho que lo lamente –Gabe apretó los labios–. Lo que te pregunto es qué piensas decirle a Murat.

–Supongo que tendré que decirle la verdad –contestó ella tras un largo silencio.

–¿La verdad o tu versión de la verdad? –preguntó él con amargura–. ¿No crees que el sultán pensará que la inocencia de su hermanita se ha visto comprometida por un hombre que debería haber podido evitarlo? Quizás te venga bien intentar convencerle de que ese inglés con cierta reputación con las mujeres se aprovechó de ti. ¿No sería mejor que te viera como víctima en lugar de como depredadora?

–¡No soy ninguna víctima, Gabe! –exclamó ella furiosa–. Ni soy

una depredadora, por muy bien que te venga pensar así. No había planeado seducirte ¡por el amor de Dios, si era virgen! Yo… yo solo cedí a la química de la que hablaste. Y desde luego tú no parecías tener ninguna objeción al respecto.

–Tienes razón. No puede decirse que me resistiera mucho –el rostro de Gabe se tensó, como si sus propias palabras le estuvieran llevando a un lugar al que no deseara ir–. Pero tu hermano se preguntará cuándo y dónde tuvo lugar este gran romance.

–Obviamente, él no sabe que fui a buscarte a tu hotel –Leila se sonrojó.

–En realidad fuiste a buscarme a mi habitación de hotel –le recordó él–. No olvides esa parte de la historia, Leila, porque es sin duda la mejor.

El rubor de Leila se intensificó al recordar cómo se habían sucedido los hechos. Cómo la había besado, cómo le había dicho lo hermosa que era. En esos breves y gloriosos instantes había creído cumplir los deseos de su corazón. Durante un instante se había sentido mejor que nunca.

Pero todo aquello pertenecía al pasado y no había sido más que una fantasía. Lo único que quedaba era la frágil realidad del presente. ¿De qué le serviría torturarse recordando algo tan fugaz?

–Eso es irrelevante –contestó–. Y no le tengo miedo a mi hermano.

De repente, parte del valor la abandonó y enterró el rostro entre las manos.

–¿Leila? –la voz de Gabe resultaba repentinamente suave–. ¿Estás llorando?

–¡Claro que no! –contestó ella ferozmente, aunque sin mostrar el rostro.

–Pues entonces mírame –le ordenó.

Leila se sentía furiosa. No quería mirarlo porque, aunque no hubiera lágrimas, temía lo que ese hombre pudiera leer en su mirada. No quería mostrar su sensación de deflación y derrota. La mujer liberada que había soñado ser parecía haber desaparecido en las sombras. Y la única culpable era ella misma. Había acudido a la habitación de un desconocido playboy y le había permitido besarla.

–Yo tengo una solución –anunció él.

Las palabras de Gabe interrumpieron los pensamientos de la

princesa que bajó las manos, aunque mantuvo la cabeza inclinada, como si hubiera encontrado algo fascinante que observar en los vaqueros que llevaba puestos.

–¿Tienes una varita mágica para hacer volver atrás el tiempo?

–Desgraciadamente no tengo ninguna, de modo que voy a tener que casarme contigo.

–¿Qué? –ella lo miró perpleja.

–Ya lo has oído. Y eres lo bastante lista como para comprender que es la única opción. No tengo otra elección que convertirte en mi esposa, porque sería muy cruel dejarte sola con esto –los ojos grises brillaban gélidos–. Porque no estás sola. Yo soy tan responsable como tú por lo sucedido, aunque tú seas una princesa mientras que yo...

–¿Tú qué? –Leila vio un destello de dolor aparecer fugazmente en el rostro de Gabe.

Durante largo rato, él no contestó. Una repentina oscuridad cubrió su rostro, pero tan rápido como había aparecido, desapareció. El magnate multimillonario había recuperado el control.

–Da igual. Es evidente que este niño no puede nacer ilegítimo. No tendrás que ocultar tu vergüenza, Leila. Yo ni siquiera quería convertirme en esposo, mucho menos en padre. Pero, como bien has dicho, el destino parece haber decidido otra cosa y yo aceptaré mi destino. Nos casaremos en cuanto sea posible.

La solución debería haber sido la ideal, pero Leila no lo sintió así. No quería casarse con un hombre que la miraba como si hubiera sido condenado a galeras. Tampoco quería vivir sabiendo que lo había atrapado en una vida que él no deseaba. Ni siquiera se imaginaba ligada a ese extraño tan frío.

–No lo haré –sacudió la cabeza con tozudez–. No me ataré a un hombre que no me desea. Y no puedes obligarme a casarme contigo.

–¿Eso crees? –la sonrisa de los labios de Gabe no alcanzó sus ojos–. Te sorprendería saber lo que puedo llegar a hacer cuando me lo propongo, aunque espero que lleguemos a algún acuerdo amistoso. Estos son los términos que te ofrezco y te aconsejo que los aceptes. Porque no estás en situación de poner objeciones. Tu hermano te repudiará si no lo haces y dudo mucho que tengas la

menor idea de cómo cuidar de ti misma. No en una ciudad extraña sin tus sirvientes y guardaespaldas dispuestos a concederte todos los caprichos. No puedes obligar a un bebé a vivir una vida así y no voy a permitírtelo porque también es mi bebé. Te casarás conmigo, Leila, porque no hay otra alternativa.

Capítulo 6

EL ESPEJO le devolvió a Leila la imagen de alguien que se parecía mucho a ella. Que se movía como ella. Una mujer que le resultaba increíblemente familiar, pero a la vez una extraña.

Estaba embarazada de ocho semanas de un hombre que no la amaba. Y era el día de su boda.

Miró a su alrededor en la lujosa habitación de hotel a la que no regresaría jamás. Sus maletas ya habían sido recogidas por el chófer de Gabe quien las había llevado a su apartamento, su nuevo hogar. Pensó en las habitaciones desnudas y la decoración minimalista que le aguardaba. ¡Un lugar tan desolador como ese no podía ser descrito como un hogar!

Le había pedido que se casara con él, pero a la vez le había hecho sentir como una maleta indeseada con la que se veía obligado a cargar. Durante aquella conversación, aunque a regañadientes, había tenido que admitir que el matrimonio parecía la única solución sensata. Y entonces el teléfono había sonado y él había contestado la llamada como si tal cosa. La había dejado allí sentada, mientras había mantenido una aburridísima y muy larga conversación de negocios delante de su cara. No era un buen presagio.

Por dentro se había sentido furiosa, pero ¿qué podía hacer? No podía huir por las desconocidas calles de Londres, ni volar a la seguridad de Qurhah donde nadie iba a querer a una princesa que había llevado tal deshonor a la familia. Se había sentido atrapada y apesadumbrada. ¿Sería su destino sentirse así el resto de sus días, fuera en el mundo que fuera?

La imagen del espejo la contempló. El vestido nupcial, en un tono azul cobalto, era elegante y ocultaba sus curvas. Los peluqueros del hotel le habían entretejido los cabellos con pequeñas rosas. Se había negado a vestir de blanco, pues dadas las circunstancias no le había parecido adecuado. Demasiado romántico para una ocasión como esa, porque ¿qué había de romántico en una

novia embarazada que se casaba a su pesar con un hombre que no deseaba casarse con ella?

Por otro lado, una estúpida parte de ella deseaba que todo fuera diferente. Le gustaría estar flotando sobre una nube rosa, como se suponía que hacían las novias. No se hacía ninguna ilusión con respecto a los hombres o al matrimonio, pero eso no le impedía desear el sueño, como una adolescente que aún creía que todo era posible.

Al menos iba a ser una boda tranquila, y rápida, lo cual había supuesto más de un problema.

Las tres semanas de espera, exigidas por las leyes inglesas, no resultaban prácticas para una pareja en su situación. Como princesa del desierto, Leila no podía vivir con Gabe sin estar casada y no tenía ninguna intención de pasar esas tres semanas en el hotel Granchester, por lujosa que fuera la suite. Salvo viajar a Las Vegas, la única alternativa había sido casarse en la embajada de Qurhah en Londres, para lo cual había necesitado el permiso de su hermano. Un permiso que no había querido pedir hasta entonces para no tener que explicarle por qué necesitaba casarse con tanta urgencia con el inglés.

Por otra parte, tarde o temprano iba a tener que darle la noticia a Murat, contarle que esperaba un bebé de Gabe, y sabía que su hermano no podía negarle el permiso para usar la embajada. Ambos sabían que el sobrino, o sobrina, del sultán no podía nacer fuera del matrimonio.

Había sido la conversación más difícil de su vida, y no había ayudado el hecho de que se hubiera desarrollado por teléfono. Su nervioso tartamudeo había cesado cuando Gabe le había arrancado el teléfono de las manos para comunicarle él mismo al sultán que iba a casarse con su hermana. No sabía con certeza qué le había contestado Murat porque Gabe se había limitado a quedarse quieto y a escuchar lo que parecía una furiosa diatriba al otro lado de la línea.

Pero el inglés se había mantenido firme y, tras repetir con calma su intención de tomarla como esposa, le había devuelto el teléfono a Leila.

Bajo la intensa mirada gris, ella le había explicado a Murat que, si bien prefería hacerlo con sus bendiciones, estaba dispuesta a

hacerlo sin ellas. La espera, por supuesto, supondría tener que vivir con un hombre sin estar casada.

El sultán había parecido escandalizado, tanto por la actitud como por las palabras de su hermana, y ella era consciente de que muy pocas personas habían osado desafiarle así. Pero, inesperadamente, su voz se había suavizado y, por un instante, había sonado como el Murat que ella creía que ya no existía. El Murat que había visto años atrás, tras la muerte de su madre. Cuando había bajado la guardia y permitido que Leila sollozara en sus brazos hasta que no le habían quedado más lágrimas. Después, había notado que él también tenía las mejillas húmedas y había visto el dolor cubrir el desolado rostro.

Esa había sido la única vez en su vida en que había visto a su hermano mostrar alguna emoción hasta ese momento, cuando le hizo la pregunta surgida de ninguna parte.

–¿Lo amas, Leila? –le había preguntado–. A ese Gabe Steel.

Leila había cerrado los ojos y caminado hasta el extremo opuesto de la habitación, consciente de que la única respuesta aceptable era una mentira.

–Sí –había contestado en un susurro, contenta de que Gabe no pudiera oírla–. Sí, lo amo.

Y con eso había terminado todo. Murat le había dado su bendición y habían conseguido el permiso para utilizar la embajada, aunque el sultán se había excusado por no asistir a la boda.

Lo cierto era que solo iban a asistir los dos testigos, Sara y su esposo, Suleiman, que conocían a Leila desde la infancia. Como única celebración, a la ceremonia le seguiría una comida bastante informal. Había habido muy poco margen de tiempo para organizar otra cosa, aunque Gabe le había anunciado que en breve, si ella estaba dispuesta, podrían organizar un banquete para los amigos y compañeros de trabajo.

¿Lo estaba? ¿Estaba dispuesta? Ni siquiera conocía a los amigos y compañeros de trabajo de Gabe. Lo cierto era que apenas sabía nada de él y su vida, y él parecía cómodo con mantener esa situación. Tenía la sensación de haberse casado con un país por descubrir, uno en el que se había encontrado de repente y sin brújula. Estaba acostumbrada a hombres que no hablaban mucho con las mujeres, o nada en absoluto, pero aquello era diferente. Iba

a tener a su bebé, ¡por el amor de Dios!, y eso sin duda le daba algunos derechos.

La víspera de la boda cenaban temprano en el laureado restaurante del hotel Granchester cuando Leila consiguió reunir el valor suficiente para hacerle algunas preguntas.

–Nunca me has hablado de tus padres, Gabe.

–Porque soy huérfano, igual que tú –la expresión de Gabe se había vuelto fría como el hielo.

El tono de voz había sido intencionadamente disuasorio, pero ella no había estado dispuesta a rendirse tan fácilmente. Dejando a un lado el vaso de agua, lo había mirado fijamente.

–¿Y tienes hermanos o hermanas?

–Desgraciadamente no. Solo yo –la sonrisa había resultado burlona–. ¿Has traído la cámara contigo a Inglaterra?

–No –el cambio de tema había sido tan brusco que Leila había parpadeado confusa–. Abandoné Qurhah con tanta prisa que la cámara fue lo último en lo que pensé.

–Pues es una lástima. Había pensado hacerte un encargo.

–Me voy a comprar una nueva –había respondido ella a la defensiva.

–Bien.

No fue hasta más tarde que ella había comprendido lo hábil que había sido al detener sus preguntas. Ese hombre era un maestro de la ocultación.

Pero ya no era momento para recrearse en todas las cosas que faltaban en su relación porque Sara acababa de llegar para acompañarla a la embajada, y Leila sabía que debía arrinconar sus turbados pensamientos. Su obligación era dibujar una alegre sonrisa en los labios y prepararse para desempeñar el papel que debía representar. Porque, si Sara sospechara las profundas dudas que albergaba sobre ese matrimonio, intentaría convencerla para anular la boda.

–Estás preciosa –las dos amigas se abrazaron antes de que Sara se apartara para contemplarla mejor–. Espero que Gabe sea consciente de la suerte que tiene.

De algún modo, Leila consiguió devolverle la sonrisa. ¿Suerte? Sabía que Sara había adivinado lo que estaba sucediendo, que estaba embarazada de Gabe. Pero lo que Sara no sabía era que el

hecho de ir a tener un bebé no le asustaba tanto como casarse con un hombre que parecía decidido a permanecer como un extraño. Pensó en su actitud cerrada, en el modo en que había esquivado sus preguntas. ¿Cómo iba a poder soportar vivir con un hombre así?

Aun así, mientras terminaba de retocarse el peinado, sintió una punzada de determinación. ¿No iba a poder atravesar las barreras emocionales que Gabe Steel había erigido alrededor de su corazón? Había llegado demasiado lejos para que la despreciara como si no importara. Porque sí importaba. Y se convirtió en su principal prioridad. Quería una vida con Gabe y el bebé. Ya estaba harta de familias cuyos miembros vivían cada uno en su cubículo, lo había hecho toda su vida. A veces lo que deseabas no aparecía, había que ir en su busca. Y eso tenía pensado hacer.

–Esperemos que se dé cuenta –le contestó a Sara con una sonrisa.

Sin embargo, a pesar de su determinación, no pudo evitar los nervios que sentía mientras el coche se acercaba a la embajada donde Gabe la esperaba al pie de las escaleras.

Estaba muy guapo, imponente, con su traje color carbón que contrastaba con los cabellos dorados. Parecía la viva imagen del poder y la fuerza. Leila se dijo a sí misma que no sería humana si su cuerpo no hubiera empezado a temblar con excitación.

Claro que él estaba allí únicamente porque no tenía otra elección.

–Hola, Leila –le saludó.

–Hola, Gabe –contestó ella mientras parte de la aprensión la abandonaba.

–Estás… impresionante.

El cumplido la pilló por sorpresa y se retocó las flores prendidas de los cabellos.

–¿En serio?

Gabe adivinó sus dudas y supo que un beso bastaría para disiparlas. Pero no deseaba besarla, no en ese momento y no en público. No con todos esos funcionarios de la embajada revoloteando a su alrededor, mirándole con sospecha. Se preguntó si estarían resentidos porque su hermosa princesa se casaba con un hombre de otra cultura, o si adivinaban que el matrimonio era por necesidad y no por amor.

Amor.

Esperaba que su exquisita novia no estuviera alimentando ninguna fantasía sobre el amor, y quizás tuviera que aclararle ese punto. Tenía la intención de ser sincero desde el principio, explicarle que era incapaz de amar. Que en lugar de corazón había hielo y un negro agujero en lugar de alma. Que rompía el corazón de las mujeres sin proponérselo.

¿También iba a romper el de Leila?

Capítulo 7

LA CEREMONIA se desarrolló en las lenguas nativas de los contrayentes y Gabe percibió en más de una ocasión la conexión con la realeza que podría haber intimidado a más de uno. Sin embargo, él no era hombre al que se pudiera intimidar fácilmente y la boda le resultó, esencialmente, como cualquier otra a la que hubiera asistido. Leila y él repitieron obedientemente los votos escritos por otra persona. Después colocó un brillante anillo en el dedo de la novia y firmaron el registro, aunque la firma de su esposa quedó oculta bajo el imponente lacre del sello real.

Tras la firma, Leila se levantó elegantemente de la silla, pero cuando Gabe le tomó la mano la encontró temblorosa y sus dedos se cerraron en torno a ella en un gesto consolador.

–Yo os declaro marido y mujer –anunció el funcionario a cuya espalda ondeaba la bandera color índigo y oro del reino de Qurhah.

Sara y Suleiman felicitaron a los contrayentes mientras unos sirvientes aparecieron con bandejas repletas de la bebida nacional, un cóctel agridulce de zumo de granada y lima. Después fueron conducidos al comedor oficial donde les aguardaba un desayuno servido sobre una mesa decorada con rosas color carmesí y copas doradas repletas de rubíes.

Un poco desorientada, Leila se sentó frente a Suleiman y empezó a picotear de los familiares platos típicos de su país. La enormidad de lo que le estaba sucediendo debería haber bastado para ocupar sus pensamientos durante la comida, pero lo único que tenía en la cabeza era la poderosa presencia de su flamante esposo y la incertidumbre de su futuro.

¿Quién era Gabe Steel?, se preguntó mientras pinchaba un trozo de mango con el tenedor. Su esposo hablaba con Sara sobre el mundo de la publicidad antes de cambiar de conversación y pasar a hablar de los precios del petróleo con Suleiman. Como siempre, desempeñaba su papel a la perfección. Nadie habría imaginado jamás que le habían obligado a casarse.

Debió de haber sentido su mirada, pues de repente le tomó la mano y Leila no pudo evitar estremecerse de placer. Hacía semanas que no la había tocado y había soñado con volver a sentir su calor sobre la piel, pero el gesto parecía más un deber que un sentimiento. No le pasó desapercibido que Sara y Suleiman estaban muy juntos, terminando el uno la frase del otro y sintió una punzada de melancolía. Era evidente que el matrimonio de sus amigos era una unión por amor que parecía burlarse del vacío que impregnaba su relación con Gabe.

Se volvió hacia su esposo, encontrándose con la fría mirada gris.

–¿Te estás divirtiendo? –preguntó él.

Leila se preguntó qué diría su esposo si le contestara la verdad, que se sentía ofuscada por la incertidumbre ante el futuro y temerosa de estar casada con un hombre que no desvelaba nada.

Sin embargo, ella era una princesa educada para no mostrar sus sentimientos en público y tan capaz como él de desempeñar su papel de manera impecable.

–Ha sido un día muy interesante –admitió.

Una inesperada carcajada escapó de los labios de Gabe, como si le hubiera gustado la impersonal respuesta.

–Creo que deberíamos marcharnos pronto, ¿y tú? –le susurró él al oído.

–Sería lo adecuado –ella intentó disimular la garganta seca.

–De acuerdo entonces –asintió él–. Despidámonos de nuestros invitados.

La inconfundible insinuación que encerraban las palabras de su esposo hizo que a Leila se le acelerara el corazón. Pero junto con la oleada de ardiente excitación que sintió, llegó también una punzada de aprensión, porque el sexo que habían compartido aquella tarde en Qurhah era un sueño que había quedado muy lejos.

¿Cómo sería volver a hacer el amor con él después de todo lo sucedido? ¿Y si en la segunda ocasión se sentía defraudado? Porque sospechaba que un hombre tan experimentado como Gabe no toleraría a una esposa que no lo excitara. Por eso los hombres del desierto tenían harenes, para asegurarse la satisfacción de sus apetitos sexuales. Por eso en Qurhah se decía que para satisfacer a un hombre hacía falta más de una mujer.

El corazón galopaba alocado mientras se dirigían hacia el coche

que les aguardaba. Leila se sentó consciente de que los ojos grises de Gabe brillaban más que el anillo que le había puesto en el dedo. De repente se imaginó su vida si él no hubiera accedido a casarse con ella, como muy bien podría haber hecho. Se imaginó la ira de su hermano, la vergüenza de su reino, y sintió gratitud hacia ese inglés de atlético cuerpo y cabellos dorados.

–Gracias –susurró.

–¿Por qué?

–Ya lo sabes –contestó Leila con fingida indiferencia–. Por salvarme de la humillación, de arruinar mi vida, todo eso.

–Lo hice porque era mi deber –Gabe soltó una carcajada–. No hay ningún otro motivo. No empieces a pensar en mí como en una especie de héroe con buenas intenciones en su noble corazón. Ese hombre no existe. Soy un bastardo de corazón de piedra, Leila, al menos eso es lo que me han dicho toda la vida las mujeres. Y dado que es poco probable que vaya a cambiar, será mejor que te quede claro desde el principio. Puede que la verdad te duela, pero a veces es un dolor más amable que la mentira. ¿Lo has entendido?

–Desde luego –contestó Leila con la voz cuidadosamente gélida mientras clavaba las uñas en el ramo de flores que le hubiera gustado estrellar contra ese frío e impasible rostro. ¿No podría haber esperado siquiera un día? ¿No podría haberle ofrecido un poco de fantasía antes de golpearla con la cruda realidad? Pero los hombres solo hacían esas cosas en las películas. Nunca en la vida real.

–Y quiero que entiendas otra cosa –añadió él en tono suave–. Mi falta de emociones no afecta a mi deseo por ti. No he pensado en otra cosa que en ti y, aunque me muero por besarte, tendrás que esperar un poco más. Porque, si bien estoy casi seguro de que la prensa no se ha enterado de esto, no puedo asegurar que no haya ningún fotógrafo agazapado frente a mi apartamento. Y no queremos que te fotografíen saliendo del coche con los cabellos revuelos, ¿verdad, mi princesa de ojos azules?

–Desde luego que no –asintió ella aún conmocionada por la frialdad de sus palabras.

No encontraron ningún fotógrafo frente al apartamento, solo el mismo conserje que había estado sentado tras el mostrador aquella madrugada y que les sonrió al verlos entrar.

–Enhorabuena, señor Steel –saludó el hombre–. ¿No va a cruzar el umbral con la señora en brazos?

–A mi esposa no le gustan las alturas –Gabe le dedicó a Leila un simulacro de sonrisa–. ¿Verdad, querida?

–No las soporto –contestó ella sin pestañear.

Sin embargo, sintió una irracional punzada de desilusión. A pesar de lo que le había dicho en el coche, no le iba a pasar nada por interpretar el papel de amoroso novio delante del portero. Decían que los hombres fantaseaban sobre el sexo, pero ¿no sabía que las mujeres hacían lo propio con las bodas?

–¿Por qué frunces el ceño? –preguntó él mientras cerraba la puerta del apartamento tras ellos.

–Nunca lo entenderías.

–Inténtalo –sus miradas colisionaron.

Leila desde luego lo intentó. Intentó ignorar el estremecimiento ante el contacto con su mano, pero le fue imposible. Incluso la casi imperceptible caricia sobre su mejilla le resultaba turbadora. Todo en él lo era. Sin embargo, los ojos grises la miraban con curiosidad, como si de verdad estuviera interesado en sus sentimientos. Tendría que valer como punto de partida de ese extraño matrimonio.

«Empieza por contarle lo que deseas. Él ha abogado por la sinceridad, de modo que sé sincera. Cuéntale la verdad».

–Si tanto quieres saberlo –la princesa le sostuvo la mirada–, me hubiera gustado bastante que me tomaras en brazos para cruzar el umbral.

–Pensé que, dadas las circunstancias, te parecería una hipocresía –Gabe arqueó las cejas.

–Puede que lo sea –ella se encogió de hombros–, pero nunca me han llevado en brazos. Bueno, se supone que, de bebé, sí. Pero como adulta no, y nunca un hombre. Y puede que esta fuera la única ocasión.

–Entiendo –asintió él mientras le quitaba el ramo de las manos y lo dejaba sobre una mesa–. Si te llevo en brazos hasta la cama, ¿compensaría con ello mi imperdonable error de recién casado?

–No estoy segura –Leila sintió una oleada de excitación. Gabe estaba coqueteando con ella. Y quizás ella debería hacer lo propio–. Comprobémoslo.

Sonriendo, Gabe se agachó y deslizó un brazo bajo sus rodillas

para levantarla sin ningún esfuerzo. Aunque de elevada estatura para ser mujer, Leila se sintió muy pequeña en brazos de su esposo. Pequeña, frágil y anhelante. Le rodeó el cuello con sus brazos y se dejó llevar por el pasillo hasta el dormitorio.

Solo había estado allí en una ocasión, para sacar la ropa de la maleta y colocar sus zapatos y, al igual que en esa primera ocasión, se sintió abrumada por la masculinidad que destilaba la estancia. El protagonismo le correspondía a una enorme cama. Todo lo demás, armarios y cajones, estaba oculto, fuera de la vista. Era fácil comprender el motivo: cualquier elemento solo habría servido de distracción del ventanal que ocupaba una pared, del techo hasta el suelo, ofreciendo una espectacular vista del río.

Intentó imaginarse llevando a un bebé a ese austero entorno y se sintió curiosamente expuesta mientras su esposo la depositaba suavemente en el suelo.

–¿No nos... verán? –preguntó cuando él empezó a desabrocharle el vestido.

–Las ventanas están hechas especialmente para que no se vea nada desde fuera –murmuró él–. No hay necesidad de preocuparse.

Lo cual no era cierto. Leila tenía muchas cosas por las que preocuparse. La primera vez que lo habían hecho no había habido tiempo para pensar. Sin embargo, desde entonces no había hecho otra cosa que pensar. ¿Cuántas mujeres antes que ella habrían estado allí mismo? Mujeres con mucha más experiencia y que sin duda habían sabido dónde tocarlo y cómo darle placer.

El vestido se deslizó hasta la cintura, dejando el pecho al descubierto. Leila se sentía expuesta y vulnerable. Gabe se inclinó para besarle el hombro y ella no pudo evitar tensarse al sentir la ardiente lengua deslizarse por su cuello.

–¿Qué pasa? –Gabe se apartó y frunció el ceño.

–No lo sé. Esto es tan...

Leila se interrumpió. Podía fingir que no sucedía nada malo, pero recordó lo que él había dicho en el coche. Que la verdad podría hacerle daño, pero las mentiras aún más. Y si no dejaba de amontonar capa tras capa de mentiras, su vida quedaría reducida a una enorme falsedad. En un matrimonio como el suyo, ¿no era la verdad la única protección frente a la locura?

–Esto es tan frío –concluyó la frase.

–¿Estás nerviosa?
–Supongo.
–Pues la última vez no lo estabas.
–Lo sé –Leila se humedeció los labios–. Pero la última vez me sentía de otro modo.
–¿Por qué?
–Porque no estábamos pensando ni analizando. No había ninguna agenda, ni un aterrador futuro desplegado ante nosotros. Simplemente sucedió. Casi como si estuviera destinado a suceder.
Durante un momento, Leila temió haber hablado en exceso, como una mujer joven e impresionable, desesperadamente hambrienta.
Gabe le acarició la mejilla antes de deslizar la mano hasta el cuello. Los ojos grises se entornaron y, de repente, hundió las manos en los negros cabellos y la besó apasionadamente.
El beso lo cambió todo. El beso prendió la hoguera. Toda la emoción que Leila había estado conteniendo durante semanas se liberó. Y, de repente, ya no importó que le hubiera advertido sobre su gélido corazón porque su esposo se había transformado en fuego y, quizás, bastaría para derretir ese corazón.
Leila se abrazó con fuerza a Gabe, que le estaba quitando las horquillas del cabello. Las sedosas mechas cayeron sobre los hombros una detrás de otra, haciéndole cosquillas en la espalda. A los cabellos le siguió el sujetador y los pechos quedaron al fin liberados y expuestos al aire fresco.
Gabe dejó de besarla un instante para limitarse a mirarla. Y entonces, con mucho cuidado, tomó un pecho con la mano ahuecada, sin dejar de mirarla a los ojos, y empezó a frotar el pezón con el pulgar.
–Gabe –susurró ella instintivamente.
–¿Qué? –la caricia del pulgar fue sustituida por el roce de los masculinos labios.
Leila cerró los ojos mientras una inmensa sensación de placer la inundaba. Se sentía viva como nunca, como si acabara de despertar de un largo sueño. Intentó desabrocharle los botones de la camisa, pero hasta el menor esfuerzo le resultaba excesivo ante la distracción de esas manos sobre la desnuda piel de su cintura.
Con algo parecido a un gruñido, Gabe terminó de desabrocharle

el vestido que cayó hasta el suelo.

Saliendo del círculo de seda, Leila contempló el rostro de su esposo y algo en su expresión hizo que el corazón le fallara un latido. Todas sus dudas, todos sus miedos, fueron sustituidos por algo infinitamente más peligroso. Algo que había sucedido la última vez que se habían encontrado en esa situación. Porque había algo en Gabe Steel que apelaba a ella a unos niveles que era incapaz de comprender. Algo que le hacía sentirse poderosa y a la vez vulnerable.

Él era el frío multimillonario inglés que podría haberla arrojado a los lobos. Podría haber rechazado al bebé y obligarla a enfrentarse sola a las consecuencias. Pero no lo había hecho. Se había mostrado dispuesto a compartir la responsabilidad con ella. Gabe Steel no era un mal hombre, decidió. Quizás fuera evasivo y hermético, pero también era capaz de mostrarse compasivo. Y ella era la que estaba en mejor posición para descubrir más acerca de una persona que la había cautivado desde el principio. ¿Por qué no hacerlo?

De repente se sintió llena de energía y empezó a desabrochar los botones que tanto se le habían resistido. Su confianza fue en aumento a medida que sentía la tensión crecer en el cuerpo de su esposo. Lo único que se oía era el jadeo de Gabe que se intensificaba por momentos.

Inclinando la cabeza, ella lamió un tenso y salado pezón y sintió un gran regocijo al oírle gemir. Era la primera vez que desnudaba a un hombre, pero tampoco podría ser tan difícil. Tironeó de la chaqueta que cayó de los hombros sobre el vestido. Le siguió la camisa y su esposo quedó desnudo de cintura para arriba.

Procedió a desabrocharle el pantalón, quedando momentáneamente paralizada ante la dureza que se marcaba bajo la fina tela y que dificultaba notablemente bajar la cremallera. Sin embargo, él posó una mano sobre la suya y le ayudó en la tarea. El corazón de Leila se aceleró ante el momento tan gloriosamente íntimo que estaban compartiendo.

Con creciente valor emprendió la tarea de quitarle los calcetines y los zapatos. Gabe, a cambio, le hizo el favor de desembarazarle de las medias y las braguitas.

Antes de darse cuenta, estaban los dos completamente desnudos, cara a cara junto a la cama. Gabe le tomó el trasero con ambas

manos y ella apretó los pechos contra el atlético torso. Sentía la fuerte erección empujar contra su estómago y su sexo reaccionó húmedo mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

–¿Estás seguro de que no nos pueden ver? –susurró ella.

–¿Por qué? ¿Tienes alguna fantasía secreta? –preguntó él mientras la empujaba sobre el colchón–. ¿Quieres que la gente vea lo traviesa que puede ser la princesita?

Leila no contestó mientras su esposo le besaba el cuello y deslizaba una mano entre sus muslos. Cerró los ojos e intentó concentrarse en las caricias de esos dedos. Pero ni siquiera un placer tan intenso podía anular por completo sus inquietos pensamientos. ¿Era lo que les gustaba a los playboys? ¿Compartir fantasías? ¿No se daba cuenta de que era demasiado novata para fantasías?

Los ojos de Gabe se oscurecieron, pero la boca se tensó repentinamente. Leila se preguntó si estaría deseando que aquello no fuera más que sexo sin complicaciones. Deseando no estar atado a ella y que no hubiera un bebé en camino.

–¿Sucede algo malo? –suspiró ella.

–¿Malo? –repitió él–. ¿Te has vuelto loca? Estoy saboreando cada momento. Porque, por primera vez en mi vida, no tengo que preocuparme por la contracepción. Podré sentir mi piel desnuda dentro de ti, y la sensación va a ser muy liberadora.

La descripción sonaba más mecánica que afectiva, pero Leila se dijo que debería estar agradecida por su honestidad. Al menos no estaba adornando sus palabras con falsos sentimientos ni llenándola de falsas esperanzas. ¿Para qué estropear el momento deseando lo imposible en lugar de disfrutar de cada increíble instante?

Echando la cabeza hacia atrás, se deleitó en la sensación de lo que le estaba haciendo.

De cómo se movían los labios de Gabe sobre los suyos.

De cómo sus dedos le acariciaban la piel, encendiendo pequeñas hogueras por donde pasaban.

–¡Oh, Gabe! –susurró al sentirlo frotarse íntimamente contra ella.

Muy lentamente él se introdujo en su interior culminando con una fuerte embestida. Ella se quedó quieta durante un rato para permitirle al cuerpo ajustarse a él.

–¿Te hago daño? –preguntó Gabe.

¿Daño? Todo lo contrario. Parecía encajar perfectamente en su interior, como la última pieza de un puzle. Leila nunca se había sentido tan completa como en ese momento, pero no dijo nada pues el frío Gabe Steel se sentiría horrorizado si lo supiera.

–No –jadeó ella–. No me estás haciendo daño.

–¿Lo sientes… diferente?

–¿Diferente?

–Por el bebé.

¿Le asustaría saber que sí? La sensación de sentirlo dentro de ella, al mismo tiempo que ese ser que habían creado ambos, era increíble. Una sensación demasiado profunda para resultar cómoda. Leila frotó los labios sobre la áspera barbilla de su esposo.

–No tengo suficiente experiencia para poder comparar.

–Eso suena a un desafío para que te proporcione más datos –Gabe la miró a los ojos.

–¿De verdad?

–Sí, de modo que creo que voy a tener que hacerlo, ¿no te parece?

Leila jadeó al sentir el rítmico movimiento en su interior y sus dedos se cerraron en torno al sedoso miembro. Ansiosamente empezó a explorar los contornos de su cuerpo, la fuerza de las musculosas piernas y la firme redondez de sus glúteos.

Y se sintió parte de él.

Y sintió que en esos momentos todo era posible.

–Gabe –gimió mientras su cuerpo se tensaba.

–Dime.

–No… no puedo.

–Cuéntamelo.

–¡Oh!

Gabe la sintió bascular y la besó apasionadamente mientras la espalda de Leila se arqueaba. Y con profundas y exquisitas embestidas, vació su semilla dentro de ella.

Durante unos minutos, Gabe no fue consciente de otra cosa que no fueran los espasmos que morían poco a poco junto con una sensación de vacío y letargo. Automáticamente rodó a un lado de la cama mientras recuperaba el aliento. De repente los párpados le pesaban como si fueran de plomo y sintió unas inmensas ganas de

dormir. Quería dormir durante cien años para conservar esa sensación tan parecida a la satisfacción.

Sin embargo, las viejas costumbres nunca desaparecían del todo y enseguida sintió cómo la fría lógica iba desplazando a la agradable placidez. La sensación, sin duda, obedecía al torrente de hormonas que se habían acumulado superficialmente para permitirle hacer el amor. No era más que sexo. Un sexo sorprendentemente bueno, pero nada más. ¿Cómo podía ser algo más?

Mirándola a los ojos, le dedicó una evasiva sonrisa.

–No podría haber mejor manera de empezar una luna de miel –murmuró.

Capítulo 8

FUE una luna de miel por todo lo alto.

Leila supuso que algunas personas la habrían considerado espectacular. Con tiempo y dinero de sobra, Gabe le enseñó un Londres que solo había visto en las películas o los libros, y la ciudad pareció cobrar vida ante sus ojos.

Visitaron el palacio de Buckingham y la famosa torre donde dos jóvenes princesas habían sido recluidas. Viajaron en un autobús de dos pisos que hizo las delicias de la princesa, que jamás había viajado en transporte público. Visitaron galerías y museos, y asistieron a alguna obra teatral.

Pero su esposo también le mostró el Londres más secreto, otro aspecto de la ciudad, incluso para quienes vivían allí. Restaurantes con patios repletos de flores en pequeñas calles escondidas de la zona industrial y unas pequeñas e íntimas salas de concierto donde escucharon una exquisita música.

Y cuando no estaban haciendo ningún recorrido turístico, estaban disfrutando del sexo. Un sexo inventivo, imaginativo y espectacular que la dejaba en cada ocasión jadeante de placer. Leila se decía a sí misma que era afortunada y, cada vez que besaba a su guapísimo esposo, se sentía en efecto afortunada.

Pero, si bien no podía quejarse de la agenda turística que Gabe le había organizado, en ocasiones tenía la sensación de compartir su tiempo con un guía. A veces le resultaba muy distante, prohibido. Cuando ella le hacía preguntas destinadas a conocerlo mejor, él solía cambiar de tema y preguntarle por su infancia en Qurhah.

Gabe permanecía tan enigmático como siempre. La princesa se había casado con un hombre que no revelaba sus pensamientos e, inevitablemente, la ansiedad empezó a hacer mella en ella.

Únicamente mientras practicaban sexo se sentía algo más cerca de él. Cuando Gabe le hacía el amor, en ocasiones la miraba con pasión y ardiente deseo. Y ella sentía el impulso de preguntarle por qué se mantenía tan hermético. Quería mirar dentro de su corazón

y descubrir los secretos que guardaba. Pero en cuanto el orgasmo atravesaba el atlético cuerpo, lo sentía distanciarse de nuevo.

Cierto que la mantenía abrazada largo rato mientras le susurraba lo increíble que era. Pero para Leila, esas palabras resultaban vacías y tenía miedo de creérselas, como si su esposo las pronunciara únicamente por un sentido del deber y no porque lo sintiera realmente.

Leila solía quedarse tumbada, el cuerpo aún tembloroso, mientras él se duchaba, obligándola a recordar que únicamente estaba con ella por la vida que crecía en su seno. Una vida tan pequeña que a veces no le parecía que fuera real.

Una mañana, tumbados sobre las sábanas arrugadas que desprendían olor a sexo, tras una larga y satisfactoria noche de amor, Leila se tumbó boca abajo y miró a su esposo.

–Nunca me has contado cómo hiciste fortuna.

–Es una historia muy aburrida –él se estiró y bostezó.

–Todas las historias tienen un punto de interés.

–¿Por qué haces tantas preguntas, Leila? –Gabe la miró–. Siempre estás escarbando.

–No sería tan insistente si contestaras alguna vez, para variar –ella le sostuvo la fría mirada.

Los ojos grises reflejaban desconfianza, pero, por una vez, Leila se negó a resignarse y a cambiar de tema. Aunque su matrimonio no fuera real, en el sentido en que lo era el de Sara y Suleiman, ¿su condición de esposa no le proporcionaba algunos derechos? Como el derecho a saber si, bajo la gélida fachada, Gabe Steel también era vulnerable.

–Así es que cuéntamelo –murmuró mientras le besaba un hombro–. Adelante.

Gabe suspiró al sentir los dulces labios sobre su piel. Nunca había tenido idea de casarse con esa mujer. No había deseado casarse con ella. A regañadientes había adoptado la actitud que había considerado más acertada ante una circunstancia que habría arruinado la vida de la princesa. Sin embargo, en lugar de mostrarle su gratitud, manteniéndose en un discreto segundo plano en su vida, se había convertido en un elemento de distracción de un modo que jamás se habría imaginado.

Desde el momento en que Leila abría los ojos por la mañana,

hasta el momento en que las largas pestañas negras se cerraban por la noche, lo encandilaba de variadas maneras.

Su manera de levantarse, desnuda, de la cama, cual Venus de piel de caramelo e interminables piernas. La forma acorazonada del trasero. La mirada de los ojos azules. Todo ello le incendiaba la sangre desde el primer instante.

Sin embargo, él sabía que las mujeres a menudo confundían la lujuria del hombre con amor, y la lujuria siempre terminaba por extinguirse. En el orden natural de las cosas, no importaría, pero con Leila sí. No podía permitir que se enamorara de él, una situación que acabaría irremediablemente en el consabido estallido de furia cuando comprendiera que él no la amaba. No quería lastimarla. No quería que empezara a pensar que su esposo sí era capaz de sentir cosas, como otros hombres. Era la madre de su hijo y tenía la intención de que permaneciera a su lado. Aunque no había deseado convertirse en padre, iba a asegurarse de que ese bebé formara parte de su vida. Y eso, seguramente, fue lo que le hizo pronunciar las palabras que surgieron de sus labios.

–¿Qué quieres saber exactamente?

–Cuéntame cómo entraste en publicidad –comenzó ella–. No creo que te resulte muy difícil.

–Búscalo en Internet –contestó él.

–Ya lo he hecho –Leila recordó la búsqueda que había realizado antes de aquel día en el hotel de Simdahab–. Y aunque hay muchas cosas sobre los premios que has ganado, fotos de ti montado en moto y con algunas de las mujeres más hermosas del planeta, no hay mucho sobre tu historia. Es como si alguien hubiera estado controlando la información que se revelaba –le acarició la mejilla–. ¿Es cosa tuya, Gabe?

–Por supuesto que lo es –protestó Gabe–. Estoy seguro de que tu hermano controla todo el rato la información que se publica sobre él.

–Ya, pero mi hermano es un sultán que gobierna un imperio y tiene muchos enemigos. ¿Cuál es tu excusa?

Un destello de irritación se reflejó en el rostro de Gabe, ligeramente más marcado que el que había visto el día anterior en ese mismo rostro al descubrir una taza sucia junto a la inmaculada bañera, comportándose como si fuera una bomba a punto de

estallar.

–Mi excusa es que intento preservar mi intimidad –contestó él–. Pero ya veo que no te vas a dar por vencida. ¿Por dónde empiezo?

–¿Naciste rico?

–Todo lo contrario. Pobre como las ratas, aunque dudo que alguien como tú comprenda lo que eso significa.

–¿Crees que porque nací en un palacio soy estúpida? –la acusación ofendió a Leila–. ¿Crees que no sé cómo es la mayor parte del mundo? Me sorprendes, Gabe, caer en los estereotipos no es propio de ti.

–Es que me dedico a la publicidad –una sonrisa curvó los labios de Gabe–. Y eso es, precisamente, lo que hacemos.

–Creo que me hago una idea de lo que significa ser pobre como una rata. Pero lo que me interesa saber es cómo pasaste de eso a... –ella deslizó una mano a su alrededor–, bueno, a todo esto.

–El destino, la suerte, llegar a tiempo –él se encogió de hombros–. Una mezcla de las tres.

–Que, como de costumbre, no contesta a mi pregunta.

Gabe apoyó la cabeza en un codo y fijó la mirada en los pezones de su esposa. De inmediato, sintió la tensión acumularse en la entrepierna y se preguntó si el repentino rubor que había aparecido en las mejillas de Leila significaba que se había dado cuenta.

–Abandoné muy joven la escuela –comenzó–. Tenía dieciséis años y ninguna cualificación. Me trasladé a Londres y conseguí trabajo en un hotel. Empecé en las cocinas –la miró con gesto burlón–. ¿Está mi princesita escandalizada al saber que su esposo fue ayudante de cocina?

–Lo que escandaliza a esta princesa es tu increíble arrogancia –contestó ella con calma–, pero estoy disfrutando tanto del relato que estoy dispuesta a pasarlo por alto. Continúa.

Un nuevo destello de deseo sexual se reflejó en la mirada gris y Leila se apresuró a cubrirse el pecho con la sábana. No estaba dispuesta a que le hiciera callar con sus seductores besos.

–No estuve mucho tiempo en las cocinas –prosiguió Gabe–. Me ascendieron al bar donde las propinas eran bastante buenas. Unos tipos de una agencia de publicidad solían tomarse unas copas los viernes por la noche, y yo me sentía fascinado por ellos.

–¿Por qué?

Durante unos segundos Gabe no contestó. Hacía mucho que no pensaba en aquellos años y en esos hombres. Recordó la facilidad con la que disponían de las tarjetas de crédito. Recordó los impecables cortes de pelo que lucían y el bronceado permanente que hablaba del sol de invierno en una época de su vida en la que nunca había disfrutado de vacaciones en el extranjero.

–Quería ser como ellos –admitió con sencillez–. Parecían divertirse más que trabajar y yo sentía que me merecía un poco de diversión. Solían sentarse para compartir sus ideas creativas y se angustiaban si no se les ocurría ninguna. Ni siquiera se daban cuenta de que yo permanecía cerca para oírles. Solían comportarse como si yo no existiera.

Y esa invisibilidad había sido la que le había espoleado para salir adelante, más incluso que la determinación de liberarse de la pobreza y la tragedia que había acabado tan temprano con su infancia.

–Se acercaba una fecha límite para entregar un eslogan para un anuncio de champú y todavía no habían escrito nada –continuó–. Yo les hice una sugerencia. Recuerdo que me miraron como si acabara de aterrizar desde otro planeta. Un adolescente con zapatos baratos diciéndoles lo que deberían escribir. Pero la sugerencia había sido buena, en realidad brillante, y me hicieron una oferta económica por utilizarla. La mejor campaña publicitaria en televisión surgió con mi idea, el producto se agotó de inmediato y me ofrecieron un trabajo.

Recordó la sorpresa de esos hombres cuando se había sentado a negociar fríamente los términos del contrato en lugar de aceptar la oferta con los ojos cerrados. Le habían dicho que su juventud e inexperiencia no le daba margen para negociar, pero él no había cedido. Les había recordado que poseía talento y eso no era negociable. Reconocer su propia valía había sido su primera y más importante lección. Y al final los hombres habían cedido.

–¿Y qué sucedió después?

Gabe se encogió de hombros. Las dulces palabras de su esposa se enredaron con los recuerdos de su mente. A menudo se había preguntado por la particular mezcla de ingredientes que se habían combinado para convertirle en un espectacular éxito. Y, sin embargo, los motivos eran muy sencillos.

Se le daban bien las palabras y se le daban bien los clientes. Una infancia dedicada a perfeccionar el arte del subterfugio le había servido de ayuda en la profesión elegida. El ascenso a la cima se había producido con suma facilidad. Su predicción de que el futuro estaba en la tecnología digital había resultado ser cierta. Había fundado su propia empresa y en poco tiempo una agencia mucho más grande había querido comprar sus conocimientos. Se había expandido y había prosperado, descubriendo que la riqueza generaba riqueza, y que ser rico no cambiaba nada. En el fondo seguía siendo la misma persona, con el mismo corazón oscuro y pesado.

–Simplemente me encontré en el lugar adecuado en el momento adecuado –le quitó importancia porque los recuerdos del pasado inevitablemente iban acompañados de dolor, y él intentaba no sentir dolor. Había agotado su cupo de sufrimiento de una sola vez–. Si ya has terminado con el interrogatorio, Leila, quizás quieras pensar qué te gustaría hacer hoy.

La alegría de Leila se esfumó ante el tono distante en la voz de Gabe. ¿Los hombres siempre se comportaban así con las mujeres? ¿Les daban algo para mantenerlas contentas, pero nada más? ¿Las mantenían a distancia a no ser que les estuvieran haciendo el amor?

Claro que todo eso ella ya lo sabía. No debería haberse sorprendido. Había visto cómo su padre había tratado a su madre. Había visto lo prescindibles que resultaban las mujeres en cuanto perdían su encanto inicial. ¿Por qué se empeñaba en alcanzar un arcoíris que no existía?

Se puso una camiseta y unas braguitas y se dirigió a la ventana. El día que tenía por delante ya no le entusiasmaba.

–¿Por qué no me sorprendes? –observó secamente–. Ya que eres tú el de las ideas.

No oyó las pisadas de los pies descalzos a su espalda, ni se dio cuenta de que la seguía hasta sentir la sombra de su cuerpo. Al volverse se encontró con un rostro tenso. En los ojos grises ardía el deseo sexual, pero también algo más oscuro.

–¿Qué clase de sorpresa te gustaría, Leila?

Leila sentía la tensión sexual en el ambiente. Gabe estaba enfadado con ella por curiosear en su vida, y su enfado se estaba manifestando en ardientes oleadas de deseo sexual. Se dijo que

debería alejarse de él para que, con suerte, se diera cuenta de que a veces la trataba más como un objeto que como una persona. Pero no podía alejarse de él. No quería hacerlo. ¿Acaso no deseaban ambos la misma cosa? Lo único en lo que eran verdaderamente compatibles...

–Si te lo digo ya, no sería una sorpresa –ella lo miró a los ojos y se humedeció los labios.

–¡Madre mía qué rápido has aprendido a coquetear! –observó Gabe–. Mi pequeña virgen de Qurhah no ha conservado demasiado de su inocencia, ¿verdad?

–Espero que no –contestó ella–, porque una esposa que carezca del sentido de la aventura sexual pierde rápidamente su atractivo. Las mujeres del harén lo aprenden a la fuerza.

La afirmación pareció sorprender a Gabe, que entornó los ojos y su mirada se deslizó hasta el punto de la camiseta en el que se marcaban los erectos pezones.

–Vas vestida para el sexo –observó con voz ronca.

–No puede decirse que vaya vestida –Leila alzó la barbilla.

–Precisamente.

Dando un paso al frente, la empujó hacia el sofá con forma de L, que dominaba un lado del salón. A Leila le excitó la oscura mirada que le hacía parecer casi salvaje.

El cuero del sofá se pegó a sus muslos y el corazón empezó a martillear de anticipación.

–¿Gabe? –su marido estaba arrodillado en el suelo y le estaba quitando las braguitas.

Sin embargo él no contestó. Estaba demasiado ocupado separándole las rodillas y acomodando la cabeza entre ellas y, aunque no era la primera vez que hacía algo así, nunca le había resultado tan intenso.

–Gabe –insistió Leila apenas sin aliento mientras la lengua de Gabe empezaba a deslizarse por la cara interna de sus muslos hasta el núcleo húmedo y ardiente.

–Calla –ordenó él.

Sin embargo, la brusquedad de su voz no tenía nada que ver con la dulzura de sus caricias y ella no pudo contener un gemido de placer que escapó de sus labios. Cerró los ojos y gimió de nuevo cuando la lengua de Gabe empezó a lamerle el centro del placer.

Se sentía desvalida y, por un momento, la sensación fue tan fuerte que tuvo pánico. Intentó apartarse, pero él no se lo permitió. Le sujetaba las caderas con las manos mientras proseguía con la exquisita tortura que infringía la lengua. Y si lo que pretendía era que parara, no debería animarlo más pronunciando su nombre, ni aferrándose a sus hombros.

Sintió el orgasmo tomar forma y, de repente, estalló con violencia, casi sin avisar. Leila hundió los dedos en los cabellos de Gabe y empezó a contorsionarse. Pero cuando ya debería haber terminado, resultó que no había terminado en absoluto.

Porque Gabe se había subido encima de ella y a horcajadas la penetró con una fuerte embestida. Gabe se movía en su interior y ella gritaba su nombre de nuevo mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. ¿De qué demonios iba todo eso? Rápidamente, se las enjugó para que él no las viera.

Se agarró a él automáticamente mientras sentía las sacudidas del orgasmo masculino y la cabeza dorada descansaba sobre ella. Leila se descubrió reflexionando sobre una de las paradojas de la vida, pues el placer más intenso te hacía consciente de tu propia capacidad para sentir el dolor más intenso. Y eso era precisamente lo que le asustaba. La certeza de que el dolor aguardaba agazapado a la vuelta de la esquina y no sabía muy bien por qué.

Cerró los ojos y pareció haber transcurrido una eternidad cuando él habló, la voz camuflada contra su cuello.

–Supongo que ahora me pedirás que me disculpe.

–No sé muy bien por qué hacer gritar a una mujer de placer debería ser motivo de disculpa –ella se volvió y lo miró a los ojos.

Con gesto tenso, Gabe se retiró y se tumbó de espaldas con la mirada fija en el techo.

–Quizás lo sea cuando el placer surge de la ira –él suspiró–. O si el sexo se convierte en una demostración de poder y no de deseo.

Leila no necesitaba preguntarle por qué estaba enfadado. Ya lo sabía. Sus preguntas habían irritado a un hombre al que le gustaba mantener enterrado su pasado. Un hombre que evitaba la intimidad verdadera del mismo modo que la gente apartaba las manos del fuego.

Quizás debería aceptar el hecho de que estaba perdiendo el tiempo. Deslizó una mano hasta la todavía plana barriga. Debería

estar pensando en el bebé y no en intentar acercarse a un hombre decidido a no permitírselo.

–Bueno, fueran cuales fueran tus motivos –un impulso le hizo apoyar una mano sobre el corazón de Gabe–, hemos disfrutado, si no me equivoco.

–A veces me sorprendes, Leila –Gabe volvió unos pensativos ojos grises hacia ella.

–¿En serio?

–Más a menudo de lo que me habría imaginado nunca –Gabe le acarició la curva de las caderas–. Deberíamos pensar en qué vas a hacer la semana que viene.

–¿La semana que viene? –ella lo miró perpleja–. ¿Por qué? ¿Qué sucederá la semana que viene?

–Vuelvo al trabajo, ¿recuerdas? –él le besó la barbilla–. Las lunas de miel no son eternas y hay que pagar las facturas.

–Y mientras tanto, me quedaré aquí sola todo el día –de repente ella se sintió inquieta, desplazada.

–No necesariamente –él la observó con atención–. Si quieres, puedo hablar con algunos de mis directores. Te puedo presentar a sus esposas. Algunas trabajan fuera de casa, pero muchas no. Y algunas tienen niños pequeños.

Leila asintió, el corazón de repente pesaroso. No quería parecer desagradecida y, desde luego, podría ser buena idea conocer a las mujeres cuya compañía iba a recibir con agrado en cuanto naciera el bebé.

Pero las palabras de Gabe le habían hecho sentirse irrelevante, como si no tuviera identidad propia. Había sido «la hija de», después «la hermana de», y acababa de convertirse en «la esposa de».

Y sin embargo existía. Era una persona relevante por derecho propio y quizás iba a tener que demostrárselo a Gabe, y a sí misma. En Qurhah había soñado con la libertad, tanto profesional como personal, y por fin se encontraba ante la dorada posibilidad de conseguir ambas.

–No quiero matar el tiempo sin más mientras espero el nacimiento del bebé –protestó–. Quiero trabajar.

–¿Trabajar? –Gabe la miró perplejo.

–Venga ya, Gabe. No me mires así. ¿No era trabajo lo que

buscaba cuando nos conocimos? –le acarició los dorados cabellos–. La primera vez que te enseñé mis fotos, opinaste que eran buenas. Eso me dijiste y me gustaría creer que lo dijiste en serio. ¿No hay en tu empresa trabajo para una persona con talento?

–No –sentenció él.

Leila estaba acostumbrada a las negativas, pero recibirla de ese modo de su esposo...

–No te estoy pidiendo un trato de favor –contestó furiosa–. Enséñale mi trabajo a alguien de tu empresa, de manera anónima, por supuesto, y que sean ellos los que juzguen.

–No.

–¡No puedes seguir negándote sin más!

–Puedo hacer lo que me dé la gana. Me estás pidiendo trabajo, Leila, y yo te estoy diciendo que no. Así funciona cuando eres el jefe.

–¿Por qué no? –ella lo miró obstinada. Gabe podía ser tan estricto como su hermano–. Me gustaría saberlo. El nepotismo no es un problema si consigo el trabajo por mis propios méritos. ¿Hay algo más, algo que no me cuentas?

Gabe caminó hacia el dormitorio sacudiendo la cabeza. Leila pensaba que iba a desaparecer sin contestar cuando él se volvió. Estaba completamente desnudo. Completamente excitado.

–El problema es tu proximidad –declaró con rabia–. Tendré que verte todo el maldito día. En el coche, en la cafetería...

–¿Junto a la fuente de agua fría? ¿O acaso alguno de tus empleados te lleva el agua en una jarra de cristal sobre una bandeja de plata?

–¡Estamos hablando de mi vida, no de la tuya, princesa! –espetó él–. Además, ¿cómo puede nadie juzgar tu trabajo si no lo tienes? Ni siquiera te has traído tu colección de fotos, ¿a que no? Te las has dejado en Qurhah.

–Sí, pero tengo todas las imágenes grabadas en un lápiz de memoria –contestó Leila con dulzura–. Eso no será problema.

Gabe reprimió un gruñido y se dirigió al cuarto de baño deseando tener una puerta que cerrar de un portazo. Sin embargo, había elegido ese apartamento porque carecía de puertas. Cada habitación se abría directamente a la siguiente, todas provistas de una desproporcionada cantidad de luz y espacio. Había elegido esa

casa porque era todo lo contrario a los lugares en los que había vivido durante su infancia. Pero la tozuda princesa Leila Scheherazade le hacía desear poder encerrarse. Estaba invadiendo su espacio mucho más de lo que ya había hecho. Y no parecía haber una maldita cosa que pudiera hacer para impedírselo.

Haría que alguien le mostrara las fotos a Alastair McDavid del estudio fotográfico de Zeitgeist.

Confiaba en que Alastair encontraría el trabajo bueno, aunque no lo bastante bueno.

Abrió la ducha y apretó los labios con fuerza ante el contacto con el agua helada. Porque algo le decía que sus esperanzas eran en vano y que Leila pronto habría metido su deliciosa cabecita por otra puerta.

Capítulo 9

LA VISTA panorámica le proporcionó un momento de respiro antes de devolver la atención sobre la mujer sentada al otro lado de la mesa.

Por supuesto, sus esperanzas habían sido en vano y, por supuesto, Leila había conseguido el tan ansiado trabajo. Reclinado en la silla giratoria contempló el brillo en los ojos azules de su esposa. No solo había conseguido el empleo, se había ganado por completo a Alastair McDavid, que había descrito sus fotos como «impresionantes».

Gabe tamborileó con los dedos sobre la pulida superficie del escritorio e intentó hablar con ella en el mismo tono que utilizaría con cualquier otro empleado, lo cual no resultaba fácil. El problema era que nunca había sentido deseos de besar a otra empleada, ni de cerrar la puerta con llave y desnudarla. Las fantasías subidas de tono que surgían en su mente eran muy inquietantes.

–En el trabajo, soy tu jefe –comenzó con frialdad–. No tu esposo, ni tu amante. Y no quiero que lo olvides nunca.

–No lo haré.

–Mientras estés aquí no tendrás nada que ver con la campaña de Qurhah.

–Pero…

–No hay peros que valgan, Leila, te digo que no y basta. Solo complicaría la situación. La gente que trabaja en este proyecto podría sentirse cohibida trabajando contigo, una mujer que casualmente es la princesa del reino. Su creatividad podría verse mermada y eso es algo que no voy a tolerar –la miró con calma–. ¿Te ha quedado claro?

–Si tú lo dices.

–Lo digo. Y, salvo caso de extrema urgencia, no volverás a entrar en mi despacho si yo no te llamo. Mientras trabajes en Zeitgeist no recibirás ningún trato preferente, ni de mí ni de nadie. No eres más que una de las cuatrocientas personas a las que doy empleo.

¿Entendido?

–Creo que empiezo a captar la idea, Gabe.

Gabe no pudo evitar fijarse en el tono irónico en la voz de su esposa, y tampoco pudo evitar darse cuenta de la pequeña sonrisa triunfal que intentaba reprimir, habiéndose salido con la suya. Quizás debería intentar aceptar de mejor grado la situación. Alastair McDavid no era ningún idiota y había afirmado que Leila poseía un extraordinario talento y que sus fotos eran casi perfectas. No había duda acerca de su talento y, dado que su trabajo había sido presentado de manera anónima, nadie podía acusarlo de nepotismo.

Pero Gabe se sentía incómodo por muchos motivos. Por primera vez su vida personal había entrado en su vida profesional y no le gustaba. Ni una pizca. A pesar de años de tentaciones ocasionales e incontables invitaciones, nunca había salido con una empleada o con una clienta. Conocía los peligros inherentes. Jamás había salido una mujer llorosa de los aseos de la empresa por algo que él hubiera hecho. Jamás había sido víctima de incómodos silencios al entrar en la sala de juntas o en algunos de los comedores de la empresa.

Cuantas menos personas supieran de su vida, mejor. Se había esforzado mucho para que las cosas fueran así. Con su equipo de trabajo siempre mantenía una actitud profesional, aunque se uniera a la costumbre de vestir de manera más informal los viernes, o se sumara a tomar una copa de champán en el bar de la esquina cada vez que se firmaba un nuevo contrato. Sus empleados le llamaban Gabe y, aunque la relación que mantenía con todos, desde el conserje hasta los directores de departamento, era amistosa, sí mantenía cierta distancia personal.

Pero Leila era diferente.

Tenía un aspecto diferente.

Sonaba diferente.

Le distraía, y no solo a él, sino también a cualquier otro hombre con sangre en las venas. La había llevado en coche al trabajo aquella mañana, su primera mañana de trabajo, y había sido testigo de la casi cómica reacción de uno de los directores. El hombre había estado tan ocupado mirándola que casi había estrellado el coche contra un muro.

Las interminables piernas de Leila estaban encerradas en unos pantalones vaqueros y los cabellos de ébano recogidos en una

trenza que caía sobre la blusa color azul. Su vestimenta no era muy diferente de la de las demás empleadas, pero la princesa poseía una cualidad indefinible que le hacía destacar sobre los demás y que hacía que todo el mundo se volviera para mirarla. ¿Sería debido a su crianza como princesa? Por sus venas circulaba la sangre real de una antigua dinastía y eso le confería un porte casi altivo. Cuando Gabe la miraba, sentía algo parecido al orgullo al pensar que esa mujer llevaba a su hijo en su seno. La noche anterior se había quedado tumbado en la cama observándola mientras dormía, pensando en lo tierna que podía ser y, en ocasiones, se descubría queriendo besarla sin motivo aparente.

Era muy consciente del peligro que encerraban esos pensamientos, pues lo tentaban a olvidarse de la amarga realidad. Corría el riesgo de permitirse creer que era capaz de sentir las mismas emociones que otros hombres. Y no lo era.

Frunció el ceño. Aún le resultaba difícil acostumbrarse a la idea de tenerla sentada en su despacho como si tuviera todo el derecho del mundo a estar ahí.

–¿Querías preguntarme algo?

–¿Saben aquí que estoy embarazada?

–¿Y por qué iban a saberlo? –él la miró con los ojos entornados.

–Pues claro. ¿Por qué iban a saberlo? –repitió ella con indignación–. Dios no permita que se lo hayas contado a nadie.

–¿Te crees que es algo de lo que voy a ir presumiendo por ahí, Leila? ¿Crees que me apetece contarles que un embarazo evidentemente no deseado ha acabado en una boda de penalti? No es que vaya precisamente a elevar mi reputación a la estratosfera –soltó una amarga carcajada–. Hasta ahora, siempre me las he apañado para dar una imagen de control y previsión.

–Eres un bastardo –susurró ella mientras se levantaba de la silla, repentinamente pálida–. Un absoluto y completo bastardo.

Gabe jamás había oído a Leila hablar de ese modo, ni había visto nunca semejante furia en su mirada.

–Esto no ha salido como había pretendido –Gabe también se puso en pie.

–¿Y cómo se supone que debía salir? –ella se mordió el labio–. ¿Quieres decir que no pretendías hacerme parecer una mujer desesperada decidida a atraparte como fuera?

–Simplemente quería señalar el hecho de que yo no mezclo mi vida personal con la profesional –frustrado, Gabe se mesó los cabellos.

–Creo que eso ya lo has dejado bastante claro –continuó Leila–. De modo que, si ya has terminado de destriparme, quizás pueda empezar a trabajar.

Gabe se sintió incómodo. Pero lo más estúpido era que, al ver la expresión de dolor en el rostro de Leila, sintió deseos de besarla. Quería romper cada una de sus estúpidas reglas y tomarla en sus brazos. Quería perderse en ella, tal y como se perdía cuando hacían el amor. Pero luchó contra el impulso porque la dependencia emocional era un lujo que no se podía permitir. Sabía que había algunas cosas en la vida de la que nunca debía llegar uno a depender, y esa era una de ellas.

Sin embargo, un gran sentimiento de culpa lo reconcomía por dentro.

–¿Leila?

–¿Qué? –ella se volvió.

–No debería haber dicho eso.

–Pero lo has dicho, Gabe –Leila sonrió con amargura–. Ese es el problema. Lo has dicho.

Cerrando la puerta del despacho al salir, Leila seguía furiosa mientras entraba en el despacho contiguo donde le esperaba Alice. Haciendo un supremo esfuerzo, se obligó a calmarse. Porque lo que no iba a hacer era derrumbarse. Era fuerte, necesitaba serlo porque empezaba a darse cuenta de que no podía contar con Gabe.

Quizás hubiera colocado un anillo en su dedo y la hubiera convertido en su esposa, pero no podía evitar sentir más que serias dudas sobre las posibilidades de ese matrimonio.

–Gabe me ha dicho que me enseñarás el edificio Zeitgeist –Leila sonrió a Alice–. Aunque a juzgar por el tamaño, quizás vaya a necesitar una brújula para no perderme por aquí.

–Pronto te acostumbrarás –Alice soltó una carcajada–. Vamos, primero te enseñaré la cafetería, seguramente el lugar más importante. Después te llevaré a los estudios fotográficos.

Leila pronto descubrió las ventajas de recibir un salario.

Era su primer trabajo de verdad y, aunque era el sueño de toda una vida hecho realidad, también le asustaba un poco. Había

crecido en una cultura en la que se compaginaba la opulencia y la privación, pero jamás había trabajado. Y no estaba preparada para el agotamiento generado al estar en pie todo el día y ser despertada cada mañana por el despertador. Enseguida descubrió que vestirse de manera informal no era lo mismo que tener que estar preparada para empezar a trabajar a las ocho y media. Las perezosas mañanas de la luna de miel haciendo el amor fueron reemplazadas por una frenética dependencia del reloj mientras corría a la ducha y se arreglaba el pelo.

–No te hace falta –protestó Gabe una mañana mientras esperaban a que el semáforo se pusiera en verde y Leila aprovechaba para maquillarse los ojos.

–¿El qué? ¿Maquillarme?

–Muy graciosa. Hablo de someterte a este ridículo...

–¿Ridículo qué? –le interrumpió ella con calma–. ¿Ridículo intento de demostrar que soy como cualquier otra persona y que necesito darle un sentido a mi vida? ¡Qué espanto y qué horror! La mujer sale a trabajar y se pone maquillaje.

–¿Qué opina el médico? –gruñó él.

–Está encantada con el progreso del embarazo –contestó Leila–. Y puede que te sorprenda saber que la mayoría de las mujeres trabaja hasta la semana treinta y seis.

Reclinándose en el asiento, Leila observó atenta el tráfico de la ciudad. El coche de Gabe llamaba la atención. Vista desde fuera, su vida seguramente parecía idílica. Aparentemente lo tenía todo. Un gran trabajo, un marido guapísimo, incluso un bebé en camino.

Sin embargo, desde el interior todo era muy distinto. En ocasiones tenía la sensación de que su matrimonio era tan ilusorio como las numerosas campañas publicitarias de la empresa de Gabe. Unas campañas que mostraban a la familia perfecta compuesta por mamá, papá y los dos hijos, todos riendo y felices en torno a una mesa.

Sin embargo, en Zeitgeist todos sabían que el padre modelo del anuncio era gay y la mamá modelo se había operado el pecho y puesto extensiones en el pelo.

No, nada era lo que parecía.

Nada.

Gabe seguía siendo Gabe. Irresistible, carismático, pero tan

distante como una isla desierta vista desde la costa. Y Leila comprendió que así era como le gustaba a él, como quería que siguiera siendo. No se estaban uniendo. Si acaso, se separaban cada vez más.

Una noche regresaron al apartamento tras una cena temprana y Gabe se dirigió al dormitorio para cambiarse. Minutos después, apareció vestido con una camiseta y unos vaqueros, y una expresión furiosa en el rostro.

–¿Qué demonios ha pasado? –rugió–. ¿Nos han robado?

Leila se asomó a la habitación. Gabe se había marchado muy temprano aquella mañana y ella se había quedado dormida, con lo cual se había tenido que vestir a toda prisa y las evidencias aún persistían en el dormitorio, máxime cuando era el día libre de la asistenta.

Se apresuró a recoger algunas prendas esparcidas por el suelo. Encima del portátil había unas braguitas.

–Me quedé dormida –le aclaró–. Lo siento.

Las palabras no borraron la expresión lúgubre del rostro de Gabe, parecía tenerle unas ganas especiales aquella noche.

–Pero no es solo hoy cuando te has quedado dormida, ¿verdad, Leila? Es cada maldito día. No dejo de encontrar tazas de café por todas partes y restos de manzanas que te olvidas de tirar a la basura. ¿Nadie te ha enseñado a recoger tus cosas? ¿Siempre has estado rodeada de sirvientes que lo hacían por ti?

Leila dio un respingo ante la fría acusación. ¿Cómo justificar su desorden si él tenía razón?

–Tenía sirvientes, sí.

–Bueno, pues ahora no los tienes y yo valoro demasiado mi intimidad como para contratar a nadie, ni siquiera después de que haya nacido el bebé. De modo que, si vamos a seguir viviendo juntos, será mejor que aprendas a ser más ordenada.

Las palabras saltaron como las chispas de una hoguera.

«Si vamos a seguir viviendo juntos».

Mordiéndose el labio, Leila se dio la vuelta, pero Gabe la agarró del brazo y la atrajo hacia sí.

–Lo siento.

–No importa.

–Sí importa. Fui demasiado brusco. A veces salto –Gabe inclinó

la cabeza para besarla.

Pero Leila lo apartó de un empujón. Ese hombre creía que con hacerle el amor lo arreglaba todo, y normalmente era así. Siempre le había resultado muy sencillo besarla, porque sus besos eran tan increíbles que inevitablemente sucumbía a ellos. Y cuando estaba en sus brazos no lo sentía tan distante. Cuando lo sentía dentro de ella podía permitirse el lujo de fingir que todo era perfecto. Aun así, era consciente de que solo estaban poniendo parches en lugar de atacar el problema desde la raíz.

A veces se sentía como una cobarde. Una cobarde demasiado asustada para preguntarle claramente si la quería fuera de su vida. Demasiado temerosa de que la respuesta fuera afirmativa.

Leila entró en el cuarto de baño y se duchó. Se puso un vestido de algodón que empezaba a quedarle demasiado apretado y se dirigió al salón donde encontró a Gabe tomando un café.

En cuanto la vio llegar, los ojos grises se tiñeron de frialdad.

–Tengo que ir a los Estados Unidos de América por un asunto –le explicó–. ¿Estarás bien aquí tú sola?

–Por supuesto –contestó ella alegremente aunque, después de la regañina que le había echado, las palabras de Gabe sonaban amenazadoras.

Leila se dirigió a la nevera y se sirvió un vaso de agua con gas.

–¿Cuánto tiempo estarás fuera? –preguntó.

–Solo unos pocos días.

Gabe vio el temblor en los rosados labios, un temblor que Leila no conseguía disimular. De repente el café tuvo un sabor muy amargo. Aun así, sabía muy bien lo que hacía. Era lo suficientemente perspicaz para saber que la estaba apartando de su lado, pero a la vez lo bastante astuto para saber que no podía ofrecerle ninguna otra opción. Porque la idea de acercarse a ella empezaba a hacerle sentir cosas. Y él no quería sentir cosas.

Si todo fuera diferente...

Apretó los labios con fuerza mientras contemplaba los brillantes ojos azules.

Nunca podría ser diferente.

Aquella noche se acostó cada uno en un lado de la cama. El espeso silencio evidenciaba que ninguno de los dos dormía, pero ninguno de los dos habló. El sueño de Gabe fue interrumpido

durante toda la noche por inquietantes pesadillas que olvidaba en cuanto despertaba, dejándole un profundo dolor de cabeza.

Al entrar en el salón a la mañana siguiente, descubrió a Leila contemplando su pasaporte.

–Estás muy serio en esta foto –observó ella.

–Se supone que no debes sonreír en las fotos de pasaporte.

Leila pensó que eso no debía ser un gran problema para su marido. A no ser que la situación lo exigiera, su expresión habitual carecía de sonrisa.

Al fijarse en la fecha de nacimiento, el corazón se le encogió.

–¿Me llamarás?

–Por supuesto –Gabe recuperó el pasaporte y la besó brevemente a modo de despedida–. Volveré el domingo. Cuídate.

En cuanto se hubo marchado, toda la energía pareció abandonar a Leila. Se sentó en el sofá mirando al vacío con el corazón acelerado como si acabara de subir varios tramos de escaleras sin parar. La fecha de nacimiento marcada en el pasaporte era el quince de marzo. Esa fecha le era familiar. Por supuesto que lo era. Esa fecha había marcado el mayor cambio en su vida.

Sacudió la cabeza reprochándose por ser tan estúpida. Era una coincidencia. Nada más.

Durante los días que siguieron, se alegró de poder sumergirse en la distracción del trabajo, contenta de tener tan poco tiempo para pensar en las ideas tan inquietantes que se estaban formando en su cabeza como si de nubes de tormenta se trataran. Alastair McDavid anunció que Zeitgeist acababa de conseguir un gran contrato para anunciar una cadena internacional de hoteles y spas. Y dado que la clientela de los spas era mayoritariamente femenina, todos coincidían en que lo mejor era que la fotografía corriera a cargo de una mujer.

–Y nos gustaría que fueras tú, Leila –anunció con una sonrisa.

Leila estaba decidida a no defraudarle y la emoción de planificar su primer trabajo en solitario casi bastó para calmar la inquietud que le seguía reconcomiendo, aunque no del todo.

El domingo llegó y Gabe envió un mensaje anunciando que estaba a punto de subirse al avión. Leila deseó poder ir a buscarle al aeropuerto, pero todavía no había aprendido a conducir. Siempre se había dejado llevar a todas partes. Apoyarse en Gabe le había

resultado muy fácil y, si no tenía cuidado, podría llegar a convertirse en una costumbre.

Porque por primera vez empezaba a sentir el verdadero temor de que ese matrimonio pareciera destinado al fracaso.

Recordó el reproche de Gabe sobre su falta de orden, pero no habían tenido en cuenta al diminuto ser que iba a irrumpir en la ordenada vida de su esposo. ¿Y si no soportaba la presencia de un aullante recién nacido en su elegante y urbanita apartamento? ¿Cómo iba a reaccionar si ella dejaba de sentir interés por el sexo como, por lo visto, le sucedía a algunas madres noveles?

Se duchó y lavó el pelo, y se vistió con una larga túnica de seda, del más pálido de los azules, que se había llevado de Qurhah. Ni siquiera se planteó el motivo de su elección ese día en particular. Solo sabía que le cubría el cuerpo desde el cuello hasta los tobillos y se preguntó si no estaría buscando el consuelo de lo familiar.

Se recogió los cabellos en un sencillo moño y preparó té intentando no sentirse como alguien que esperaba. Y sin embargo esperaba. Esperaba una respuesta a una pregunta que no estaba segura de querer formular.

¿Qué decían en Qurhah? Que, si metías la mano en un nido de víboras, lo más probable era que te mordieran.

Oyó la puerta abrirse y volverse a cerrar. Gabe no la llamó, pero sus pisadas resonaron en el pulido suelo de madera y el corazón de Leila empezó a galopar al verlo entrar en la habitación.

Durante un momento se quedó muy quieto antes de acercarse para besarla. Sin embargo, ella se apartó.

–¿Qué tal, Leila? –preguntó mirándola con los ojos entornados.

–Bien –contestó ella con voz alegre–. ¿Te preparo un café?

–Ya he tomado en el avión. Si tomó más café, no podré dormir en una semana –Gabe contempló el montón de correo sin abrir antes de desviar de nuevo la mirada hacia ella–. ¿Ha pasado algo interesante en mi ausencia?

–Pues... la ecografía fue bien –comenzó ella eligiendo cuidadosamente las palabras–. Y tengo una buena noticia. Alastair quiere que me ocupe de la campaña del spa.

–Qué bien.

Ella lo miró y sintió de repente la garganta tan seca que apenas podía hablar.

–Y el quince de marzo es tu cumpleaños.

–Qué interesante que me lo anuncies de ese modo cuando lo sé de toda la vida –él rio.

–Ese fue el día que nos acostamos en Simdahab... –Leila se dijo que no debería dejarse intimidar por la voz de Gabe, por la acusación que emanaba de los gélidos ojos.

–¿Y? –las oscuras cejas se elevaron–. ¿No puedo practicar sexo el día de mi cumpleaños?

Leila sacudió la cabeza. Todavía era una novata en cuestiones sexuales, pero la intuición le decía que había habido algo distinto en él aquella tarde. Algo que no había vuelto a ver desde entonces.

–Me dio la impresión de que mantener relaciones sexuales con alguien a quien acababas de conocer no era tu estilo habitual.

–Quizás te encontré demasiado irresistible.

–¿Es eso cierto?

Gabe la miró a los ojos y soltó un juramento para sus adentros. De haber sido una relación casual le habría dicho que se metiera en sus propios asuntos y que lo dejara en paz. Pero Leila era su esposa y no podía decirle que se marchara. Y lo cierto era que tampoco lo deseaba.

–No, no es verdad –contestó con calma–. Aquel día te seduje porque estaba en Qurhah, un lugar donde es prácticamente imposible comprar whisky, lo que suelo beber el día de mi cumpleaños –hizo una pequeña pausa–. Y a falta de alcohol para olvidar, opté por el sexo.

Capítulo 10

LEILA miró fijamente los ojos grises como el mar helado. Apenas se había dado cuenta de que se estaba clavando las uñas en las palmas de la mano, el dolor que sentía en el corazón era mucho peor, haciendo que respirar le resultara casi imposible.

–¿Me utilizaste? –consiguió preguntar al fin–. ¿Todo fue porque no conseguías una copa?

–No hace falta que te pongas tan melodramática –Gabe soltó una amarga carcajada–. La gente practica sexo por muchos motivos, Leila. A veces simplemente porque la lujuria les domina, y a veces porque les ayuda a olvidar –dejó el pasaporte sobre la mesa y la miró de nuevo–. Aquel día yo no te utilicé más de lo que tú me utilizaste a mí. Yo quería olvidar y tú experimentar, ¿me equivoco?

Leila dio un respingo ante la desafiante mirada porque sus palabras le habían calado incómodamente hondo. ¿Cómo negar una acusación que era cierta? Cierto que había querido experimentar, pero había tenido sus motivos. ¿Cómo reaccionaría Gabe si le confesara que representaba todo lo que un hombre debía ser? Todo aquello con lo que había soñado. Que, por primera vez en su vida, creía en todas esas películas románticas a las que estaba enganchada.

Pero, en cierto modo, quizás ella también había estado buscando el olvido. Había descubierto el placer con un hombre devastadoramente atractivo y sexy y, por unos breves instantes, había olvidado la prisión de su vida en palacio. Sin embargo, no le había conocido, seguía sin conocerle.

–¿Qué intentabas olvidar? –preguntó tímidamente.

–No tiene importancia.

–Yo creo que sí –Leila respiró hondo y le sostuvo la mirada–. Creo que lo he entendido. Eres un hombre muy celoso de tu intimidad al que no le gusta hablar de sus emociones.

–Pues entonces no me preguntes por ellas.

–Pero es que tengo que preguntarte –ella sacudió la cabeza–.

¿No lo entiendes? Sé que el pasado, pasado está. Pero no quiero seguir adelante sin saber algunas cosas. Voy a tener un hijo tuyo, Gabe. ¿No crees que eso me da derecho a saber algo sobre tu pasado, además de hacerme una idea de lo que podría depararnos el futuro?

Sacudiendo furioso la cabeza, Gabe se acercó a la ventana y contempló una de las vistas más caras del mundo. Pensó en la ironía. Podías comprarte un lugar cerca del cielo y lejos de la multitud, pero por mucho dinero que gastaras, por mucho que intentaras controlar tu vida, no podías mantener a todo el mundo a raya. Podías intentarlo, pero nada más. Sintió el fuerte latido del corazón y se volvió hacia su esposa.

–Insisto en que no tiene importancia.

–Sí la tiene –protestó ella–. No podemos seguir enterrando la cabeza en la arena y fingir que esto no está sucediendo. Porque esto está sucediendo. Vamos a tener un hijo, Gabe. Un bebé que necesitará cuidados. Y no solo cuidados, necesitará ser amado –concluyó con voz temblorosa.

–Pues, si lo que buscas es amor, Leila, a mí no me mires –contestó él sin emoción alguna–. Creía habértelo dejado claro desde el principio.

–Desde luego que lo hiciste. Lo dejaste muy claro y jamás esperaría amor hacia mí –asintió Leila–. Pero nuestro hijo sí tiene derecho a esperarlo. Si no puedes mostrar amor hacia nuestro bebé, y créeme que no te juzgo si es ese el caso, entonces tengo derecho a conocer el motivo.

Un profundo silencio se hizo entre ellos mientras Gabe observaba el porte de los hombros de la princesa y la mirada que no cedía bajo su expresión severa. Sabía muy bien lo que ella buscaba, lo que las mujeres siempre buscaban. Descubrir por qué nunca mostraba emociones, ni siquiera las sentía. La situación se repetía una y otra vez, y las mujeres eran unas criaturas muy tenaces. Muchas lo habían intentado, y todas habían fracasado. Mujeres poderosas, ricas, triunfadoras, todas habían querido conocer el único secreto que se les ocultaba. Veían su gélido corazón como un desafío, su aislamiento emocional como algo que conquistar.

Sin embargo, la pregunta de Leila no había estado teñida de ambición, simplemente de interés por saber. Era la madre de su hijo

y quizás tuviera razón. Quizás tuviera derecho a saber por qué era como era. Sin embargo, la idea de permitirle acercarse a él le aterraba.

–¿Qué quieres saber? –Gabe la miró con los ojos entornados.

A Leila le sorprendió tanto el repentino cambio de actitud que le llevó un momento reaccionar. Además, intentaba conservar la calma y no asustarlo con un feroz interrogatorio.

–Pues, no sé –comenzó–. Lo normal. Dónde naciste, ni siquiera sé eso.

Hubo un tenso silencio que recordó a la princesa los instantes antes del comienzo de una obra, cuando el teatro aguardaba a que se alzara el telón. Y entonces, Gabe empezó a hablar.

–Nací en el sur de Francia, pero nos trasladamos a Inglaterra siendo yo un bebé, a un lugar llamado Brighton.

–He oído hablar de ese lugar –Leila asintió–. Es una ciudad costera del sur. ¿Es bonito Brighton?

A pesar de todo, Gabe sonrió levemente. En ocasiones esa mujer le parecía muy ingenua, y en muchos aspectos lo era. A lo mejor al revelarle que había nacido en la Riviera Francesa ella creería que sus orígenes eran similares.

«La verdad», se recordó, debía contarle la verdad.

–Cualquier lugar junto al mar es hermoso –contestó él–, pero, como cualquier ciudad, hay rincones más duros, y nosotros vivíamos en uno de esos. Aunque no nos quedamos allí mucho tiempo.

–¿Quedamos?

–Mi madre y yo.

–¿Tu padre no estaba con vosotros?

Gabe sintió un sabor amargo en la boca. Deseaba dar por terminada de inmediato esa conversación, pero comprendía que las preguntas nunca desaparecerían si no las contestaba.

Y quizás hubiera llegado el momento de contárselo a alguien.

–No, mi padre no estaba con nosotros. Mi madre y él se separaron antes de que yo naciera. Las cosas terminaron mal y ella me trajo de vuelta a Inglaterra, pero no tenía familia ni dinero. Cuando conoció a mi padre trabajaba de camarera, y no tenía otra cualificación.

–¿Tu padre era francés? –preguntó Leila, aunque no le parecía

que tuviera aspecto de serlo.

–No –Gabe sacudió la cabeza–. Era ruso.

Ella asintió lentamente. Eso tenía mucho más sentido. Los pómulos altos y marcados que le daban un aire orgulloso y autocrático. Los gélidos ojos grises. Los cabellos dorados.

–¿Cómo fue tu infancia? –prosiguió ella con calma.

–Básicamente marcada por el subterfugio –Gabe se encogió de hombros como si no tuviera importancia–. Mi madre vivía con el miedo de que mi padre intentara encontrarme y nos pasábamos la vida huyendo y escondiéndonos.

Cuando pensaba en ello, todavía recordaba la constante sensación de miedo, de mirar hacia atrás, de jamás hablar con ningún extraño. Había aprendido muy rápido a ser impenetrable.

Todo lo cual le había ayudado considerablemente en su futura profesión. El mundo de la publicidad era el mundo de la ilusión. Lo que uno veía no era exactamente lo que obtenía. Las máscaras que había perfeccionado para mantener oculta su identidad le habían resultado muy valiosas en su papel de ejecutivo. Eran las que le habían proporcionado la fama de camaleón.

–Mi madre trabajaba en lo que podía –continuó–, pero no era fácil conjugar un trabajo mal pagado con el cuidado de un niño pequeño y acabé criándome solo. Enseguida aprendí a cuidarme, a hacer pequeñas reparaciones y a saber comprar la comida más barata cuando los supermercados estaban a punto de cerrar.

Leila parpadeó perpleja porque la imagen que se estaba dibujando en su mente distaba mucho del sofisticado multimillonario con el que se había casado. Sin embargo, aún presentía que había algo más que no le estaba contando. Algún oscuro secreto agazapado entre las sombras. «Necesito saberlo por el bien de mi bebé», pensó decidida. «Por el bien de nuestro bebé».

–¿Y?

Gabe apretó los labios y ella vio un destello de algo sombrío en las profundidades de sus ojos.

–Solía sentir indignación hacia mi padre porque jamás se hubiera molestado en buscarnos. Me preguntaba por qué no parecía importarle cómo le iba a su hijo, o por qué nunca se había ofrecido a ayudarnos económicamente. Se convirtió en una especie de obsesión. Solía preguntarle a mi madre cómo era, pero ella nunca

quería hablar de él. Y cuanto más se negaba a hacerlo, más frustrante me resultaba.

Durante unos minutos no habló más. Leila tampoco habló, no quería alterar la concentración de Gabe.

–Cuando me hice más mayor, me propuse averiguar algo sobre él –continuó–. No era que quisiera estar con él, solo quería saber.

–Por supuesto –asintió Leila.

Sus miradas se fundieron y Gabe tuvo una dolorosa intuición. A lo mejor él había querido saber de su padre por los mismos motivos por los que Leila quería saber cosas sobre él. Quizás todo el mundo sentía la necesidad de conocer sus orígenes. O las del hijo que llevaban dentro.

–Pero mi madre tenía miedo, ahora lo comprendo. Tenía miedo de que corriera hacia un hombre al que tanto temía. Que lo eligiera a él –soltó una amarga carcajada–. Por supuesto, eso lo descubrí después.

–¿Después? –repitió ella.

Gabe asintió y tragó nerviosamente, como si tuviera algo duro y afilado atravesado en la garganta.

–Era la víspera de mi decimosexto cumpleaños –prosiguió con la voz distorsionada y cargada de dolor–. Vivíamos en un pequeño cuchitril. Un agujero pequeño y oscuro, y yo empecé a preguntarme qué clase de vida tendría mi padre. Si sería rico o si, como nosotros, estaba también condenado a alimentarse de productos caducados y a temblar de frío en esa primavera, la más fría en treinta años. De modo que le hice a mi madre la misma pregunta que le había estado haciendo toda mi vida. Le pregunté si sabía dónde estaba o qué hacía. Y, como siempre, me contestó que no.

–¿Y tú la creías? –preguntó Leila.

–No sabía qué creer –Gabe se encogió de hombros–, pero estaba a punto de convertirme en un adulto y ya no me conformaba con evasivas. Le dije que el mejor regalo de cumpleaños que podía hacerme era contarme la verdad. Le dije que o me proporcionaba algunos datos o buscaría a mi padre para averiguarlo yo mismo. Que no se hiciera ilusiones porque lo iba a encontrar. Seguramente me mostré más duro de lo que debería, pero poseía la arrogancia de la juventud y la certeza de tener la razón de mi parte.

Se produjo un absoluto silencio y Leila lo miró con el corazón

palpitando dolorosamente, pues jamás había visto una expresión parecida en el rostro de un hombre. Ni siquiera en el rostro de su hermano cuando había regresado de esa horrible batalla contra los insurgentes de Port d'Leo donde había visto cómo habían linchado a sus dos comandantes en jefe ante sus ojos. En la mirada de Gabe había una desesperación casi insoportable de contemplar.

–Me contestó que me lo contaría todo al día siguiente, el día de mi cumpleaños, pero…

Gabe se interrumpió y Leila comprendió que no deseaba contarle nada más, pero ella necesitaba saber. Y él necesitaba contarlo.

–¿Pero qué?

–Creo que tenía la intención de contármelo. Pero también creo que le aterrorizaban las posibles repercusiones. Tenía miedo de perderme –Gabe hizo una mueca–. Cuando regresé de la escuela al día siguiente, no pudo contarme nada porque estaba muerta.

–¿Muerta? –el corazón de Leila se encogió. No podía creerse lo que acababa de oír.

–Al principio creí que estaba dormida. Recuerdo pensar que nunca la había visto con una expresión tan pacífica. Y entonces… entonces vi el frasco vacío de pastillas tirado en el suelo.

Leila intentaba decir algo, pero sentía la garganta agarrotada. Se imaginaba la escena que había visto ese niño al llegar a casa de la escuela y lo miró perpleja.

–¿Se suicidó?

–Sí –contestó él secamente.

Leila sintió una inmensa tristeza envolverle el corazón. Sin embargo, también descubrió una nueva comprensión. Ya no le extrañaba que ese hombre no quisiera confiar en las mujeres o depender emocionalmente de ellas. La mujer más importante de su vida lo había abandonado.

Y le había mentido.

–¿Te culpaste a ti mismo por ello?

–¿Tú qué crees? –espetó Gabe, rota la imperturbable máscara.

Leila vio la emoción surgir, cruda, salvaje. Instintivamente se acercó a él, y no fue rechazada. Gabe le permitió abrazarlo y ella le rodeó con los brazos, sintiendo su corazón latir contra el cuerpo.

–No debes culparte, Gabe –le susurró al oído.

–¿En serio? –él la apartó como alguien que hubiera aprendido a

desconfiar de palabras de consuelo–. Si no hubiera insistido tanto, si no hubiera sido tan malditamente cabezota, mi madre no se habría sentido obligada a cometer un acto tan desesperado. Si yo no me hubiera empeñado en descubrir algo sobre mi padre, ella no habría muerto. Habría vivido hasta vieja, cuidada y mimada gracias a todo mi dinero. Pero nunca llegó a verlo.

Durante largo rato, Leila permaneció en silencio, preguntándose si iba a atreverse a hablar. ¿Cómo podía alguien como ella empatizar con la desarraigada infancia de Gabe y su trágico final? ¿Cómo podía ella comprender la profundidad del dolor que debía de haber experimentado siendo aún prácticamente un niño? Esa experiencia le había forjado el carácter y, emocionalmente, doblegado.

Hasta ese momento, la princesa había considerado su vida dura. El matrimonio de sus padres había sido horrible, todo el mundo en la corte lo había sabido. Su padre pasaba la mayor parte del tiempo en el harén mientras que su madre se quedaba en casa con el corazón roto, demasiado absorta en su dolor para prestarle atención a su hija. En un intento de compensarla por ello, la habían mimado y protegido, pero hasta eso le había resultado asfixiante. Durante su infancia se había sentido aislada y perdida, y casi tan sola como Gabe.

Pero las circunstancias de su marido habían sido diferentes. Él había estado completamente solo. Había vivido tanto tiempo con ese sentimiento de culpa que se había convertido en parte de él.

–Tu madre debió de haberse sentido muy desesperada para tomar una decisión tan drástica –sugirió.

–Supongo que sí –contestó él con sarcasmo.

–Pero no querría que te culparas a ti mismo –continuó ella atropelladamente.

–Si tú lo dices...

–¿Conseguiste encontrar a tu padre? –todavía faltaba una pieza del rompecabezas–. ¿Lo buscaste?

–No –contestó él tras una pausa.

–Gabe...

–No –Gabe sacudió la cabeza–. Ya basta. Basta de preguntas, Leila. Y basta de psicología barata. ¿Aún no estás satisfecha?

Los ojos grises destilaban furia y Leila se preguntó si no habría

ido demasiado lejos. Si lo había empujado hasta el límite. Se preguntó si iría a marcharse, a poner distancia entre ellos para que cuando se volvieran a ver cara a cara pudieran fingir que esa conversación nunca se había producido.

Sin embargo, Gabe no hizo nada de eso. Gabe la tomó en sus brazos y la miró largo rato a los ojos antes de besarla apasionadamente. Leila sabía lo que estaba haciendo. Estaba canalizando su dolor, su ira, su pena a través del sexo. Porque así lo hacía siempre. Así conseguía soportar la pesada carga que llevaba sobre los hombros.

Ella lo abrazó y le devolvió el beso con toda la pasión de la que era capaz, porque lo deseaba. Pero también deseaba mucho más que sexo. Deseaba proporcionarle seguridad y confort. Quería demostrarle que estaba allí para él y que siempre lo estaría si se lo permitía. Le calentaría su frío y herido corazón con el poder del amor. Sí, del amor. Amaba a ese frío, testarudo marido suyo, por mucho que él intentara apartarla de su lado.

–Gabe –susurró–. Mi querido, querido Gabe.

El aliento que escapó de los labios de Gabe era entrecortado y vulnerable, y no hizo más que aumentar la determinación de Leila de mostrarle su amor. Le acarició el rostro con la esperanza de que le resultara calmante. ¿Por eso había cerrado los ojos como si de repente estuviera muy cansado? Con suma ternura, le acarició los párpados, tal y como había hecho tiempo atrás en Simdahab.

Bajo sus dedos sintió estremecerse el fuerte cuerpo, agitándose como un árbol asolado por una tormenta. Gabe abrió los ojos y la miró, pero ya no había hielo. Solo calor y fuego.

Gabe la tomó en brazos y la llevó hasta el sofá. Apenas había tocado su cuerpo el suave cuero cuando él ya la estaba desnudando. Con manos temblorosas, peleó con la cremallera de su propio pantalón con un gemido de frustración.

Hubo pocos preliminares, pues ella ya estaba preparada. Solo quería sentirlo dentro. Gabe le apartó los húmedos y suaves pliegues y ella soltó un gemido al sentirlo entrar, cerrando los ojos mientras él la llenaba.

–¡Gabe! –exclamó instintivamente.

Pero él no contestó mientras empezaba a moverse.

Fue intenso y salvaje. Parecía haber tanta necesidad como deseo,

y Leila se descubrió correspondiéndole a todos los niveles. Fuera lo que fuera que él le exigiera, ella se lo daba, y jamás le había besado tan ardientemente como en esos momentos.

Llegado el final, Leila se dejó caer sobre los cojines, jadeando erráticamente. Al volverse hacia él vio que se había dormido profundamente.

Durante un rato se quedó allí, simplemente observando el ascenso y descenso del pecho. Al recordar lo que le había contado, dio un respingo de dolor. Ese hombre había conocido la más absoluta oscuridad y desolación, pero ese período de su vida había concluido. Había vaciado su corazón de todos los secretos y se los había revelado. No podía fallarle.

Porque Gabe necesitaba ser amado, amado debidamente. Ella le cuidaría, pero con mucha delicadeza, pues temía que ese hombre herido y lastimado pudiera darle la espalda ante la fuerza de sus emociones.

Debía amarlo porque necesitaba ser amado, no porque le estuviera pidiendo algo a cambio. Quizás deseara recibir algo, pero ella no era quién para pedírselo.

Leila se acurrucó contra él y besó suavemente la rugosa barbilla y el lóbulo de la oreja antes de rodearle la cintura con un brazo.

–Yo te amaré, Gabe Steel –susurró.

Pero él solo se removió inquieto en sus sueños.

Capítulo 11

EL LEJANO retumbar del trueno acompañó los inquietos pensamientos de Leila.

¿Había creído que resultaría fácil? ¿Pensaba que, simplemente con revelar los amargos secretos que había llevado con él todos esos años, el frío corazón de Gabe iba a derretirse? ¿Creía que se convertiría en un instante en ese hombre que ella deseaba que fuera?

Quizás sí lo había pensado.

Miró por la ventana hacia el cielo plomizo de Londres donde parecía estarse formando la peor tormenta desde su llegada a ese país.

Intentaba consolarse con la noción de que, superficialmente, su matrimonio iba bien. Mejor que antes. No dejaba de recordarse, en el plano positivo, que Gabe le estaba enseñando a jugar a las cartas y a cocinar huevos. Y empezaba a ser más ordenada. Al terminar un largo día de trabajo, le daba masajes en los hombros y los fines de semana solían salir a pasear al campo. El embarazo progresaba sin incidentes y ya había superado las cruciales primeras doce semanas. Su doctora aseguraba que estaba estupendamente y, físicamente, nunca se había sentido mejor.

El trabajo le había resultado más enriquecedor aún de lo que se había imaginado. Al principio, Leila había tenido la sensación de que la mayoría de la plantilla de Zeitgeist había desconfiado de la decisión de concederle un puesto clave como fotógrafa a la esposa del jefe, pero la desconfianza había durado poco. Según Alastair, su enfoque resultaba refrescante y original. Y, además, tenía don de gentes.

Las fotografías para la campaña del spa habían suscitado mucha expectación ante la dificultad de lograr que una mujer envuelta en una toalla diera una imagen interesante.

Sin embargo, Leila lo había conseguido, quizás por el angular empleado, o porque ella, mejor que nadie, sabía cómo lograr que

una mujer resultara atractiva sin necesidad de mostrar su cuerpo.

–De todos modos –le había explicado a Gabe de regreso a casa una tarde–, estos spas intentan atraer al público femenino, no al masculino, y eso nos permite mostrarla sin tener que dar a entender implícitamente que está pensando en el sexo.

–¿A diferencia de ti? –había preguntado él secamente.

Leila había sonreído.

Sí, superficialmente, la cosa iba bien.

Por eso no entendía por qué tenía la sensación de que le faltaba algo, como si en su vida hubiera un enorme boquete que no lograra llenar. Quizás fuera porque, tras la terrible confesión sobre su madre, Gabe no había vuelto a bajar la guardia. O quizás fuera porque sus expectativas eran mucho mayores de las que había pensado en un principio. ¿Se había estado mintiendo a sí misma al afirmar que no deseaba ser correspondida por su esposo? Pues era más que evidente que se moría por ser amada por él.

En ocasiones sentía que podía albergar esperanzas. Eran momentos en los que se sentía tan unida a Gabe que su corazón se inflamaba de felicidad. Pocos días atrás, tumbados en la cama, él la había abrazado y besado la cabeza con dulce indolencia.

Y justo entonces, Leila se había dado cuenta de que se le notaba el abultamiento de la barriga aunque estuviera tumbada en la cama y había soltado un pequeño grito de felicidad.

–Gabe, siéntelo –había tomado la mano de su esposo para guiarla–. Siéntelo.

Era muy consciente de que Gabe jamás revelaría sus verdaderos sentimientos apartando bruscamente la mano de su barriga, como si le quemara. Sin embargo sí notó cómo se tensaba su cuerpo mientras hacía una concienzuda exploración antes de apartarse de ella con la excusa de tener que hacer una llamada.

¿Qué sucedía bajo ese enigmático rostro? Leila suspiró. No lo sabía. A lo más a lo que podía aspirar una mujer era a demostrarle al hombre su amor. Pero el amor no era capaz de atravesar unos muros levantados intencionadamente alrededor de un corazón. El amor solo podía curar a una persona si esa persona deseaba ser curada.

Gabe le hacía sentir que, tras revelarle sus secretos, ya no tenía ningún interés por abrirle su corazón. Quizás iba a tener que

aceptar que no iba a sacarle nada más, que la verdadera intimidad con la que soñaba jamás iba a producirse.

Pero eso no le impedía seguir amándolo.

Apartó la vista del tormentoso cielo y contempló a su marido. De inmediato, el corazón se le encogió.

Jamás iba a poder dejar de amar a ese hombre.

–¿Gabe?

–¿Sí?

–Me estaba preguntando si no podríamos dar una fiesta.

–¿Qué clase de fiesta? –él la miró con el ceño fruncido.

–Ya sabes, algo osado y transgresor como invitar a algunas personas y ofrecerles algo de comer y de beber. Quizás incluso poner música. Esa clase de cosas.

–Muy graciosa –Gabe estiró los brazos y bostezó perezosamente–. ¿Qué habías pensado exactamente?

–Bueno –ella respiró hondo–. Nunca tuvimos un banquete de bodas. Cierto que comimos con Sara y Suleiman, pero nada más. He entablado cierta amistad con Alice y otros compañeros de trabajo y me gustaría invitarles. También está mi hermano, al que tengo muchas ganas de ver –se encogió de hombros–. Me gustaría tener una fiesta antes de la llegada del bebé, como una especie de confirmación de que la boda se celebró realmente.

Gabe no contestó de inmediato.

–Siempre que no se celebre aquí –asintió al fin–. Si te apetece reservar un restaurante o un hotel, no tengo inconveniente.

–¡Oh, Gabe! –exclamó Leila acercándose por la espalda para abrazarlo. Al apartarse de él vio, sin lugar a dudas, que estaba sonriendo.

La princesa se lanzó a una vorágine de organización. Reservó la afamada sala nupcial del hotel Granchester y contrató a un reputado organizador de fiestas que le había recomendado Alice.

La decoración se basó en el color dorado e índigo de la bandera de Qurhah, y la cocina incluyó especialidades de ambas culturas. Un cuarteto vocal armónico cantaría en directo y docenas de fragantes rosas color carmesí fueron encargadas.

Muy pronto empezaron a recibir respuestas a las invitaciones. Todas las personas de Zeitgeist que habían sido invitadas confirmaron su asistencia. Sara y Suleiman también, así como el

hermano de Sara. Incluso Murat aceptó la invitación, para sorpresa y deleite de Leila. Era como si todo el mundo deseara asistir al banquete nupcial de la princesa del desierto y un hombre famoso por no dar nunca fiestas. Leila se compró un vestido nuevo para la ocasión, de una preciosa seda gris con hilos de plata que le recordaba el tono del color de ojos de su marido.

El día anterior a la fiesta se lo tomó libre, aunque Gabe estuvo toda la mañana de reunión en reunión.

–Te veré para comer –con el ceño fruncido se despidió de ella por la mañana–. Y, por el amor de Dios, cálmate, Leila. Esta maldita fiesta te está matando.

–No te apetece nada celebrar esta fiesta, ¿verdad? –Leila lo había intuido por el tono en la voz de Gabe.

–Nunca dije que me gustara la idea –contestó él con una melancólica sonrisa tras un largo silencio–. Accedí porque sé que te hace feliz.

Leila se quedó contemplando fijamente la puerta que acababa de cerrarse.

Desear su felicidad era un paso adelante, supuso, aunque se sintiera un poco como una cría a la que se pudiera aplacar con un juguete nuevo. Una princesita mimada que hubiera dado un pisotón en el suelo exigiendo una fiesta. La misma princesita mimada que al fin había aprendido a tirar los restos de la manzana a la basura y que empezaba a recordar que no había un grupo de sirvientes siguiéndola a cada paso.

Con un supremo esfuerzo por obviar la inquietante sensación que tenía, decidió ocupar su mente con otra cosa y se dirigió al armario para probarse los zapatos grises de altísimos tacones que acababan de hacerse un hueco entre los numerosos zapatos que ya poseía. Iba a tener que pedirle a Gabe más sitio en el armario, dado que tenía mucha más ropa que él.

Practicó durante unos minutos con los zapatos nuevos y decidió al fin que eran comodísimos. Después intentó imaginarse cómo sería bailar con ellos. También recibieron el visto bueno para eso. A pesar de todas sus reservas se sentía emocionada al pensar que iba a bailar con su esposo por primera vez.

Abrió uno de los armarios que Gabe apenas utilizaba y comprobó, aliviada, que estaba casi vacío. Podría trasladar parte de

su ropa a ese armario. Descalzándose, se agachó para colocar los zapatos y se dio cuenta de que había un cajón que sobresalía ligeramente de los demás, alterando la perfecta simetría del ordenado armario.

No supo por qué sus ojos se posaron de inmediato en el sobre manila que había en el interior. Su primer impulso fue el de cerrar el cajón, pero, casi de inmediato, lo volvió a abrir, presa de la curiosidad.

El corazón le latía acelerado. No se le ocurría ningún motivo por el que su marido hubiera metido un sobre en un cajón del armario ropero cuando conservaba todos sus papeles en el despacho. Con dedos temblorosos, abrió el sobre para contemplar el interior. Había fotos. Fotos de un hombre. Un extraño, pero aun así…

El corazón le falló un latido al sacar una segunda foto. En esa ocasión era de dos hombres. A uno de ellos lo reconoció al instante puesto que se trataba de Gabe. Sin embargo también reconoció al otro hombre, porque sus rasgos eran inconfundibles.

Pómulos altos y marcados, ojos color estaño y cabellos dorados. Leila tragó nerviosamente. Dos hombres frente a la puerta de lo que parecía un café de París. Uno de ellos era su esposo, y el otro, evidentemente, su padre.

¡Pero Gabe había dicho que no conocía a su padre! Recordó cómo había apretado los labios y la amargura que había asomado a sus ojos al confesárselo.

El sobre se le cayó de las manos y ella cayó de rodillas. Sí que conocía a su padre. Ante sus ojos tenía la evidencia fotográfica. Le había dicho que su matrimonio se basaría en la verdad, pero al parecer lo único en lo que se basaba era en una sarta de mentiras.

Mentiras.

Leila sintió la bilis ascender por su garganta y, en ese instante, se supo derrotada. ¿Cómo había podido ser tan ciega? Tan estúpida. Por mucho que ella lo deseara, no compartían amor y al parecer tampoco confianza.

Había ignorado todas las señales. Había hecho lo que las mujeres hacían tan bien. Se había negado a escuchar a Gabe porque no le había resultado conveniente hacerlo. Gabe le había explicado que él no amaba, pero, arrogantemente, ella había creído que podría hacerle cambiar.

Y después había decidido dar una fiesta que a él no le apetecía en absoluto. Se lo había manifestado claramente. Iba a ponerse su elegante vestido nuevo y los zapatos de tacón demasiado alto y fingir que todo iba bien, como si fuera igual que las demás novias, feliz y contenta mientras esperaba un bebé. Pero no lo era.

Quizás podría haber sido esa novia. Quizás podría haberse conformado con sexo y afecto y camaradería, sin el ingrediente mágico del amor. Mucha gente era feliz así. Pero no con mentiras. Las mentiras eran adictivas. Se empezaba por una y se acababa con miles.

Tenía la sensación de que las paredes se estaban cerrando a su alrededor. La claustrofobia estaba en la mente, ¿no? Igual que la confianza.

Revolviendo un poco más encontró un jersey y se lo puso. De repente tenía frío. Temblaba como si hubiera pillado un brote violento de gripe. Tomó su bolso y bajó en el ascensor.

El mismo conserje de siempre la saludó desde su puesto. Casi nunca lo veía, pues solía dirigirse directamente al garaje donde Gabe tenía el coche aparcado. A pesar de dedicarle una rápida sonrisa de compromiso, el hombre debió de notar que algo no iba bien.

–¿Todo bien, señora Steel?

–Todo bien –con gran esfuerzo, Leila volvió a sonreír–. Necesito un poco de aire fresco.

–¿Está segura? Parece que va a llover –observó él.

Y no solo fuera. En el interior de su corazón parecía haber estallado una tormenta.

Leila echó a andar sin saber bien hacia dónde se dirigía. Daba igual. Ni siquiera prestaba atención al camino que tomaba. No estaba acostumbrada a las calles de Londres, pero tampoco le importaba. Tendría que habituarse a esas calles cuando viviera sola allí.

Empezó a llover. Al principio de manera suave y luego cada vez más fuerte, pero la princesa apenas lo notó a pesar de que en cuestión de minutos estuvo empapada. Entre un trueno y el siguiente oía su móvil sonar en el bolso, pero lo ignoró.

Caminó sin parar hasta que la orilla del río le resultó irreconocible y las casas y las tiendas perdieron esplendor y

empezaron a amontonarse. Vio personas tirando de las correas de sus furiosos perros. Vio a jóvenes guareciéndose de la lluvia y fumando.

No supo cuánto tiempo llevaría caminando cuando encontró un café. Con los cabellos chorreantes se sentó en un rincón y pidió una taza de té bien cargado. El teléfono volvió a sonar y, sin demasiado interés, lo sacó del bolso. Era Alice. También tenía cuatro llamadas perdidas, tres de ellas de Gabe.

–Hola –descolgó la llamada.

–¿Leila, eres tú? –la voz de Alice sonaba histérica.

–Sí, soy yo.

–¿Estás bien? Gabe está loco de preocupación. Dice que no consigue contactar contigo.

–Estoy bien –contestó Leila mientras aspiraba el aroma que desprendía su taza de té–. Necesitaba un poco de aire fresco.

–Leila –la voz de Alice sonaba dulce, pero seria–. ¿Dónde estás?

–Eso no importa.

–Claro que importa. Suenas... rara. Enviaré un coche a buscarte.

–No.

–Entonces, al menos dime dónde estás –suplicó su amiga–. Para que me quede tranquila.

Leila leyó en nombre del establecimiento en la carta y se lo facilitó a la otra mujer. Su plan era marcharse antes de que alguien pudiera llegar allí, pues era evidente que Alice iba a enviar a alguien en su busca. Sin embargo, le dolían los pies y tenía frío, mucho frío, como si alguien hubiera convertido sus huesos en hielo. De modo que se quedó allí sentada.

También tenía hambre. Un hambre poco habitual en ella y que sin duda obedecía a las necesidades del bebé. Incapaz de ignorar la sensación, pidió un bocadillo de queso y salsa de pepinillos.

Con instintiva ansia, atacó el bocadillo, fuera de control. Y en ese estado la encontró Gabe. Entró en el café con gesto sombrío y los cabellos dorados tan mojados que parecían casi negros. Por sus mejillas rodaban gruesos goterones de lluvia y, durante un loco instante, ella tuvo la sensación de que estaba llorando.

Sin embargo, eso no era posible, pues Gabe no lloraba, recordó. Gabe no sentía emociones. Su dolor le había vuelto inmune a las cosas que solían afectar a los corazones humanos normales.

Gabe se dirigió hacia ella y se inclinó sobre la mesa. Agarrándose al respaldo de la silla, parecía tener dificultades para controlar su respiración y tardó unos segundos en poder formular su gélida pregunta.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo, Leila?

–¿A ti qué te parece que hago? Me estoy comiendo un bocadillo de queso con pepinillos –Leila terminó de masticar el bocado que tenía en la boca que, de repente, le sabía a serrín y miró a su esposo–. Pensé que estabas ocupado con reuniones.

–Las cancelé todas al no poder contactar contigo. Me he estado volviendo loco.

–Eso ha dicho Alice.

–Eso ha dicho Alice –repitió él con los ojos entornados–. ¿Y no te importa?

Con manos temblorosas, Leila dejó el resto del bocadillo en el plato y sostuvo la mirada de Gabe.

–¿Si no me importa? –soltó una carcajada–. Antes me importaba. Me importaba muchísimo. Pero entonces comprendí lo increíblemente estúpida que había sido. ¿Cómo pude llegar a pensar que nuestro matrimonio merecía la pena ser salvado? Me aseguraste que nuestra relación se basaría en la verdad y me has mentido. Soy capaz de soportar un matrimonio sin amor, pero no las mentiras, Gabe. Las mentiras no.

Y sin más, Leila se levantó de la silla y salió del café.

Capítulo 12

LA FRÍA lluvia golpeó el rostro de Leila al salir del café, seguida de cerca por Gabe. Pasó corriendo frente a un coche con chófer que estaba aparcado, evidentemente el de Gabe, pero él la agarró antes de que alcanzara el final de la calle.

Sujetándola con fuerza de los codos, la obligó a volverse, impidiéndole soltarse a pesar del forcejeo al que ella le sometía.

–No puedes huir –le advirtió.

–Puedo hacer lo que me plazca. Y lo que quiero ahora es estar lo más lejos posible de ti. De modo que márchate y déjame en paz.

–No voy a ir a ninguna parte sin ti, y no voy a seguir discutiendo en medio de la calle bajo una lluvia torrencial.

–¿Tienes miedo de que tu imagen fría e imperturbable quede dañada? –se burló Leila.

–De lo que tengo miedo es de que te resfríes –contestó él–. Estás embarazada, Leila, ¿lo recuerdas?

–¡Oh! –exclamó ella a la par furiosa y frustrada–. ¡Como si pudiera olvidarlo!

Gabe la arrastró suavemente hacia el coche y el chófer se apresuró a abrirle la puerta. Leila se sentó, aliviada al verse envuelta en el calor y el lujo del interior del vehículo.

«No son más que apariencias», se recordó. «El dinero consigue que todo sea más cómodo, pero no cambia nada. No hace que desaparezca el dolor y la traición».

–¡No pienso volver a tu apartamento! –Leila se volvió hacia él.

–No hace falta que regresemos allí –contestó Gabe–. ¿Adónde te gustaría ir?

Lo más triste de todo era que no se le ocurría ningún lugar al que quisiera ir. El lugar en el que más le apetecía estar era el corazón de su marido, pero allí no había sitio para ella.

–Me da igual –contestó al fin.

–Entonces conduciremos durante un rato. Así podrás explicarme qué es lo que sucede.

–¿Qué es lo que sucede? ¿Que qué sucede?

Leila no soportaba el modo en que Gabe le hablaba, como si fuera una anciana que hubiera olvidado dónde vivía. Tuvo que controlarse para no golpearle el torso con los puños. Y, de repente, todo el dolor surgió a borbotones de sus labios.

–¡Yo te diré lo que sucede! Me dijiste que nuestro matrimonio se basaría en la sinceridad. Me dijiste que no podías prometerme amor, pero sí la verdad. Y yo te creí –las lágrimas rodaron por las mejillas de Leila–. Incluso te creí cuando lo único que deseaba de ti era un imposible. Tu amor. Sin embargo, estuve dispuesta a conformarme con la sinceridad.

–Leila…

–Pero esa mañana –furiosa, ella rechazó la mano que Gabe había posado en su brazo– encontré unas fotos que tenías guardadas en un cajón de tu armario.

–De modo que me has estado espiando –observó él muy quieto.

–¡No te atrevas a darle la vuelta! Buscaba más sitio para mi colección de zapatos, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que encontré unas fotos en las que apareces con un hombre que, evidentemente, es tu padre. Un hombre al que me juraste no conocer. Me mentiste, Gabe. Me mentiste.

En el coche se produjo un tenso silencio, interrumpido únicamente por el sonido de los sollozos de la princesa. A regañadientes, aceptó el pañuelo que Gabe le ofrecía y hundió la nariz en él.

–Sí, te mentí –admitió él con pesadumbre–. Te mentí porque…

En un gesto impropio de él, Gabe se interrumpió. Leila levantó el rostro del pañuelo y lo miró. Aunque su visión estaba empañada por las lágrimas, vio lo suficiente como para sobresaltarse, pues los ojos grises parecían dos enormes agujeros en un rostro tan descompuesto que, por un momento, ni siquiera se parecía a Gabe.

–¿Porque qué?

–Imagínate que fueras un hombre que acaba de conocer a una mujer que lo ha vuelto loco –Gabe sacudió la cabeza y se volvió hacia ella–, aunque en su momento no te hubieras dado cuenta porque era algo nuevo para ti. A lo mejor estabas empeñado en no reconocerlo porque no creías en esa emoción. Porque en el fondo, la temías.

–Eso que dices no tiene ningún sentido.

–Déjame terminar –él respiró hondo–. De modo que te alejas de esa mujer, convencido de que has hecho lo mejor. De que no tenías otra elección. Sin embargo, no estás seguro. Es más, empiezas a sospechar que acabas de cometer la mayor estupidez imaginable cuando, de repente, ella aparece en tu casa de Londres. Y tú la miras y comprendes lo idiota que has sido. Comprendes que ante tus ojos tienes la oportunidad para ser feliz, pero tienes miedo. Y entonces...

Gabe volvió a interrumpir sus palabras.

–¿Qué?

–Entonces ella te anuncia que está embarazada y eso te asusta aún más. Porque es una navaja de doble filo. Por un lado significa que podéis estar juntos legítimamente sin tener que escarbar demasiado en tus emociones. Pero por otro lado...

–¡Gabe! –olvidada la ira, Leila se inclinó hacia delante preguntándose qué demonios había podido dibujar esa expresión tan angustiada en el rostro de su marido–. ¿Te importaría dejar las adivinanzas? El hecho es que me mentiste sobre lo de tu padre y nada lo va a cambiar.

–No, nada puede cambiarlo. Pero ¿y si te dijera que hay un motivo por el que mi madre me ocultó su identidad? –Gabe se mesó los cabellos todavía mojados–. Cuando ella murió, me sentía furioso y amargado, y también culpable. Pero me trasladé a Londres y empecé a trabajar y, como te conté, el éxito me llegó muy pronto.

–Sí –asintió ella–, me lo contaste.

–Me sumergí en mi nuevo papel de empresario de éxito aunque a veces, no muy a menudo, solía pensar en mi padre. No conseguía eliminar del todo la curiosidad. No sabía si estaba vivo o muerto. Quería verlo cara a cara. Quería saber por qué no había asumido sus responsabilidades hacia mí. Quería contarle que una mujer había muerto antes que revelar su identidad –Gabe apretó los puños con fuerza, como si quisiera golpear algo, o a alguien–. Supongo que buscaba a alguien a quien culpar de su muerte. Alguien que no fuera yo.

–Sigue –lo animó Leila.

–Yo ya era rico. Lo bastante como para encontrar a quien yo quisiera, y no me llevó mucho seguir el rastro de mi padre hasta

Marsella, adonde se había trasladado tras abandonarnos. Y, de repente, comprendí el comportamiento de mi madre. Comprendí por qué me había querido salvaguardar de él. Por qué tenía miedo de su posible influencia sobre mí.

Gabe no parecía desear continuar, pero Leila lo miró fijamente a la cara.

–¿Qué, Gabe? ¿Qué?

–No sé cómo podría definirle mejor, si como gánster o como matón –continuó él cargado de amargura–. Podría encajar en ambas definiciones. Su presencia era formidable, Leila. Un individuo fuerte y despiadado. Descubrí que había matado a gente. Sí, matado. Lo descubrí cuando nos conocimos en París y, poco después, él mismo fue abatido en un tiroteo. Esa foto fue tomada por uno de sus socios y es la única que tengo con él. Una y otra vez siento el impulso de quemarla, pero siempre hay algo que me lo impide, aunque no sé qué es.

–¡Oh, Gabe! –susurró Leila con la voz cargada de horror y dolor–. ¿Por qué no me lo contaste?

–Porque no podía. ¿No lo entiendes, Leila? –los ojos grises emitían fuego y la voz se quebró por la emoción–. Yo llevo su sangre. Y nuestro bebé también. ¿Cómo iba a hacerte partícipe de un legado así? ¿Cómo iba a contarle a la hermana del sultán cuáles eran los orígenes de su hijo? Su abuela se suicidó y su abuelo era un asesino. ¿Cómo iba a transmitirte el temor de que esos genes malditos hubieran pasado a la siguiente generación? –tras un tenso silencio, él concluyó–: Llevo el mal en mí, querida. ¿Lo entiendes ahora?

Leila asintió. Desde luego lo entendía. Entendía el orgullo y el temor de ese poderoso hombre, pero también su profundo deseo de protegerla. Protegerla del dolor y la preocupación. También había estado intentando proteger al bebé del dolor y el miedo ante la posibilidad de que el mal fuera hereditario, como los ojos azules o el cabello rubio.

Gabe sintió el impulso de tomarla en sus brazos, pero no sabía cómo hacerlo.

Ella contempló el atormentado rostro y su corazón saltó hacia él. Sin embargo, era muy consciente de estar ante una oportunidad de oro, una oportunidad que no podía desperdiciar.

«Hazle comprender que sigues aquí para él. Ámalo como siempre has querido amarlo. No permitas que lleve él solo la pesada carga cuando estás más que dispuesta a compartirla con él».

–¿Conoces algo de la historia de Qurhah? –preguntó atropelladamente y con voz temblorosa.

–No sé qué tiene que ver –Gabe la miró como si fuera lo último que hubiese esperado oír de sus labios.

–¿No lo sabes? Pues lo cierto es que tiene mucho que ver. Has de saber que mi familia desciende de poderosos guerreros y despiadados tiranos. Los sultanes de nuestra dinastía han conquistado las tierras vecinas desde que nuestra gente se asentó en el desierto, y siempre con un gran derramamiento de sangre. Nadie tiene un historial inmaculado, Gabe. Tú no y, desde luego, yo tampoco.

–No es lo mismo –él sacudió la cabeza testarudamente.

–Sí es lo mismo –Leila apoyó una mano en el brazo de su esposo–. Nuestro bebé no es un clon de tu padre. Ni de ti, ni de mí. Nuestro bebé es único y estoy convencida de que el mejor legado que podemos dejarle es el amor. Tenemos que amar a este bebé con todo nuestro corazón, Gabe. Aunque no sientas lo mismo por mí, ¿crees que podrás amar a nuestro hijo?

–Debes de pensar que soy un salvaje –Gabe sacudió la cabeza y en su rostro se dibujó una expresión de dolor–. Me crees capaz de no amar a ese inocente pedacito de humanidad.

–Salvaje, no –continuó ella con dulzura–. Pienso que eres un hombre herido, malherido. Pero soy tu esposa y voy a ayudarte para que puedas sanar. Sin embargo, no puedo hacerlo si no me lo permites. Si no abres tu corazón y me dejas entrar.

Un músculo tembló en la sien de Gabe mientras la sujetaba por los hombros y la miraba a los ojos.

–Solo lo haré si me perdonas. ¿Podrás perdonarme alguna vez por lo que he hecho, mi querida Leila?

–No hay nada que perdonar –susurró ella mientras le acariciaba el rostro.

Deslizó los dedos por los altos pómulos y la firme curva de sus labios. Se hundió en la mirada de estaño y su corazón saltó de amor. Algún día intentaría hacerle ver que debía intentar comprender a su padre y le pediría que dejara marchar toda la

amargura. En las mejores personas siempre había algo de malo, pero también había algo de bueno en las peores.

Sin embargo, ese no era el momento.

En ese momento solo debía centrarse en lo más importante.

–Estamos helados y mojados –observó mientras se acurrucaba contra él–. ¿No crees que deberíamos volver a casa?

–Yo ya estoy en casa –contestó Gabe mientras le retiraba un mechón de cabello del rostro a su mujer–. Mi hogar está donde estés tú. Te amo, mi compasiva y apasionada princesa.

Gabe golpeó con los nudillos la mampara de cristal y el coche arrancó mientras ellos empezaban a besarse.

Epílogo

TIENE los rasgos de Qurhah –opinó Gabe mientras contemplaba la cuna donde dormía el bebé. Leila sonrió tapando los piececitos de Hafez.

–Eso fue precisamente lo que me dijo hoy Murat.

–¿En serio?

Ella asintió sin quitarle la vista de encima a su diminuto hijito. Tenía la piel ligeramente olivácea y la nariz aguileña que tanto le había acomplejado en su juventud, pero que a Gabe le parecía la nariz más hermosa del mundo. En el fondo sospechaba que su esposo se sentía aliviado al comprobar que el niño se parecía menos a él que a la familia de Leila. La princesa esperaba que, con el tiempo y mucho amor, Gabe olvidara sus reservas sobre la herencia.

Acababan de celebrar la ceremonia del nombre de Hafez en el palacio de Simdahab, el lugar donde ella se había criado. Todos los sirvientes habían revoloteado emocionados alrededor del hijo de su princesa. Aunque también habían tenido tiempo para los invitados occidentales que habían acudido al reino para la ocasión junto con otros dignatarios y reyes de los países vecinos.

Había sido un día de inmensa felicidad, pero Leila encontró a su hermano muy pensativo y se preguntó si no sería porque la mujer con la que había estado destinado a casarse hubiera encontrado la felicidad junto a otro hombre.

–Mi hermano me ha dicho una cosa muy extraña hoy –Leila abrazó a Gabe.

–Cuéntamelo –Gabe se inclinó para besar el cuello de su esposa.

–Dijo que al menos así queda asegurada otra generación de Al-Maisa, por si él nunca produce un heredero. Parecía insinuar que no va a casarse y que piensa conformarse con su larga lista de concubinas.

Gabe sonrió. Él mismo había contemplado hacer lo mismo tiempo atrás, cuando su corazón había estado tan oscuro y frío que parecía un trozo de hielo atascado en el pecho.

–Solo necesita encontrar a la mujer adecuada –contestó–. En cuanto la vea, cambiará su vida con tal de hacerle feliz. Lo mismo que he hecho yo por ti.

–¡Cariño! –Leila cerró los ojos y rememoró todo lo que le había sucedido desde el nacimiento de Hafez.

Habían vendido el apartamento de Londres para trasladarse a una casa más grande frente a Hampstead Heath porque Gabe había comprendido que su esposa estaba en lo cierto. El lujoso y minimalista apartamento no era lugar para criar a un bebé. Había sido adecuado para una fase de su vida que ya había pasado. Hafez necesitaba hierba y flores, había insistido ella con firmeza. Una guardería cercana y, con suerte, una escuela a la que poder acudir a pie.

En el sótano de la nueva casa se había hecho construir un estudio fotográfico para poder continuar con su trabajo, pero como *freelance*. De ese modo podía compaginar el placer de trabajar con la constante dedicación a su hijo.

Gabe le acarició los sedosos cabellos. Los rosados labios eran una irresistible invitación y no puedo evitar besarla con creciente deseo.

–Te amo –declaró.

–Lo sé. Y el sentimiento es correspondido.

–Todavía nos queda una hora antes del banquete en palacio –observó él con cierta inquietud–. ¿Vamos a la cama?

–Eres insaciable –Leila abrió los ojos desmesuradamente.

–Creía que así era como más te gustaba.

–Me gustas de cualquier forma –susurró ella–, pero sobre todo desnudo y sin nadie más a nuestro alrededor.

–No tienes vergüenza, Leila Steel.

–Menos mal que así es como te gusta que sea –bromeó la princesa.

–Es cierto. No dejo de recordarme la suerte que tengo.

Esa era la mayor de muchas verdades que Gabe había descubierto en su nueva vida, una vida sin pretensiones, miedo o remordimientos.

La semana siguiente se celebraría su cumpleaños, pero no tenía ninguna intención de borrar esa fecha de su mente con una botella de whisky. Abrazaría el dorado y glorioso presente junto a su

esposa y su hijo.

Y le diría a Leila lo mucho que la amaba, tal y como hacía todos los días. Su hermosa princesa de Qurhah que había hecho revivir su corazón con el poder del amor, del mismo modo que la lluvia hacía renacer milagrosamente las flores en las arenas de Mekathasinia.